

Una historia de las milicias de Medellín	Titulo
Medina Franco, Gilberto - Autor/a;	Autor(es)
Medellín	Lugar
IPC, Instituto Popular de Capacitación	Editorial/Editor
2006	Fecha
	Colección
Movimiento cívico; Drogas; Ideología; Historia; Conflicto urbano; Milicias populares; Movimiento guerrillero; Medellín; Colombia;	Temas
Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/ipc/20121207043123/historiamilicias.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Seguí buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



UNA HISTORIA DE LAS MILICIAS DE MEDELLÍN

Gilberto Medina Franco



322.42

M491

Medina Franco, Gilberto

Una historia de las milicias de Medellín / Gilberto Medina Franco
Medellín : Instituto Popular de Capacitación, IPC., 2006.
p. 188

Nota: Gilberto Medina Franco también conocido con el seudónimo
literario de *Paolo Costello*

ISBN: 958-97830-0-7

1. MILICIAS POPULARES - HISTORIA. 3. CONFLICTO URBANO.
4. BANDAS. 5. MEDELLÍN (ANTIOQUIA) I. Tít.

PRIMERA EDICIÓN

ISBN: 958-97830-0-7

INSTITUTO POPULAR DE CAPACITACIÓN -IPC

(DE LA CORPORACIÓN DE PROMOCIÓN POPULAR)

CARRERA 45 D N° 60-16

PBX: (574) 284 90 35 / FAX: (574) 254 37 44

A.A. 9690 - CORREO ELECTRÓNICO: ipc@corporacionpp.org.co

PÁGINA WEB: www.ipc.org.co

MEDELLÍN - COLOMBIA, MAYO DE 2006

ILUSTRACIÓN CARÁTULA:

ISABEL CRISTINA CASTAÑO P.

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN, IMPRESIÓN Y CARÁTULA:

L. VIECO E HIJAS LTDA.

PBX: (574) 255 9610

CORREO ELECTRÓNICO: lvieco@geo.net.co

NOTA: CUALQUIERA DE LOS CONCEPTOS AQUÍ RECOGIDOS PUEDE SER RETOMADO O TRANSCRITO,
CITANDO EL AUTOR Y LA INSTITUCIÓN EDITORA RESPECTIVA.

LAS OPINIONES Y CONCEPTOS EXPRESADOS SON ESTRICTAMENTE RESPONSABILIDAD DE LOS
AUTORES O LAS AUTORAS SIN COMPROMETER LA VISIÓN Y FILOSOFÍA GENERAL DEL IPC.

CONTENIDO

Prólogo	
Un homenaje póstumo	7
Capítulo I	
Milicias populares: La leyenda	11
Capítulo II	
Modelo guerrillero distorsionado	43
Capítulo III	
Basuca <i>street</i> : las milicias y el manejo de la droga	55
Capítulo IV	
Un loco llamado Lucho	65
Capítulo V	
Las milicias se resquebrajan	83
Capítulo VI	
Movimiento cívico	115
Capítulo VII	
Moravia	131
Capítulo VIII	
Aranjuez	151
Epílogo	185

PRÓLOGO

UN HOMENAJE PÓSTUMO

Este libro bien podría llamarse la historia sin fin. Durante años vimos a Paolo* escribir con paciencia cientos y miles de versiones a mano, con su diminuta caligrafía. Páginas que aumentaban al calor de los episodios que se sucedían uno tras otro con vertiginoso ritmo. Al terminarlo, la historia aún estaba inconclusa, como lo sigue estando ahora. Seguro a Paolo no le hubiese sorprendido ver los barrios de Medellín bajo el control de los grupos paramilitares. De alguna manera en las páginas que siguen se intuye que la espiral de violencia es imparable, porque no es coyuntural. Sólo cambia de protagonistas, de banderas, de insignias, pero es la misma violencia que ha enterrado ya a dos generaciones de jóvenes en la ciudad. Paolo quiso, desde su experiencia como activista y como investigador, hacer este relato sobre el nacimiento de las milicias en Medellín, su génesis y su amargo desenlace. Una historia que se siente en estas páginas impregnada de mucho desencanto.

Sin duda, este libro fue para Paolo el exorcismo de toda su decepción con los grupos armados, especialmente con los que se empeñaron, ilusamente, en un proyecto insurreccional en los barrios más pobres

* Gilberto Medina Franco también conocido con el seudónimo literario de *Paolo Costello*

de Medellín, en nombre del cual aportaron una cuota enorme de violencia, autoritarismo y lumpenización.

El texto siempre fue pensado como un libro, pero nunca alcanzó una continuidad y estructura que permita leerlo linealmente. Por eso hemos creado capítulos, tal como Paolo los concibió, un tanto fragmentados. En estas páginas encontramos decenas de historias inéditas, con una investigación detallada sobre la historia reciente de los barrios de Medellín, en un peculiar lenguaje usado por Paolo.

Para facilitar la lectura a quienes no tienen antecedentes en este tema, creamos una serie de notas explicativas que amplían el contexto o actualizan la información, pues el texto quedó tal y como Paolo lo dejó en el año 1994, cuando se iniciaba la reinserción de dos de las más importantes organizaciones milicianas de la ciudad: las Milicias Populares del Valle de Aburrá, cuya principal influencia estaba en el barrio Moravia y que se vincularon a la negociación de la Corriente de Renovación Socialista en 1994; y las Milicias Populares del Pueblo y para el Pueblo, quienes también firmaron un pacto de paz ese mismo año. Lo que siguió en los años posteriores ha estado plagado de infamia. Unas milicias cada vez más tiranas con la población siguieron dominando amplias zonas marginales de Medellín.

Las autoridades y la élite, indolentes, cómplices y segregacionistas, han alimentado con su indiferencia la ley del más fuerte que reina en estos barrios. Como era de esperarse, y para continuar la historia de grupos ilegales que asesinan y sustituyen a otros, los paramilitares son los nuevos reyes de muchas de estas comunas, con más armas, más violencia, más autoritarismo. Y el Estado, apenas un visitante de paso por unas comunidades dónde el peor déficit que existe es el de credibilidad en las instituciones.

La mayoría de los principales protagonistas de esta historia están muertos. Incluso Paolo Costello. En enero de 2002, un cáncer, contra el que batalló por años, le ganó la partida. No murió solo, porque los

amigos y amigas de siempre crearon una cofradía a su alrededor, aún en los tiempos aciagos de la quimioterapia, la que él, con humor, llamaba "quimiotertulia". Murió, eso sí, en el exilio. Perseguido por la furia vengativa de Carlos Castaño; Paolo abandonó el país prácticamente obligado por sus amigos, que tanto lo amamos. El día que recibimos la noticia de su muerte pocos se sorprendieron, pues durante las últimas semanas quienes conversamos con él, escuchamos palabras de despedida. En el frío perpetuo de Winnipeg, terminaron los días de Paolo. Y a pesar de la melancolía que nos produce su ausencia, una recóndita satisfacción nos asiste: su muerte fue un avatar de la vida; inevitable, inexplicable, pero al fin, un hecho natural, como debe ser. Logramos, sus amigos y él mismo, arrebatarle su vida, por unos meses siquiera, a esa fiera devoradora de la guerra. Y en este país eso es un triunfo. Por eso, donde quiera que estés hoy Paolo, sos un triunfador, un ganador. Te saliste con la tuya. Regresaste al origen, a la nada. Y aquí está por fin, tu libro publicado, como testimonio de tu paso por este mundo y de lo honrados que nos sentimos de haber sido tus amigos y amigas.



CAPÍTULO I

MILICIAS POPULARES:

LA LEYENDA

No sólo entre compadres y comadres sino entre periodistas y escritores, las frías y aburridas pesquisas sobre nuestra historia han sido derrotadas por la infinita capacidad de nuestros paisanos para urdir historias que terminan perdiéndose entre los espesos y embrujados bosques de fábulas y leyendas. Un buen ejemplo de esta capacidad son las historias que se han tejido sobre las milicias de Medellín. Y es que lo escurridizo del tema favorece dichas divagaciones y le abre paso a la imaginación.

Uno de los primeros en aventurar una explicación sobre el tema fue el Coronel Bahamón, Comandante de la Cuarta Brigada, quien en su libro *Mi Guerra en Medellín*, describe así el origen de las milicias populares:

...El primer semestre de 1991 se caracterizó por el accionar violento de las milicias populares, en la madrugada del 15 de marzo, una patrulla de la Policía Militar allanó una residencia del barrio Granizal Alto, de la comuna nororiental. Las tropas fueron recibidas con fuego y obviamente los soldados dispararon. Uno de los proyectiles alcanzó una niña de dos años cercenándole tres dedos del pie derecho. Resultó que el padre de la niña quien había respondido al fuego era Luis Pérez, alias el Enano, uno de los amnistiados del E.P.L. (...). Con los datos que se tenían más la información que dio el Enano, se comprobó lo que desde hace meses se buscaba; la evidencia de que los guerrilleros del E.P.L.

amnistiados en el campamento de Labores, se estaban instalando gradualmente en las comunas de Medellín y se dedicaban a otros actos delictivos.

En 1993 reportajes de diversos periódicos del país publicaron versiones que iban desde afirmar que las milicias eran un nuevo frente que había abierto Pablo Escobar, luego de su huída de la cárcel de la Catedral, hasta decir que eran el coletazo final de una guerrilla bandolerizada:

...Ciertos sectores de las nuevas milicias soportaban sus actividades, bajo los fundamentos de la lucha de clases (...) ataques de izquierda a obras y proyectos del gobierno, entonces se dan cosas muy distintas a las que un principio; hay que robar pero a los ricos, usted puede ser un sicario, un asaltante pero fuera del barrio, el Estado es el enemigo y hay que darle duro. Así un pillo puede ser miliciano en el barrio y en otra parte de la ciudad un delincuente y se arma el desorden, porque milicianos pasan a ser muchos que antes no lo eran.¹

Existe también la versión parroquial según la cual las milicias fueron silvestres, nacieron en las calles y caminos del barrio popular, sin el abono orgánico de la guerrilla. Esta versión rosa, la más ingenua de todas, fue desplegada ampliamente en el libro *Somos Historia*:

...El padre de acá tiene el don del exorcismo y le pidió permiso para echar al demonio, al Santo Papa y a todo el clero. Uno no podía salir, esto era horrible, los niños con ataque de histeria, recibiendo changonazos y con balines en todas partes, entonces el padre dijo ¡vamos a hacer el exorcismo, para echar al demonio de aquí, enterrando tantos muertos no se puede! (...) hicimos 40 días de exorcismo y como a los 8 días ocurrió el milagro y aparecieron las milicias.

¹ El Colombiano. Informe especial. Palabra de ex miliciano, Medellín, agosto de 1993.

La realidad sobre el surgimiento de las milicias tiene un poco de todas las anteriores. El nacimiento de las milicias no es accidental, y su crecimiento, se afianzó en una larga tradición de autodefensa propia de algunas zonas de la comuna nororiental.

Algunos barrios una vez asentados en la década del 50, debían defender el territorio de nuevos invasores o agentes externos al barrio. Fue el caso de los habitantes liberales del barrio Santa Cruz, antes Moscú, quienes soportaron el asedio de los conservadores que constantemente atacaban a piedra los buses del sector. A esto hay que agregarle las consecuencias derivadas del nombre "barrio Moscú" y las connotaciones incluso religiosas, asociadas a él, de ahí que se le cambiara el nombre por el de Santa Cruz. Luego de la violencia bipartidista y hasta muy entrada la década del 70 se reeditaría el mismo libreto, cuando algunos pobladores, en asocio con la defensa civil, se entrenaron en los comandos de Policía. El grupo estaba formado por los ciudadanos más reconocidos y honorables y actuaban con mucho sigilo. La Junta y sus colaboradores se armaron de machete, garrotes y hasta armas de fuego. Empezaron las batidas recogiendo a todo el que encontraban en las calles, se los llevaban, uno tras otro, prendidos de la correa o amarrados con un lazo. Se cometieron injusticias con la pobre gente que muchas veces venía del trabajo. Como en todas las organizaciones, participó gente poco honorable.²

Aunque al principio las milicias no actuaron al estilo de las organizaciones de izquierda, sí nacieron de su mismo tronco y se alimentaron con su savia. Del descalabro sufrido por la insurgencia a principios de la década el 80, nacieron las milicias como una respuesta a la violencia bandoleril y paramilitar vivida en las comunas populares. Esta generación, mucho más audaz y trajinada

² William Márquez. Historia del barrio Santa Cruz. Medellín, 1986, citado en libro Rasgando velos. Universidad de Antioquia, 1993.

en las lides de la guerra, propició el segundo resurgimiento del ave fénix, esta vez blindada y artillada.

Los primeros en tocarse el corazón frente a la violencia de las bandas no fueron las estructuras urbanas de la guerrilla sino, paradójicamente, combatientes del campo, que trajeron de paso su ideología campesina y autoritaria. Los activistas urbanos de la izquierda armada no tenían raíces en los sectores más atropellados por esta violencia, pues en su mayor parte eran estudiantes de clase media. Por eso cuando llegaron las bandas a los barrios, batir en retirada no fue una salida decorosa pero sí saludable para salvar el pellejo. Por el contrario, muchas familias de los combatientes del campo estaban en el corazón del fuego cruzado por la ferocidad de las bandas y no podían salir de allí por su situación de pobreza.

Según habitantes de la comuna nororiental, el primero en enfrentar las bandas fue *Federico*, miembro de un frente guerrillero del ELN, quien en 1987 vino desde el Bajo Cauca para dar de baja a algunos reconocidos miembros de bandas que habían amenazado a su familia. Al parecer, *Federico* no era tan diestro en las labores organizativas como lo era en las militares y no tuvo la capacidad suficiente para convocar la población del sector alrededor de la defensa colectiva de la vida.

Al año siguiente, apareció *Julio*, quien también era guerrillero del ELN, que supo aprovechar el problema de las bandas para promover entre las familias del barrio una forma de autodefensa.

Julio se desplazó desde lejanas tierras y trajo no sólo algunas armas automáticas, sino que también vino armado con un montón de ideas de cómo enfrentar las bandas, elaboró la propuesta de construir en Medellín un proyecto a imagen y semejanza de lo que eran las milicias obreras Gustavo Chacón de Barrancabermeja. Sin embargo, Julio se chocó con un gran obstáculo: mientras en la violencia vivida en Barranca había una clara confrontación política entre guerrilla y organizaciones

*sociales de un lado, y fuerzas armadas y paramilitares en el otro, en Medellín lo que había era una mezcla enrarecida de elementos políticos, pero también de violencia lumpesca.*³

2

Fue precisamente Julio quien dirigió las primeras acciones contra las bandas. Uno de los fundadores de estas primeras milicias recuerda:

La primera acción se realizó en el año 87 y fue dirigida contra la banda de La Caseta, ramificación de los Nachos. Cuatro miembros de esta banda le exigían a los habitantes de un pequeño sector de los barrios Popular uno y dos una cuota semanal de \$5.000 a cambio de mantener la virginidad de las mujeres jóvenes y niñas del barrio. En esta acción se ejecutaron dos de los muchachos y se les dio una oportunidad a otros dos, a cambio de rehacer su comportamiento. Lo anterior se hizo en un juicio improvisado, en media calle y de cara a la comunidad. Lo más anecdótico de esta primera acción es que ninguno de los miembros del comando era del barrio y permanecimos toda la tarde y parte de la noche extraviados en ese laberinto de callejones y de escaleras de caracol, sólo un bus que pasó por accidente pudo sacarnos de allí.

Sin embargo desde esta primera acción se establecieron las reglas del juego de las milicias: el ajusticiamiento como carta de presentación -había que entrar con energía-, la persuasión y el diálogo con la delincuencia como vía de pacificación, todo esto por supuesto buscando la aprobación de la comunidad para dicha propuesta.

³ Testimonio recogido del desaparecido líder miliciano Pablo García.

Este primer grupo convocado por Julio se escinde del ELN y se extiende a la comunidad y a otros grupos sociales. Como si fuera un imán se empiezan a congregarse a su alrededor diversos grupos que habían dejado al garete las organizaciones de izquierda. También se enrolaron muchos jóvenes que habían sido damnificados por la violencia de las bandas, así como varios de los núcleos de las autodefensas. Un aporte importante a este nuevo proceso fue el realizado por algunos miembros del M-19 que participaron en los primeros campamentos urbanos de esta organización y que pusieron a su disposición bases de apoyo más firmes.

Las primeras acciones de las milicias populares se concentraron en las bandas plebeyas, para mantener unos mínimos niveles de convivencia en la comunidad. El lema que tenían decía: "darle la oportunidad a uno de estos delincuentes, es quitársela a alguien de la comunidad".

La vía militar se impuso. Los grupos sociales y culturales que se encontraban en repliegue se convirtieron en apoyos logísticos y de información para las acciones de las milicias. Estos grupos fueron piezas claves para convocar a los sectores más confiables de la población para que asistieran a reuniones donde se les explicaba de manera muy sencilla la propuesta de las milicias populares. Si bien en un primer momento se utilizó la capucha para mantener oculta la identidad de sus miembros, en poco tiempo ésta se convirtió en un estorbo que impedía la comunicación más directa con la comunidad. *"No fue muy fácil quitarnos esos traumas clandestinistas de la izquierda tradicional"*, dice uno de los fundadores.

Si bien esta guerra inicial contra las bandas tuvo sus ribetes heroicos y dramáticos, no fue propiamente una guerra a muerte. Al ver caer a sus principales cabezas, la mayoría de los miembros de las bandas se acogieron a los acuerdos de deponer sus hostilidades hacia la comunidad y se desintegraron. Entre otras: los Calvos, los Nachos, los de la gallada del loco Uribe, los de la Caseta y una parte de los

capuchos. Los más belicosos tampoco fueron presas difíciles: carecían de disciplina y estaban muy mal armados, mientras las milicias tenían buenos recursos bélicos y entrenamiento.

3

La primera impresión que tuvieron los organismos de seguridad del Estado frente a las milicias fue la de estar enfrentando una nueva ramificación de las innumerables bandas de la ciudad:

La Presidencia ha limitado la actuación del Ejército contra las llamadas milicias, que es el nuevo nombre dado por las guerrillas a las antiguas bandas de sicarios del cartel de Medellín⁴.

En los primeros enfrentamientos sostenidos por las milicias en el período 89-90, la fuerza pública se encontró con una organización bien entrenada y disciplinada, que distaba mucho de la noción de banda manejada por los organismos de inteligencia. Así nos comenta algunas de las primeras escaramuzas con la fuerza pública como dirigente miliciano.

Mientras realizábamos los patrullajes de rutina, generalmente en triadas, chocábamos accidentalmente con la policía. En estos enfrentamientos la policía llevó la peor parte y tuvo varios heridos, optando siempre por retirarse. Estaban acostumbrados a enfrentar aquellas bandas que al menor asomo de problema tiraban a una zanja el changón y salían corriendo, pero no estaban preparados para enfrentarse a un grupo organizado, que se les parara en la raya, además, teníamos la gran ventaja que conocíamos cada recodo del terreno y ellos no.

En su boletín interno, la policía reconocería implícitamente su inoperancia para combatir este nuevo fenómeno de las milicias y manifestaría cierta anuencia con el fenómeno:

⁴ General Gustavo Pardo Ariza, comandante 4ª. Brigada, La Prensa 24 de abril de 1991.

Otro aspecto que ha generado la lucha de las bandas delincuenciales lo constituye la aparición de las milicias populares, las cuales en una presunta operación limpieza del sector han invitado a estas agrupaciones a alejarse de las actividades delictivas y a acogerse a la vida en sociedad, desmovilizarse como banda y unirse a su agrupación o por último unirse a su agrupación o enfrentarse a los milicianos... a nivel policial existe una falta de infraestructura que nos permita un total cubrimiento especialmente de la comuna nororiental tales como: cuarteles, vehículos y los elementos necesarios para su desenvolvimiento ya que en la actualidad dicha comuna cuenta con una población real de unos 650.000 habitantes y sólo cuenta al momento, con una estación de policía con capacidad para 30 hombres, debiendo albergar aproximadamente 54 uniformados quienes responden por la seguridad de dicha comuna, siendo insuficientes. Lo que ha motivado a que algunos grupos quieran ocupar el lugar, la autoridad ejecutando acciones de ajusticiamiento con la complacencia de la comunidad. Esto aunado a la pérdida de confianza de la ciudadanía ante la falta de presencia y efectividad en su deber de protección ciudadana.

En este mismo boletín la policía judicial reconocería como antítesis de la actividad miliciana, la actividad de las bandas, especialmente en el ámbito de su incidencia socioeconómica sobre la población:

...afectan la actividad comercial en la jurisdicción, perjudicando en especial al pequeño comerciante o industrial que ante la presión de la delincuencia opta por trasladar o clausurar su negocio, impiden el normal desarrollo de las actividades de transporte público y particular y afectan la actividad estudiantil con la infiltración de miembros de bandas en los establecimientos educativos.⁵

⁵ Boletín Interno Policía Metropolitana, Medellín, mayo 22 de 1991.

En este periodo las milicias lograron someter a las bandas de mayor resonancia y la policía adoptó cierto “lesseferismo” frente al fenómeno miliciano. Pero este momento coincide con el trastocamiento de la noción de orden público que se vive en Medellín. Cuando se rompe la alianza táctica entre sectores del establecimiento y el cartel de Medellín, los organismos de seguridad del Estado fueron arrojados a una guerra a muerte contra las bandas de oficina, que eran los ejércitos privados del cartel. En esta guerra cayeron abatidos un grueso número de policías, siendo los ataques más frontales los carros bomba contra la fuerza élite. Como retaliación esta fuerza policial inició una ola de masacres que afectaron principalmente a los jóvenes indefensos que departían en las esquinas. El miedo entonces adquirió cédula de ciudadanía en Medellín y los barrios populares se convirtieron en verdaderos camposantos. Un líder de las milicias populares relata como se vivió el problema de las masacres en algunas zonas donde operaban las milicias:

Por el año 1989, en los sectores más altos de la comuna nororiental empezó el desfile de los llamados carros fantasmas, especialmente taxis, atiborrados de personal de la fuerza élite en traje de civil. Pero subestimaron la fuerza que tenía la organización miliciana dentro de la población y eso les agüó la fiesta de desquite. Si bien en un primer momento y gracias al factor sorpresa los matones en sus carros fantasmas lograron asesinar a varios jóvenes en las esquinas, en cuestión de días ya estas esquinas no eran el blanco perfecto de jóvenes manicruzados. Las milicias populares con apoyo de la comunidad diseñaron una estrategia de contención a esta práctica criminal de la masacre. En muchos sectores de la comunidad se construyeron policías acostados -que todavía permanecen como monumentos de esta trágica época- o simplemente se usaba el método sencillo de taponar con piedras, palos y llantas las esquinas más propensas a estos ataques. Gracias a la

información dada por la comunidad, o bien por una red de teléfonos ubicados en sitios claves, se lograron emboscar varios de estos carros y dar de baja a algunos de sus ocupantes, emboscadas favorecidas por la topografía del terreno. Al final de cuentas vinieron por lana y salieron trasquilados. Con estas tareas militares contra las masacres no sólo se afianzó definitivamente la confianza de la comunidad en las milicias, sino que se desprestigiaron aún más las fuerzas de seguridad del Estado y, de paso, se acuñó el mito de que las milicias eran invencibles en sus territorios, derrotando incluso a la fuerza élite que no pudo ser desterrada ni por los narcos.

Sin embargo, no todas las relaciones con la fuerza pública estuvieron salpicadas por la acción corrosiva de los odios y las guerras de entonces. También aparecieron otras relaciones como la que nos relata Pablo García⁶:

Cuando los sicarios del cartel le declararon la guerra a la policía a finales del año 89, recuerdo que un grupo compuesto por unos 18 agentes subieron hasta el Popular a pedir protección de las milicias. Su situación era desesperante y estaban atrapados entre dos fuegos; de un lado, en los barrios donde vivían tenían que convivir con sus verdugos: los sicarios.

En muchos casos los agentes eran asesinados a mansalva cuando se dirigían al trabajo, llevando a sus hijos a la escuela, o simplemente cuando se dirigían a la tienda de la esquina a comprar cigarrillos, de esta manera los sicarios cobraban los dos millones que ofrecían las oficinas. Pero el agente raso también tenía que cuidarse de sus nuevos "colegas", la fuerza élite, que disfrutaba de todos los privilegios del caso y tenía dentro de sus planes, sacar del camino a los agentes que supuestamente servían de apoyo a las bandas. No pocas veces

⁶ Pablo García lideró en 1994 las negociaciones entre varios grupos milicianos y el gobierno nacional. Ese mismo año fue asesinado.

la fuerza élite participó en el asesinato de agentes de policía. Estos agentes se radicaron con sus familias en los barrios de influencia de las milicias y si bien no se vincularon a la estructura miliciana, prestaron su colaboración en la venta de armas baratas a la milicia, modernizando nuestros arsenales, igualmente colaboraron con información sobre bandas, policías corruptos, planes de dirección de la policía contra la milicia, también llegaron a prestar uniformes y otra logística.

Posteriormente, según otros dirigentes milicianos, algunos agentes renunciaron a la fuerza policial y se vincularon a las milicias. El espíritu de limpieza social y de vengador anónimo presente en la mentalidad miliciana, no hacía sonar tan descabellada esta idea. Gracias a su preparación militar, algunos de estos ex agentes lograron escalar a mandos medios en las milicias. Es el caso de *Jorge* quien llegó a ser responsable de la zona de Santa Cecilia y murió en un enfrentamiento contra la policía en 1991 en Santa Cruz.

Sin embargo, fueron algunos dirigentes de las Milicias Populares del Valle de Aburrá (MPVA) quienes profundizaron relaciones más orgánicas con agentes de la fuerza pública. Un dirigente de esta fuerza recuerda:

Desde un principio se lograron establecer pactos de no agresión con algunos mandos medios de la policía así como el respeto de algunas normas. Algunos dirigentes de la organización -visión que no compartía la mayoría de dirigentes del ELN-, fueron claros en que el agente raso no tenía por qué cargar con la "lana" de los corruptos, y que de alguna manera también eran víctimas del abandono del Estado, como cualquier poblador de un barrio popular. Recuerdo que se conversó con algunos mandos medios de la policía como el sargento Marín, un teniente de la estación del barrio Guadalupe y otro de la estación de Santo Domingo. Algunos de estos acuerdos, que en general se cumplieron, eran relacionados con delimitaciones en zona de tránsito, así las patrullas de la policía circularían por las

vías principales, y los patrullajes milicianos por los callejones para de esta manera reducir al máximo la posibilidad de choques armados. También se logró a través de estas relaciones con mandos medios, la devolución de armas confiscadas por la policía a algunos milicianos. Incluso dentro de la alta oficialidad de la policía, no todos eran partidarios de enfrascarse en una guerra con las milicias. El mayor Prada, quien dirigió el comando operativo de la policía en la comuna nororiental por varios años, fue un tipo respetuoso de los derechos humanos de la comunidad. No dejaba, por ejemplo, que torturaran a los milicianos capturados.

De alguna forma, el asesinato de agentes en esa época influyó sobre el crecimiento de las milicias en la comuna nororiental, pues la fuerza pública se enfrascó en una tarea de autoprotección y se desentendió de su tarea central: garantizar la vida y honra del ciudadano común y corriente.

4

Las milicias llegaron rodeadas de un aura redentora. Su aparición en el barrio El Popular coincide con el cenit en la carrera criminal de las bandas, que habían convertido este pequeño barrio de la comuna nororiental en una verdadera caldera del diablo.

A principios de 1988, la banda de los Calvos asaltó una tienda de video situada en la calle 45, corazón comercial de la comuna nororiental. Como en el barrio Popular un VHS o un betamax eran artículos exóticos, no encontraron a quien venderle las películas, entonces se idearon un jugoso negocio, propio de la inventiva comercial paísa. Intimidando a los empleados de una fundación del sector, uno de los pocos lugares donde había equipos de video, los obligaron a que les prestaran la sede, el televisor, el VHS para hacer funciones diarias con los videos robados. Así, mientras en el día los promotores de la fundación realizaban video-foros sobre sexualidad, drogadicción y trabajo comunitario, después de las 6. p.m. se hacían



largas colas de niños y adolescentes dispuestos a pagar los \$100 que Los Calvos, nuevos empresarios del cine, habían fijado como tarifa para filmes "Cine X y Rambo", todo ante la mirada impávida de las autoridades.

La vinculación de jóvenes a las bandas obedecía a motivaciones muy disímiles. Para algunos la banda era sólo una microempresa para sobrevivir o acceder a su dosis personal. Para otros era un eslabón en la larga carrera de venganzas que heredaron los habitantes de muchos barrios de la comuna nororiental. Es así como se integraban a ellas verdaderos clanes familiares, como en el caso de los "montañeros", tres familias que se unieron a Los Calvos para saldar una vendetta que desde muchos años sostenían con otra familia de un pueblo del suroeste antioqueño.

También se disolvieron en Los Calvos ejemplares patológicos que veían en la banda una posibilidad para socializar sus aberraciones. Tal es el caso de El Peludo, de gustos bastante atípicos, pues no violaba a las jovencitas del sector como el resto de sus compañeros, sino que, entrada la noche, esperaba a los señores que llegaban del trabajo, y luego de saquear sus bolsillos, los violaba en algún callejón. Los que estaban entre los 40 y los 50 años eran los que mejor se acomodaban a sus apetencias gerontofílicas.

El Peludo había logrado escurrirse repetidamente a la policía y al grupo de Famel Restrepo, una de las primeras personas del barrio Villa del Socorro en organizar un grupo de autodefensas contra las bandas del Popular que ocasionalmente incursionaban contra los vecinos del sector.

Famel Restrepo recuerda:

El Peludo lograba escabullirse de los intentos de ejecutarlo, pues su mero nombre era la desconfianza, en el día era liso como una vara de premios, y al menor asomo de peligro o presencia de la policía desaparecía por los estrechos callejones del barrio y las

terrazas de las casas -de las que conocía cada recodo- como si se lo hubiera robado una mano invisible. No eran pocos los que decían que estaba rezado. Durante la noche se refugiaba en un ranchito en el filo de un morro en el Popular, desde el cual vigilaba el sector. Como un gavián al cuidado de su camada, no permitía ni que sus compinches se acercaran. La única forma de darle cacería al Peludo fue matando a uno de sus hermanos, un joven de unos 15 años, y cuando se apareció en el velorio, lo dimos de baja.

Los más temidos y afamados entre las bandas eran sin lugar a dudas, Los Nachos. Nacho había participado en los campamentos del M-19 en 1985 y en 1986⁷ logró relacionarse con Pardo Escudero, uno de los hombres de confianza de Pablo Escobar y la pieza clave en el reclutamiento de “jóvenes kamikases” para participar en magnicidios de jueces, políticos, etc. Pardo Escudero fue detenido en 1988 y un año más tarde protagonizó una espectacular fuga en helicóptero de la cárcel Bellavista. En 1986 Nacho murió en un enfrentamiento con la policía, y el resto de la banda perdió los pocos criterios de honorabilidad y autodefensa que les había inculcado su jefe en sus comienzos.

Durante los cursos de inmersión revolucionaria dictados en los campamentos del M-19 en 1985, los que serían miembros de Los Nachos aprendieron dos invaluable lecciones que les fueron de gran utilidad en su gesta delictiva. La primera era que el comercio del sector estaba llamado a cotizar para la guerra. Los ideólogos del M.-19 habían adoctrinado a los muchachos que asistían a las reuniones en el sentido de que el trabajo en la producción era una pérdida de tiempo, era entregarse en las manos de los mezquinos capitalistas. De esta manera cuando los campamentos realizaban un sancocho comunitario, una retreta y otra actividad para ganarse

⁷ Se refiere a los campamentos urbanos que se instalaron durante el proceso de paz adelantado por el presidente Belisario Betancourt con el M19 y que tuvieron una alta incidencia en el nacimiento de las milicias.

el afecto de la comunidad, organizaban comisiones para solicitar la colaboración en especie a los negocios del sector. Sacar un centavo del propio bolsillo para estos eventos era considerado de bajo perfil revolucionario. El aporte del comercio se daba entonces sin mayores reparos pues los campamentos del M-19 habían ofrecido seguridad y recreación a estos sectores olvidados.

Cuando los jefes del M-19 salieron de El Popular, los aportes que en principio eran de buena voluntad se convirtieron en cuota obligatoria o vacuna, la cual se cobraba lista en mano. Los carros colectivos tenían establecida una tarifa de cinco mil pesos sábados y domingos, las carnicerías tres mil y graneros y tiendas dos mil semanales. La otra lección de gran utilidad para Los Nachos fue la de explosivos caseros cuya fabricación estaba especificada al dedillo, con gráficas incluidas, en los rudimentarios folletines mimeografiados de la guerrilla urbana de Carlos Marighela del Brasil, del MIR Chileno o del FMLN en El Salvador. Materiales que los dirigentes del M-19 pusieron en manos de los jóvenes que asistían a los campamentos y que resultó ser un método infalible para las futuras recaudaciones de la vacuna. Los artefactos más utilizados por los Nachos eran las incendiarias que consistían en una botella de aguardiente vacía que llenaban con gasolina, aceite quemado mezclado con pedazos de llanta y una mecha de tela. Un día, sin embargo, se sobrepasaron en su vocación pirómana. Incineraron un carro colectivo que no pagó la cuota. Quemaron en su interior a tres adolescentes que trabajaban como ayudantes, los cuales se consumieron en llamas mientras los vecinos observaban horrorizados la dantesca escena. La morada final de los adolescentes fue una bolsa negra de polietileno que sirvió de ataúd a tres pequeños tizones corrugados.

Los vecinos, indignados, se reunieron y en turba fueron a una inspección del sector demandando una acción de los organismos de seguridad para hacer justicia ante este macabro hecho criminal. Ante la presión pública fueron capturados 28 miembros de Los

Nachos, de los cuales sólo cinco fueron condenados a 30 años de cárcel. Los demás fueron liberados, bien por falta de pruebas o por ser menores de edad. Este fue llamado "el juicio del siglo" en el barrio.

En las mentes de los habitantes del Popular, luego de este hecho, se fue cocinando la idea de que solo formas más radicales y expeditas de justicia debían ser aplicadas, idea que las milicias supieron inculcar y recoger.

5

Las milicias entraron pisando fuerte en El Popular donde habían establecido los primeros contactos con pobladores y organizaciones sociales de ese sector. Los primeros en experimentar los rigores de los cánones justicieros impuestos por las milicias son las bandas llamadas chichipatas o plebeyas, las cuales para 1988 formaban un mosaico amorfo de asaltantes callejeros, extorsionistas de pequeñas negocios, violadores y otros depredadores silvestres.

Uno de los primeros sectores delincuenciales en recibir de frente el puño de hierro miliciano fue aquel conectado con la farmacodependencia. A medida que iba ganando terreno en ellos la adición de la bazuca, mayor era la pérdida de su espíritu gregario y por ende de sus capacidades organizativas y conspirativas en el mundo del crimen, lo que los hacía el sector más vulnerable.

Este es el perfil psicológico y fisiológico en general de un basuquero:

La incapacidad de respuesta de este se debe en gran parte a las sustancias usadas en este narcótico como los disolventes sin purificar usados para su procedimiento que contienen plomo en altas proporciones, elemento que atrofia el sistema nervioso, ocasionando alteraciones motoras (movimientos torpes y lentos) alteraciones sensitivas (aumento del umbral para percibir temperaturas, dolores, gratificación apetito, sabores, olores) intelectuales (atención débil) afectivos (irritabilidad, desasosiego,

síndrome de abstinencia) y dificultad en la interacción y relación con los que lo rodean.

La potencial agresividad del delincuente está relacionada con el consumo de bazuca en particular pero a la vez esto conlleva rasgos de torpeza en sus movimientos. Por lo anterior el bazuquero para obtener su sustancia por lo general no atraca sino que desempeña otras funciones como alterar sobre la presencia de personas en la zona que frecuenta, o realizar ajustes de cuenta por encargo. Cuanto atraca lo hace en sitios cercanos a aquellos en los que hasta en ocasiones atenta contra la integridad física de su víctima (chuzándola, atacándola con un objeto cortante) lo cual se explica por el hecho de que no pudiendo huir velozmente decide acabar con ella. Un perfil psicológico del basuquero muestra que son individuos formados en ambientes agresivos y destructivos, con una pobre autoestima y un gran impulso autodestructivo. En la medida en que los daños se hacen mayores el sujeto requerirá mayores dosis de esta sustancia hasta llegar al grado de no poder vivir sin ella.⁸

Los basuqueros en su afán de proveerse de las cada vez más dosis de la droga, ven caer sus escrúpulos en el tobogán de la desesperación. En un abrir y cerrar de ojos pasan del asalto callejero al saqueo de las viviendas de sus propias familias. Así las modestas pertenencias que decoran las casas de algunos barrios populares: radios de dos bandas, lámparas, cubiertos y hasta bombillos tienen como destino final el jibariadero más próximo. La escalada de actividades indiscriminadas contra la propiedad acometidas por los adictos al basuco ha conducido a que sean considerados como el peldaño más bajo al que pueda llegar un delincuente, los basuqueros son considerados por los mismos delincuentes como seres despreciables que dañan la buena imagen de los negocios ilegales.

⁸ Perfil psicológico. Hecho por la psicóloga Martha Ruth Gómez, Citado en "la Violencia llamada limpieza social". Carlos E. Rojas, CINEP, Colección Papeles de Paz, 1994.

La lógica tradicional de la llamada limpieza social ha sido rigurosamente respetuosa de la jerarquía delincuenciales ejerciéndose no propiamente contra el delincuente profesional - que en el lenguaje jurídico no es otro que el que transgrede las normas penales establecidas- sino contra los sectores más vulnerables, sin mayores recursos logísticos y organizativos.

Como se ha hecho explícito en estas notas, la historia, de las milicias ha estado plagada de interminables divisiones, roces internos, y una gran fragilidad en sus postulados ideológicos. Bajo estas condiciones fue imposible que la militancia miliciana y los diferentes grupos asumieran comportamientos similares para afrontar problemas cotidianos de la comunidad.

El mayor sesgo ideológico al interior de las milicias se presentó entre su base y su dirigencia, siendo estos últimos los más compenetrados con las ideas de izquierda y con cierto humanismo social. Frente al tratamiento de la droga y los adictos en las zonas de influencia de las milicias, este sesgo se hizo más visible.

Muchos milicianos de base aceptaron sin ambages manejar criterios afines a la limpieza social:

Sí, claro que las milicias son un grupo de limpieza. A este barrio no se podía entrar, si entraba un taxista le robaban el taxi, lo desvalijaban y mataban el chofer. Antes esto era un tremendo burdel: si una pelada le gustaba a uno de los pillos y ella no se prestaba a sus exigencias, la mataban a ella o su familia. Con las milicias ya no pasa eso, la gente así lo atestigua... nosotros consideramos a algún ladrón, algún basuquero, un cochino, un sucio.⁹

A la mayoría de los dirigentes milicianos el concepto de limpieza social les parecía inadmisibles e indigno como legitimación de sus

⁹ Fragmento Historia de vida de "Natacha", miliciana de base entrevistada.

actividades contra la delincuencia, y el hecho de que alguien fuera ladrón, drogadicto o pandillero no le otorgaba la etiqueta de condenado a muerte.

Las milicias acudieron al método del diálogo y la persuasión. Si no era posible lograr un cambio de actitud, al señalado se le proponía una salida del barrio y se le advertía varias veces. Pero si permanecía en el barrio no quedaba otra salida, sino actuar. Si fuéramos un grupo de limpieza social tendríamos que extinguir a todo el mundo, porque todos tenemos errores, nosotros venimos en un plan de trabajo social y de seguridad, pero no como un grupo de exterminio.¹⁰

Las milicias adoptaron cierta tolerancia hacia los adictos, sin embargo los que fueron pillados en flagrancia cometiendo algún delito contra la propiedad eran pasados por las armas sin contemplaciones.

Las operaciones iniciales que desataron las milicias contra los delincuentes menores fueron fulminantes y contundentes. Pablo García* nos relató algunos pasajes de estas guerras que muestran el abismo existente entre las tácticas empleadas por las milicias y las empleadas por la delincuencia.

Entre 1988 y 1991, los tres primeros años en El Popular, sólo perdimos dos hombres y estos no cayeron propiamente en los enfrentamientos con las bandas. El primero se llamaba Fredy Alvarez y le decíamos cariñosamente "Bollito" por su baja estatura, pero lo que le faltaba de estatura le sobraba en sagacidad y valentía, las que no siempre resultan suficientes para ganar una guerra. Un día salió de su casa con rumbo al liceo donde estudiaba bachillerato en el centro de la ciudad; como salió de afán escogió un camino que le resultaría mortal. Cuando el colectivo en que viajaba se detuvo en un lugar llamado

¹⁰ Fragmento. Historia de vida de "Silvia", dirigente miliciana entrevistada del sector de Moravia.

la caseta en el Barrio El Popular, los miembros de la banda de Los Nachos que se mantenía en ese lugar, se percataron de su presencia, lo bajaron del colectivo y lo destrozaron a puñaladas sin darle tiempo de defenderse.

Esa misma noche nos reunimos algunos compañeros y organizamos un comando de tres personas. Al día siguiente fuimos a una casa del sector de la caseta, donde vecinos nos habían informado que se refugiaban miembros de la banda, irrumpimos en la casa indicada portando un radio de comunicaciones y un brazalete del F2 y efectivamente había tres de los que habían asesinado a "Bollito".

Lo cierto es que a duras penas se incorporaron de la cama, pues todavía tenían viva la traba de la noche anterior, con la que festejaron la muerte del compañero. Casi cargados los sacamos de la casa y afuera los ejecutamos. Siempre tratábamos de evitar realizar los ajusticiamientos en presencia de los niños.

El otro compañero que también murió se llamaba Herman Albeiro Pabón y su nombre de guerra era "Carlos". Este no murió como consecuencia de los enfrentamientos con las bandas. Un día le encomendamos la misión de llevar unas armas a un sitio a las afueras de la ciudad, a un lugar que habíamos escogido previamente para hacer una práctica de tiro, pues como en la ciudad era imposible realizarlas, salíamos hacer acampadas los fines de semana para mantenernos en forma, con un pulso certero.

En el cometido de su misión se desplazaba en un taxi y cuando se acercaba el puente el pandequeso, en la vía a Caldas, se encontró con un retén policial y al ver que no podía evadirlo, se enfrentó a la policía con una pistola 45 que llevaba a la mano, y cuando se le terminó la munición, le arrojó una granada a los policías del retén. En el enfrentamiento murió Carlos, dos policías y varios agentes resultados heridos, entre ellos una mujer policía

que era madre de familia. El periódico El Colombiano hizo una campaña de solidaridad recogiendo fondos para la mujer policía, arguyendo que no había terminado aún el curso de agente.

El compañero apareció ante la prensa como un sicario al servicio del cartel de Medellín, pues en la época era lo que estaba de moda en los periódicos.

El resultado de la confrontación de las milicias contra las bandas delincuenciales en El Popular y sus alrededores, se resolvió con rapidez a favor de las milicias, gracias, en parte, a la ingeniosa combinación que hicieron de varias tácticas, entre ellas la explotación de las rivalidades en que se debatían las bandas del sector, al momento de la llegada de las milicias.

Pablo García continúa con su crónica de los hechos:

Los Capuchos, banda que actuaba en el barrio Pablo VI y la Isla, tenían casada una guerra a muerte con Los Calvos en el Barrio El Popular Dos. La táctica de las milicias fue atizar estas guerras. Hay un viejo principio que reza: divide y reinarás, y dejar que las bandas se diezmaran entre ellas era un procedimiento muy económico.

Pablo García reconoció haber apoyado en sus inicios a Los Capuchos, que eran los más moderados en sus actividades delictivas, y a su vez los que tenían mejores armas para sacar del camino a Los Calvos, que eran los más chichipatos de todos.

En la guerra contra las bandas también empleábamos algo que algunos habíamos aprendido en las filas de la guerrilla, a través de un manual de operaciones psicológicas que utilizó la CIA y la Contra para atacar a la revolución sandinista. A través de informantes, ex miembros de bandas o miembros activos de estos, allegamos información que sólo conocían los jefes de las bandas, por ejemplo, en quién confiaban y en quién no. Entonces dábamos golpes que ponían en evidencia que uno de ellos había

traicionado. Cuando se desmoronan los mandos, también se desmorona la base de un organismo. Las bandas necesitaban en el fondo psicólogos y nosotros fuimos los psicólogos.

También aprovechamos que nosotros estábamos mejor preparados para la guerra urbana. La mayoría de los que iniciábamos las milicias habíamos participado en escuelas de instrucción militar con el ELN, el M-19 y el Ricardo Franco, principalmente. También teníamos un buen armamento, casi todas las armas eran calibre 9 milímetros.

Las bandas, por su parte, eran desordenadas para actuar, no tenían mayor formación militar, sólo eran valientes en manada y su armamento era casi todo casero: changones calibre 16 y trabucos 38 de un tiro fabricados en el barrio. Entre los jefes de bandas imperaban el orgullo y la pedantería. Sin embargo, pudo más la razón y el sentido común en ellos.

Una creencia que se ha difundido con respecto a las milicias, es que estas entraron en los barrios populares en medio de un baño de sangre, para ganarse el respeto y la credibilidad de los pobladores. Esto es falso. No fueron muchos los líderes de bandas que llegaron hasta el final y se hicieron pasar por las armas; quizás sólo el "Mico" de Los Nachos, la "Vaca" de los Calvos y el "Cela" de los Capuchos, este último cargaba con la fama de ser el más duro jefe de banda del sector y el más bravo a la hora de desafiar a las milicias.

El "Cela" fue el último jefe de los "Capuchos" y le debía parte de su fama a que fue uno de los pocos que logró enrolarse con el cartel de Medellín, concretamente con el clan de los Ochoa, pero un día se les "torció" y con la información que consiguió al lado de estos, secuestró a una anciana tía de Jorge Luis Ochoa y cobró un rescate millonario. Con este dinero logró armar una fuerte resistencia contra las milicias junto a lo que quedaba de los Capuchos. Su fama de escurridizo ya corría de voz en voz, y es que siempre que las milicias intentaban hacerle una emboscada, se escabullía como por encanto.

Su secreto era que siempre mantenía una moto de alto cilindraje en el sitio donde se encontraba, con un compinche al volante y así desaparecía dejando sólo el rastro de polvo.

La muerte de los duros y los invencibles casi siempre va de la mano de la ironía, y no del heroísmo que todos esperaban.

Un día, el "Cela" estaba compartiendo unos tragos con unos amigos de las bandas de la Germania, en el barrio El Playón, en una heladería, y las milicias dispusieron de un comando de tres milicianos para darle cacería. Cuando el "Cela" se percató de la presencia de los milicianos salió disparado con un arma en cada mano. Durante el intercambio de disparos hubo un apagón. No se volvió a saber nada hasta el otro día que la gente comentaba que habían matado al "Cela", lo que en un primer momento nadie creyó. Para confirmar la noticia, las milicias mandaron a una persona hasta la morgue de la ciudad, quien se hizo pasar por familiar del "Cela" y así pudo entrar y ver el cadáver. Pero lo más sorprendente fue encontrar que el Cela no tenía ni una sola ojiva en su cuerpo. Había muerto de un ataque cardíaco, de físico susto. Ese fue el final del más legendario jefe de bandas del sector.

Los pocos miembros de las bandas que persistían en su beligerancia y no quisieron acogerse a las ofertas de paz de las milicias, tampoco fueron presas muy difíciles. En su mayoría eran delincuentes bastante descompuestos y drogadictos y completamente rechazados por el vecindario. Incluso en algunos casos las mismas familias de estos delincuentes los entregaban por ser "ovejas negras". Un día llegó una madre y les dijo: "¡mi hijo llegó drogado a la casa, me golpeó a mí y a los otros niños, destruyó las pocas cosas de la casa, hagan con él lo que crean conveniente!"

6

Pasado el pacto con carnaval y comparsa celebrado en el barrio Villa del Socorro, entre las milicias y las bandas, aún era muy pronto para un parte de victoria de las milicias sobre la delincuencia. Si bien

buena parte de la delincuencia plebeya había desaparecido ante el poderío mostrado por las milicias (basuqueros, violadores, asaltantes, callejeros, jíbaros), los enemigos de más calibre aún estaban vivos y coleando. Es decir: las bandas de delincuencia profesional que tenían presencia en el sector y las oficinas ligadas al narcotráfico.

El barrio Santa Cruz, como se mencionaba con anterioridad, hace parte del cordón meridional de la comuna nororiental y está catalogado como de estrato medio-medio y medio-bajo. De tiempo atrás ha existido una hermandad entre algunos barrios de la comuna nororiental y las llamadas zonas de tolerancia, las cuales frente a los planes de modernización urbanística, impuesta por la administración municipal, no desaparecieron, sino que se trasladaron, llevando consigo las prácticas y costumbres de sus antiguos negocios. Santa Cruz, fue uno de estos barrios. Por la década de los 60 llegó de la zona de tolerancia de Lovaina una mujer a la que apodaban "La Camajana"¹¹, quien era propietaria de una casa de lenocinio en esta zona. Fiel a la tradición paisa, la Camajana se trajo su casa al hombro e instaló una casa-bar en el corazón del barrio Santa Cruz. El interior del lugar está tenuemente iluminado por una luz rojiza, una vitrola vociferando toda la noche música de Daniel Santos y la Sonora Matancera, y en la entrada un oso de peluche con una señal luminosa, invitando a los clientes. La casa quedaba estratégicamente ubicada detrás de la iglesia del barrio; así los clientes podían llegar puntuales a la misa de seis para cumplir con sus deberes religiosos.

Alrededor de la casa de "La Camajana" prosperaron no sólo la prostitución de las jóvenes del sector, sino más tarde los expendios de droga y, por supuesto, la sombra de los clientes que frecuentaban la casa. Los delincuentes menores empezaron a rondar como hienas en la madrugada, esperando la salida de los clientes para terminar de desplumarlos.

¹¹ Camaján: en lenguaje lunfardo es una variedad de malevo.

A mediados de los 80 uno de los delincuentes menores, llamado "Rigo" y protegido por "La Camajana", se logró conectar con los Priscos, que operaban en el vecino sector de Aranjuez. Así logró participar fugazmente en algunas actividades del Cartel de Medellín. Corría el año 1985, un año de bonanza para las bandas de la ciudad, época de pleno empleo por la creciente demanda de mano de obra criminal del entonces cartel de Medellín.

Con el dinero conseguido, "Rigo" armó su propia banda en Santa Cruz. Como la mano protectora del patrón sobre las bandas diferentes a Los Priscos languideció en la medida que su organización iba pasando a la clandestinidad, la banda de Rigo se trasladó a otros negocios: la distribución de la basuco en su barrio, el robo de carros, la extorsión y el secuestro.

Posteriormente la banda de Rigo fue mirada con recelo por Los Priscos, que no compartían la práctica de enrolar rateros de barrio. Sin embargo, la reputación alcanzada por Rigo al lado de Los Priscos le sirvió para proyectar la imagen de oficina, algo que daba estatus.

En Medellín era frecuente ver grupos de diez o más jóvenes en carros y motos a las que se les extraía el exhosto para que fueran más ruidosas, quienes en cualquier establecimiento público, después de destapar una o dos botellas de aguardiente, se ufanaban en voz alta, para asegurarse que todos en el establecimiento escucharan: ¡Yo trabajo para el patrón! ¡Acabamos de golpear en un trabajo! ¡Matamos y comimos del muerto! Coronados por la inmunidad que les daba un sistema judicial corrupto. De esta forma propagaban por el mundo del crimen su fama y sus ejecutorias.

Desde que llegaron las milicias a la comuna nororiental la oficina de Rigo fue la primera en declarar a las milicias su enemigo número uno, y las milicias a su turno hicieron lo mismo. La peor parte en esta disputa la llevaron los pobladores. La banda de Rigo asesinó a los estudiantes de barrios con influencia miliciana que estudiaran en el Liceo Moscú, el único oficial del sector; ametrallaba los colectivos

que transportaban la gente del centro a los barrios más altos por las lomas de Santa Cruz; asesinaron a los pacientes de estos barrios que acudían a la unidad de enfermería de Santa Cruz, la única de la comuna nororiental.

El barrio Santa Cruz, al igual que Manrique, fue del 88 al 92 el más afectado por las masacres realizadas por la banda de Rigo. Allí ocurrieron unas cuatro masacres y en Manrique unas diez¹².

Famel Restrepo quien fundara uno de los primeros grupos de autodefensa en la comuna Nororiental, había tenido que salir de su barrio Villa del Socorro, por los múltiples enemigos que se había creado. Luego de que la policía derrotara los que fueran sus peores enemigos: Los Nachos y Los Calvos, Famel quiso regresar al barrio Villa del Socorro donde había dejado a su familia y varias propiedades. Sin embargo, las milicias se lo impidieron. Lo acusaron de ser un paramilitar, ya que para combatir a las bandas se había aliado con varios oficiales y suboficiales de la policía. Famel Restrepo era un enemigo de respeto. Era propietario de varios clubes nocturnos en la ciudad; manejaba una pequeña oficina de delincuencia y era un enlace clave del cartel de Medellín con los bajos fondos.

Las milicias recibían delegaciones de gente de todos los rincones de Medellín, desde los barrios más altos hasta los de invasión, que reclamaban desesperadamente la presencia de las milicias para que les solucionaran los graves problemas de inseguridad en sus barrios.

En un abrir y cerrar de ojos, las milicias MPVA pasaron a ser las vedettes. Los halagos y ofertas no sólo llovían por parte de los pobladores de los barrios de Medellín amenazados por la delincuencia. Los cortejos y atenciones venían también de parte de

¹² Tomado del libro Las masacres en Colombia. 1980-1983 M.V.Urbe, T. Vásquez. Fundación Terre des Hommes y CPDH, Bogotá.

la nueva oficialidad elena, endurecida ahora hasta los tuétanos como reacción al surgimiento de una disidencia a su interior, la CRS.

La nueva propuesta miliciana brindaba la posibilidad de matar dos pájaros de un solo tiro. Era el momento largamente acariciado para ponerse a tono con la inusitada bonanza de las Milicias del Pueblo y para el Pueblo del barrio el Popular, que se habían independizado de la influencia del ELN. También, las nuevas milicias (MPVA), eran una organización guerrillera en plena pujanza y significaban para el ELN la puerta para entrar a los barrios populares de las grandes ciudades. A pesar de las multimillonarias inyecciones de la petrobonanza, de una planta gigantesca de militantes, de los audaces golpes de mano realizados en Medellín, en la década de los 80, el ELN no había logrado su meta principal: salir de las penumbras de la marginalidad y el anonimato en los barrios populares.

En las milicias, el control territorial era lo más parecido, según los códigos de la guerra de guerrillas, a una aldea estratégica. Sólo que en esta ocasión no era de paja y bambú como en Vietnam, sino de pavimento y cemento y en el corazón de una gran ciudad.

Con la nueva propuesta miliciana, la dirección nacional del ELN tenía en mente una tarea subsidiaria, pero no menos importante: consolidar un polo de atracción fuertemente galvanizado para la guerra que atrajera a su militancia en Medellín, que había quedado reducida a polvo cósmico luego de la profunda división entre corrientosos y oficialistas.

En cuestión de meses, las impetuosas milicias de Villa del Socorro se convirtieron en el prototipo de milicias a impulsar por el ELN en el resto de la ciudad. En la comuna noroccidental se llamarían América Libre, en Bello Pueblo Unido, y en el sur Milicias Obreras.

El modelo de milicias barranqueñas que tuvieron su edad de oro en los 80 en medio de las luchas campesinas y petroleras, ya habían pasado por su cuarto de hora. Apuballadas, ante la ilimitada capacidad

de reclutar jóvenes en las barriadas de Medellín y el torrente de simpatías que iban dejando atrás las acciones justicieras de las milicias, la nororientalización del país parecía irreversible en los cordones periféricos de las principales ciudades: Ciudad Bolívar en Bogotá, Agua Blanca y Florida en Cali.

Para acometer las tareas mesiánicas que los dirigentes del ELN le habían encomendado a las nuevas milicias, aún quedaban muchas piedras en el camino: muchos de los militantes elenos, atraídos por la nueva propuesta miliciana, desfallecieron frente a las cruentas guerras y los desafíos que los esperaban en estos barrios populares. Lucas, un ex militante del ELN que participó como instructor de estas milicias relata parte de la crónica de los viejos militantes en el nuevo escenario miliciano:

Primero que todo los enemigos tradicionales de la guerrilla habían cambiado, ya no era la policía y el ejército como antes. Ahora las milicias eran la nueva fuerza policial, igualmente el modus operandi de la vieja militancia urbana no parecía muy apropiada para la guerra que asolaba en los barrios populares de Medellín: guerras silvestres donde todo se valía, sin derecho humanitario. En el pasado, los operativos eran planificados con semanas y hasta meses de anticipación, bajo la sombra de la clandestinidad y el secreto, era muy difícil que una información se infiltrara al enemigo. Cuando finalmente un comando era despachado a un operativo grande, todo estaba fríamente calculado, el tiempo se medía con relojes sincronizados, la inteligencia era meticulosamente recolectada, se hacía también simulacros en el sitio con anterioridad y existían planes de contingencia: una gruesa suma dinero por seguridad en caso de un soborno de emergencia, si una patrulla se atravesaba. Servicios jurídicos garantizados en caso de captura, unidades de salud ambulatorias equipadas con material quirúrgico de emergencia para tratar a los heridos, personal médico en hospitales oficiales para casos de mucha gravedad, como parte de una cadena perfectamente ensamblada.

En las milicias todo era distinto; los operativos eran de reacción inmediata. Algún vecino telefónicamente daba la alarma que basuquito -un miembro de la banda de Rigo- andaba rondando por ahí; que asaltaron una casa, y las milicias entonces se movían como impulsados por un resorte. En las comunas populares todo se mueve a grandes velocidades. En cuestión de minutos las milicias se reunían en una casa, a cualquier hora del día o de la noche - casi siempre al mando de Martín- hacían un improvisado plano sobre una hoja de papel periódico, luego se desencaletaban las armas que estaban escondidas en el colchón de alguna casa del barrio; luego la distribución de los fierros cargados y con tiro en la recámara y para afuera a parar el primer colectivo que se atravesara en el camino. Estos safaris casi siempre terminaban en algún nutrido tiroteo, en esos infinitos callejones de la comuna nororiental.

La vida cotidiana para la mayoría de los viejos militantes guerrilleros urbanos había transcurrido en un pequeño cuartucho, de paredes desprovistas de decoración, sin muebles; a duras penas una estera haciendo las veces de cama y, cuando se extendía en el suelo, de silla. Estos cubículos eran la sede diaria de las reuniones de la organización que, como una liturgia, iniciaban con un acto de contrición donde todos confesaban los pecados pequeño-burgueses de la semana. A esto se le llamaba sesión de crítica y autocrítica, una misa sin hostia y sin vino y sin consagración.

Luego venía la lectura diaria del informe de la organización, leída en un tono solemne por el responsable del grupo, escrito en un lenguaje cifrado que sólo el responsable del grupo decodificaba. Ese era el obispo de la ceremonia, finalmente, como culminación del rito, se cavaba un foso profundo en el jardín o el solar donde se guardaban los documentos, como si se tratara de los tesoros del pirata Morgan.

Las milicias eran otra cosa. No sólo llegaron a ser ejércitos territoriales bien organizados, sino que asumieron funciones de consejos locales de gobierno por los que tenía que pasar hasta el más trivial evento social o político organizado al interior del barrio. Sin ganarse la

aprobación de las milicias, los planes de cualquier entidad de adentro o de afuera del barrio eran letra muerta.

Para muchos de los militantes del ELN, que vinieron a probar fortuna a barrios como Villa del Socorro, las universidades eran territorios demasiado pequeños para instalar el nuevo gobierno. Sin embargo, esos barrios de apariencia aldeanos, les quedaban grandes. Y es que eran incontables las gamas de personajes y nuevos problemas que desfilaban diariamente ante los nuevos emperadorcillos: vecinos y comerciantes de casi todos los barrios de Medellín que venían ofreciendo sus casas, carros y hasta hacer parte de sus negocios a las milicias, a cambio de seguridad en sus comunidades, desechas por la acción de la delincuencia común. También se acercaban políticos que antes no podían arrimarse a los barrios populares, pues la delincuencia les robaba megáfonos y equipos de sonido en sus actos públicos. Cuando no era que violaban a las jovencitas que los políticos llevaban como porristas o bastoneras para amenizar sus actos públicos, con la promesa de media beca para la universidad. Algunos políticos, en señal de agradecimiento por la tranquilidad que las milicias habían llevado a su electorado, les prometían desde segundos renglones en sus listas hasta alcaldías en pequeños pueblos de Antioquia.

Las milicias también atendían gentes de negocios de Medellín. Con su agudo olfato comercial, habían encontrado un nuevo paraíso para la inversión en los territorios pacificados de la ciudad: tabernas, discotecas, casas de apuestas, graneros, empezaron a pulular de nuevo en los barrios populares. La mayoría le pagaban discretos márgenes de ganancias a las milicias.

Fueron realmente muy pocos los viejos militantes guerrilleros que se acomodaron a este nuevo mundo que eran los barrios populares de Medellín.

Los desuetos manuales de la guerrilla campesina no resultaban muy apropiados en la nueva empresa miliciana, como tampoco el corto bagaje que llevaban a los barrios populares los revolucionarios invitado de las universidades.

Pero entonces ocurrió algo; una especie de súbdita revelación en medio de algún oscuro callejón de Villa del Socorro, no se sabe si inspirada por el pragmatismo estalinista o por María Auxiliadora. ¿Por qué no reclutar jóvenes de los barrios para dirigir las milicias? Al fin y al cabo eran ellos quienes habían nacido y crecido en la azarosa película de los barrios populares, y les tocaba a ellos ponerle un final rosa a este filme.

Así, el poder de decisión fue quedando lentamente en manos de los nuevos dirigentes milicianos, los nuevos ejecutivos yupies de tenis y bermudas. Jóvenes que se formaron al calor de las cátedras de esquina y las tertulias de granero.

Esta decisión implicaba hacer algunas concesiones: no preguntar pasados que podría resultar incómodos; tampoco preguntar filiaciones políticas ni ideologías (si es que alguna vez existió alguna distinta a la supervivencia y el mejor postor). En tiempo de guerra no se oye misa, dice un viejo dicho. Se supone que la misa vendría después.

Entraron en acción los instructores políticos y sus planes de formación. Píldoras de marxismo, leninismo; películas de 20 a 30 minutos, donde se mostraban con toda crudeza los campos de batalla de la revolución nicaragüense y salvadoreña; luego un discurso del Che en la trilateral llamando a la unidad de los pobres del tercer mundo o un discurso de Fidel. Estos cursos no resultaron muy prometedores para cambiar la actitud de un joven promedio de la comuna nororiental que lleva a cuestas una vida de película más parecida a las de vaqueros.

Los mensajes de Camilo Torres o "El Che", se hacían papilla al primer enfrentamiento con un pillo, algún ajusticiamiento sumario, o al primer soborno de algún hombre de negocios o traficante para poner un miliciano a su servicio.

Los instructores políticos de estas nuevas generaciones milicianas se parecían a Sísifo: acomodar una bien apretada enjalma de teoría revolucionaria sobre los hombros de recién incorporados milicianos; empujarlos hasta la cima de algunos de estos morros de la comuna nororiental para luego verlos caer de culos, por una de las polvorientas faldas de la comuna.

Lo que no se logró con el adoctrinamiento ideológico, lo logró el dinero, el sésamo que abre todas las puertas. Un modesto pero puntal aporte de 50 mil pesos, más un seguro de guerra en caso de muerte o herida en combate, terminaron siendo el estandarte que garantizaba la lealtad de la base miliciana con su organización.

El dinero terminaría siendo como siempre un gran espejismo. A las milicias les pasó igual que a algunos gobiernos populistas de América Latina: cuantiosas inversiones que dieron dividendos inmediatos, pero a largo plazo, la bancarrota.



CAPÍTULO II

MODELO GUERRILLERO DISTORSIONADO

Desde su nacimiento las milicias populares fueron una amalgama ideológica. Sus primeras ideas políticas fueron aprendidas de las organizaciones guerrilleras, especialmente del ELN, del que fueron aventajados discípulos, aprendiendo de sus manuales prácticos la parte “multiusos y versátil” de dicho bagaje. El primer ítem retomado fue el método organizativo, la división territorial por células, el establecimiento de niveles de militancia, la división interna de tareas, etc. Al mismo tiempo que incrementaban las acciones contra las bandas delincuenciales, se hicieron presentes en las prácticas milicianas algunos códigos éticos propios de estos guerrilleros; la proscripción de la tortura, la no manipulación ni mutilación del cuerpo de la víctima, el respeto a la población civil no armada, y la realización de los llamados juicios populares. En el terreno ético, las viejas prédicas partidistas sobre la lealtad incondicional a la organización y al pueblo fueron esenciales para mantener la cohesión de este primer núcleo miliciano.

A pesar de que en sus orígenes las milicias actuaban siguiendo los preceptos guerrilleros, a los pocos años trataron de borrar sus vínculos con la insurgencia. A esto contribuyó la pobre asimilación del indescifrable entramado ideo-político de la izquierda. Al respecto Pablo García dice:

La fama de las milicias no sólo creció ante la ciudadanía y los organismos de seguridad, sino que la misma guerrilla se sorprendió. Como algunos de sus fundadores habían pasado por el ELN, los guerrilleros de ese grupo empezaron a creer y a decir que las milicias de Medellín eran las mismas de Barrancabermeja. El propio Manuel Pérez estaba convencido de que los dos grupos de milicias eran una misma cosa. Cuando esto se aclaró, la CGSB¹³ trató de absorber en su organización a las Milicias Populares del Pueblo y para el Pueblo pero se encontró con la negativa de los dirigentes. Entonces la CGSB solicitó que la asesoraran en este trabajo para crear sus propios grupos milicianos. Corría el año de 1990, un compañero de la dirección nos puso en contacto con Martín, un enviado del ELN, recuerdo que Martín nos decía: “¡No tengo como expresar mi felicidad, esto es como en el monte, la misma vaina!”. Nosotros andábamos con los fusibles para arriba y para abajo, las calles eran barricadas y le poníamos las condiciones al enemigo para que entrara, teníamos el control desde que ingresaban al barrio y podíamos planear infinidad de ofensivas y defensivas.¹⁴

En iguales términos se refirieron algunos líderes milicianos de la Milicias Populares del Valle de Aburrá, respecto a la guerrilla, en una extensa entrevista en 1991 *“el pasado diciembre, empezamos algunos contactos con la CGSB, quienes nos hicieron una visita y se sorprendieron de que nosotros en unos pocos meses hayamos crecido en la ciudad más que la CGSB en 30 años¹⁵”*.

En otro de los terrenos donde la herencia de las organizaciones guerrilleras salió mal librada fue en el de sus propuestas para la

¹³ La CGSB es la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, agrupación de varios grupos guerrilleros fundada a finales de los ochenta pero que para principios de los noventa sólo contaba con las Farc, el Eln y un sector del Epl.

¹⁴ Declaración de Pablo García y Denis Felipe Santamaría, negociadores por un sector de la MPPP y de las MPVA respectivamente. Periódico El Colombiano, viernes 11 de marzo de 1994.

¹⁵ Entrevista a los dirigentes “Lucho” y “Mateo” de las MPVA. El Colombiano, octubre de 1991.

conexión en las milicias. El secular caudillismo de las comunidades terminó aplastando las fórmulas colectivistas traídas de la guerrilla como: centralismo democrático, democracia interna, dirección colectiva, entre otras.

Así lo ve la investigadora Ana María Jaramillo:

...el principal factor de cohesión en las milicias populares dependía del carisma y la capacidad de los respectivos jefes para mantener la disciplina en su respectivo grupo y del cabal cumplimiento de un código ético, donde se establezca sanciones para quienes actúen por su propia cuenta.¹⁶

De ahí que sobre el esquema partidario del centralismo democrático, hayan triunfado ciertos caudillos con un aire colonizador si se habla de la zona de Lucho, la zona de Pablo, la zona de Andrés, la zona del Costeño, etc.

El peso de los liderazgos individuales fue igualmente decisivo para que las milicias con el correr del tiempo terminaran siendo más una confederación de jefes, de emperadorcillos locales gobernando su condado, lo que contrasta con la tendencia a la homogenización, al fuerte centralismo y férrea disciplina impuesta por los grupos guerrilleros.

En materia de técnicas militares, las milicias introdujeron novedades a los pesados operativos propios de la actividad guerrillera, planificados con filigrana de detalles, precedidos por una meticulosa y paciente inteligencia. Las acciones de las milicias contra las bandas eran más silvestres, el arrojo reemplazó los arduos entrenamientos, y la malicia indígena para infiltrar y dismantelar las bandas resultó más eficaz que la paciente inteligencia practicada por la guerrilla urbana.

¹⁶ Noviembre de 1993. Milicias Populares en Medellín, lo privado y lo público. Ana M. Jaramillo.

De la época bandoleril también quedaron en las milicias otros legados atávicos: la ostentación (el champú), la fuerza y la habilidad con las armas como ceremonia máxima de graduación (el duro) y como forma de granjear la respetabilidad ante los dirigentes milicianos y ante la comunidad. Igualmente las milicias reeditaron algunos métodos utilizados por bandas con buen resultado como el de utilizar a las mujeres y los menores de edad como medio de transporte de armas (los carritos), así mismo la vocación donjuanesca del duro. A la práctica heredada de las bandas que más acudieron algunos miembros de las milicias fue la del cruce para salir de sus apuros económicos. Estos eran frecuentes no sólo entre milicianos de base sino entre muchos de sus dirigentes, los cuales no se resignaban a sobrellevar la vida franciscana de sus ancestros, la militancia insurgente, que soportaba estoicamente todos los suplicios y privaciones propias de la clandestinidad, a nombre de la sacrosanta causa de la revolución.

De un lado, en esta base miliciana no existía en general la preparación psicológica ni ideológica de otras generaciones militantes para este estilo de vida. Los jóvenes de las comunas eran una base social muy permeada por fenómenos propios de la ciudad, principalmente por el narcotráfico, que pasó como un ciclón arrasando muchos de los valores provinciales de los barrios populares y dejó una enorme estela de descomposición; un modelo depredador de ascenso económico entre los jóvenes de las barriadas con un perfil muy poco proletario.

Un dirigente de este primer grupo miliciano recuerda un caso que grafica esa doble y resbaladiza moral.

Álvaro fue un miembro de la dirección del primer grupo miliciano de las MPPP y tenía bajo su responsabilidad buena parte de los recursos bélicos. Bajo cuerda y aprovechando su acceso a estos recursos, coronó con otros muchachos un negocio de varios "paquetes". Álvaro se dedicó entonces a darse la gran vida

mientras la mayoría de la base miliciana vivía en grandes penurias; no había billete para casi nada, ni para montar un proyecto productivo para que trabajaran los muchachos. Muchas veces había que realizar un festival para recoger al menos con que movernos, debido a esa falta de finanzas. Se dieron casos muy tristes como el de Mario, destacado militante de base que murió heroicamente en un enfrentamiento con el Ejército en el Picacho y tuvo que ser enterrado en una fosa común en el cementerio universal, pues no había plata para el funeral. Mientras cosas como estas pasaban, Álvaro se dedicó a derrochar, asumiendo una doble faz; en el día con la organización tenía una cara, se le veía severo, intachable y cumplidor de sus responsabilidades, en la noche se transformaba, como el hombre lobo.

Álvaro estuvo visitando casi todos los días por espacio de varios meses El Club Fantasía, propiedad de Famel Restrepo, de ingrata recordación en barrios como El Popular y Villa del Socorro. Este club era un sórdido centro nocturno de streap tease y prostitución, donde casi todo el que "goleaba" en Medellín iba a derrochar sus pesos. Como en cualquier puerto libre del mundo allí se puede pagar en joyas, dólares o moneda extranjera; no tiene licencia pero es uno de los pocos sitios en Medellín donde se rumbea hasta las cinco de la mañana; si un policía o un oficial va a merodear, las chicas se encargan de persuadirlo con sus servicios. Álvaro, al mejor estilo Gacha, llegaba a este lugar repartiendo dólares a las divas, llegando al extremo incluso de mostrar como trofeo una Mp-5, un arma muy costosa que consiguió con mucho esfuerzo la milicia. Esta arma la dejaba guardada en la barra del negocio o en el taxi en el que siempre se movilizaba.

En lo que aparentemente fue una "picada de arrastre" apareció su cadáver en el basurero de Medellín junto con dos divas, ni el taxi, ni el subfusil, ni los dólares aparecieron. Muchas de estas

intimidades sólo se vinieron a saber luego de que Famel como viejo zorro que era, para curarse en salud y que no le echaran ese "ganso"; le mandó un casete a la organización con testimonios, versiones que lo eximían de cualquier responsabilidad en la muerte de Alvaro.

2

Cabalgando sobre una eficiente y barata propuesta de seguridad ciudadana, las MPPP lograron expandirse en un tiempo récord. Del barrio Popular que sirvió de cuna a las primeras MPPP, saltaron a sectores vecinos como Santo Domingo, Granizal, Santa Inés e incluso a sectores de la llamada zona del Limbo. Más tarde llegaron también a barrios como el Picachito y 12 de octubre en la comuna noroccidental, y la Floresta y 20 de julio en la comuna centro occidental, entre otros. Este crecimiento se logró gracias a tres factores: una propuesta de funcionamiento muy operativa que consistía en células por cuadras, una coordinación en cada zona y una dirección central llamada la móvil. En segundo lugar la holgura económica lograda gracias al éxito en algunos golpes de mano dados a sectores financieros y económicos poderosos en la ciudad, lo cual permitió que se dotara de un buen arsenal. Por último, el trabajo de adoctrinamiento brindado por algunos miembros salidos de las organizaciones guerrilleras daba la impresión de ser suficiente para preservar la unidad interna en dicho grupo. Para finales de 1990 todo parecía andar sobre ruedas.

El principio y el fin de la época de las vacas gordas en las MPPP la marcó la realización de la primera escuela de milicias de esta fuerza en enero de 1991 en una zona de influencia del EPL, por aquel entonces próximos a su desmovilización. Esta escuela que constaba tanto de adoctrinamiento político, como de una intensa capacitación de técnicas de guerrilla urbana, les permitió verificar un enorme crecimiento en sus filas, así como la amplificación de sus zonas de

influencia. Sin embargo este fue el último evento donde se reunieron las MPPP como un solo proyecto.

Pasados unos cuantos meses empezó el descuadernamiento general de esta primera fuerza miliciana. El primer signo de naufragio fueron las luchas desatadas por cada uno de los líderes en disputa del liderazgo, en un grupo que termina pareciéndose cada vez más a las huestes de Pancho Villa que a la moderna guerrilla urbana, propuesta por Ernesto Che Guevara en la década del 60. Cada uno de esos jefes lideraba su propia batalla por ganarse el reconocimiento de las comunidades; se esforzaba en conquistar el mayor número de sardinas del barrio. Los roces personales con otros líderes se volvieron frecuentes, cada uno hacía un despliegue verbal de sus hazañas, todo lo cual fue imponiendo un estilo tribal para resolver las diferencias internas. Así quedaron fracturadas estas MPPP en grupos de afectos y simpatías que cada vez tenían menos en común.

Por esta época hicieron su entrada las MPVA, apadrinadas por el ELN, en medio de un ruidoso debut de fuerza y dando triunfalistas declaraciones a la prensa. Los celos y el ahondamiento de las diferencias entre estos dos grupos milicianos propiciaron que la dirigencia de las MPPP diera un giro en sus afectos ideológicos, decretando la defunción a su herencia elena. Es así como se arriman a la sombra de grupos sindicales maoístas, los que vivían un inusitado auge en Medellín por aquellos días. En una entrevista concedida a principios de 1992, a un medio de prensa norteamericano afirmaron haber recibido entrenamiento por parte de miembros del Sendero Luminoso del Perú¹⁷.

Como ratificación de sus nuevos sanedrines fundamentalistas, las MPPP expidieron un comunicado público despotricando contra la CGSB y otras organizaciones sociales. A los primeros por plantear la posibilidad de diálogos con el gobierno, que luego se realizarían en

¹⁷ National Catholic Reporter. 13 de marzo de 1992.

Caracas, y a la segunda por avalar la participación electoral del movimiento cívico que se venía perfilando en la comuna nororiental.

Las CGSB se encontraban en una actitud de proponerle diálogos al gobierno que culminaran en su desarme, esto constituye una traición a los principios revolucionarios y a la comunidad como ya lo viene haciendo la CUT y otras organizaciones sociales adeptas a la social democracia, que se plantean la reconciliación de los enemigos de clase.

El comunicado remata haciendo un llamado "a cerrar filas alrededor de la guerra revolucionaria en el Perú liderada por su presidente Gonzalo.¹⁸"

Este fundamentalismo propició un alejamiento entre las MPPP y la comunidad. En la comuna nororiental las organizaciones cívicas y sociales prefirieron sumarse a movimientos con planteamientos más flexibles que les permitieran participar en las elecciones para concejo y alcaldía con candidatos propios.

Como respuesta al movimiento en formación, algunos dirigentes de las MPPP endurecieron su posición política. A principios de 1992 iniciaron una campaña tendiente a impedir que los políticos en campaña electoral pudieran acceder a las plazas públicas de su zona de influencia. Boicotearon las reuniones políticas irrumpiendo en ellas encapuchados y con armas para amedrentar así a los participantes. Con esta campaña también resultaron afectados otros sectores de la izquierda legal como la UP y el recién constituido movimiento político de los desmovilizados del EPL que sintieron los estragos del bloqueo a su actividad proselitista.

Por aquellos días, las MPPP desataron la ira sobre la sede de los partidos políticos tradicionales ejecutando varios atentados con bombas, acciones que reivindicaron a través de escuetos

¹⁸ Boletín de las MPPP, octubre de 1991.

comunicados, pues a sus dirigentes les estaba prohibido conceder declaraciones a la prensa, que por entonces estaba ávida de información sobre el enigmático fenómeno de las milicias en los barrios de Medellín.

Las nacientes MPVA aprovecharon esta coyuntura para afianzar sus relaciones con algunas organizaciones cívicas de la zona por medio de una política más flexible. En lugar de desenterrarlos optaron por canalizar los recursos que los políticos llevaban a los barrios durante la campaña y acapararon la atención de los medios de comunicación con constantes declaraciones y entrevistas donde las MPVA posaban como la nueva imagen de la milicia. La brecha entre las MPPP y las organizaciones sociales de la zona se amplió sin que sus dirigentes mostraran ninguna preocupación por ganarse los afectos de la comunidad. Por el contrario, no dispuestas a ceder en su precario monopolio de la fuerza sobre los barrios donde estaban asentados, seguían aferrados a la mentalidad de grupo compacto que mantenía algún nivel de control territorial para ejercer su fugaz reinado ante la comunidad.

Una de las principales consecuencias de este militarismo fue la incorporación de muchos ex miembros de bandas delincuenciales o personas de pasado muy dudoso, considerando sólo su habilidad militar, so pretexto de que de esta manera se ganaría capacidad de fuego contra aquellas bandas que persistían en su beligerancia. Esto no sólo contribuyó al descrédito de algunos sectores de la milicia, sino que pervirtió el modelo de justicia para todos que había probado su ecuanimidad en un primer momento. Muchos de estos ex miembros de bandas aprovecharon su nuevo estatus en una comunidad que aun fetichizaba a las milicias y se dedicaron a saldar viejas rencillas, a sacar del camino a viejos enemigos, o a buscar una comisión cuando mediaban en algún litigio. Lo más catastrófico de todo, fue que jóvenes cuya única escuela "civilista" fue sobrevivir feroces guerras, se volvieron los árbitros de la comunidad en

conflictos domésticos, donde el problema de las bandas ya había sido virtualmente superado.

Un ejemplo que grafica los excesos a que llegaron las milicias es este episodio que relata un dirigente miliciano:

En una de las zonas recuerdo que una familia acudió a nosotros para que le ayudáramos a entrar a la casa un pariente borrachito que esta dando "lora" en la calle. Este señor era un padre de familia, una persona honorable, que sólo cuando se tomaba unos tragos se descontrolaba, como jefe de zona recuerdo haber enviado dos muchachos para ayudar a la familia a entrar al borrachito. A los pocos minutos se escucharon varias detonaciones, los muchachos mataron al borracho con la mayor de la sangre fría en medio del llanto de su familia; la explicación que dieron los muchachos fue que el borracho los insultó. A pesar de las reuniones que se hicieron con el vecindario, la expulsión de los muchachos de la organización, no se logró subsanar el malestar dentro de la comunidad de la cuadra.

Ante el retiro masivo de muchos militantes provenientes de la vieja izquierda que aún permanecían en las milicias, la formación política impartida a la base miliciana quedó reducida a un lánguido discurso escolástico que no permitía el avance ni el desarrollo de sus integrantes.

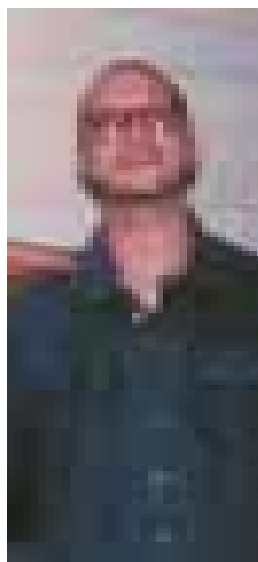
El epitafio a la unidad interna dentro de las MPPP, fueron las disputas acerca del manejo de las finanzas y la inconformidad de un grupo de dirigentes intermedios que no se sentían representados en las directivas de dicho grupo. Esto propició que algunos dirigentes se declararan en rebeldía y desconocieran a su dirección.

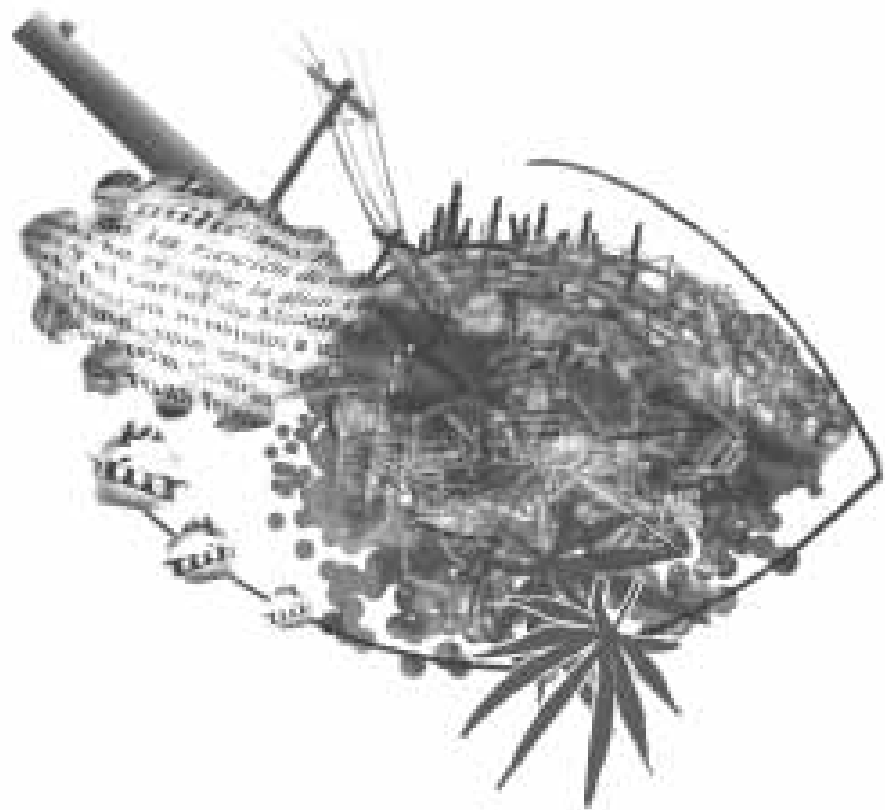
Como consecuencia de estas diferencias empezó una escalada de fraccionamientos. Los primeros en armar rancho aparte fueron un grupo de dirigentes medios de las MPPP, quienes a comienzos de 1991 se reunieron con varios ex militantes del EPL que estaban

desencantados con el proceso de desmovilización de este grupo. Juntos conformaron los COB (Comandos obreros) que tomaron como su centro de operaciones varios barrios de la comuna noroccidental como Paris y Santander.

Pocos meses después varios habitantes del Limbo, respaldados por algunos dirigentes inconformes dentro de las MPPP empezaron a manifestar su inconformidad por algunas actitudes de irrespeto de las MPPP frente a los nacientes procesos organizativos que empezaban a cobrar fuerza en estos barrios. La gota que derramó el vaso fue la muerte, en circunstancias aún no clarificadas, del presidente de la acción comunal del barrio el Carpinelo, a manos de las MPPP. Así como se fundó el núcleo miliciano conocido como el COAR (Comandos Armados Revolucionarios).

La división más fuerte de las MPPP ocurrió a mediados de 1993 cuando un grupo de dirigentes, encabezados por Pablo García, decidió entablar un proceso de negociación con el gobierno, lo que se convirtió en la nueva manzana de la discordia entre los partidarios de esta posición y los que decidieron continuar en armas.





CAPÍTULO III

BASUCA STREET. LAS MILICIAS Y EL MANEJO DE LA DROGA

La marihuana fue el emblema cultural de toda una generación dentro de la que se destacó el malevo de barrio, cuya cotidianidad transcurría entre lanzar piropos a las colegialas, jugar fútbol y protagonizar ocasionales grescas con piedra y hondas contra otras galladas del barrio. En una época de fuerte censura social frente al consumo de la marihuana, estos inofensivos malevos que la fumaban preferían desplazarse a las llamadas zonas rojas o de tolerancia de la ciudad. Lovaina, Guayaquil y el barrio Antioquia, llegaron a ser las más afamadas zonas de alta densidad moral pues sirvieron también de refugio a otros gremios del malevaje, más ligados a la delincuencia profesional, bohemios y obreros que hicieron de estas zonas, su ciudad luz.

Estas zonas se crearon por obra tanto del complot urbanístico de varias administraciones municipales que decidieron por la década del 50 rediseñar a Medellín con el llamado Plan Wiesner y Sert, así como por la hipócrita moral de la sociedad de entonces que se rasgaba las vestiduras reclamando a las autoridades medidas tendientes a trasladar del centro de la ciudad la prostitución, la indigencia y sitios de diversión. Los mejores clientes de estos campos de concentración, donde eran confinados todos los submundos de la sordidez, eran paradójicamente los mismos fariseos burgueses paisas que despotricaban contra estos lugares en los salones de té

El Colón y La Bastilla. En una época en que no existían los costureros televisados de Margoth Ricci y Poncho Rentería, en estos sitios discurrían las páginas sociales de la ciudad. En privado, estos mismos aristócratas paisas, junto con sus hijos, iban a los burdeles reinstalados en éstas zonas rojas a ejecutar el rito de iniciación sexual conocido como el descorche.

Prostíbulos, malevos y negocios turbios trajeron otros lunares a la moral pública confesional que todavía se predicaba en la década de los 60 y 70. La venta de narcóticos fue otro de ellos. Siendo patrimonio exclusivo de estos *ghettos*, los que necesitaban proveerse de su dosis personal de marihuana, en ese entonces la droga por antonomasia, no tenían muchos lugares para escoger. Los viciosos de la época tenían que iniciar un largo peregrinaje desde el barrio de su residencia hasta los lugares donde la vendían, reconocibles fácilmente porque estaban envueltos en los sahumeros de este cáñamo indio conocido como la cannabis sativa. Los sitios de expendio estaban localizados así: a una cuadra justo al frente del actual jardín botánico, en el barrio el Bosque; en Lovaina en la calle del costado oriental del cementerio San Pedro; en el Sector de El Pedretero en Guayaquil y en un costado oriental del Zoológico Santa Fé en el barrio Trinidad*. (Eufemismo canónico con el cual los mojígatos dirigentes antioqueños bautizaron el viejo barrio Antioquia pues consideraban que este era un bache en el glosario que desdecía de las buenas costumbres de la ciudad).

Otros marihuaneros empedernidos obligados a realizar este diario itinerario eran los *hippies* y nadaistas que florecieron en Medellín en la década del 60 y principios del 70 como versiones maiceras de los movimientos contraculturales y existencialistas de Europa y Norteamérica; los cuales hicieron en Medellín su propia comuna de París y su Woodstock. Los *hippies* en la década del 70 sufrieron una novelesca persecución que parecía salida de las crónicas de *La ley contra el hampa*, un programa radial que se transmitía diariamente en Medellín, narrando los casos policiales más espectaculares.

A esos faunos de largas cabelleras se les acusaba de ser poco amantes del champú y los jabones aromatizados; y de que lo único que sabían hacer todo el día era escuchar música rock y fumar marihuana en cantidades industriales. El DAS, en el papel de *Los Intocables*, estuvo al frente de la implacable persecución, que tuvo al *hippismo* al borde de la clandestinidad. Fumar marihuana en esta época tenía cierto aire de candidez, romanticismo y hasta de rebeldía social.

La década del 80 veía el nacimiento de una nueva droga en los barrios populares de la ciudad: el basuco, cocaína basura, también versión maicera del mortal *crack* de las calles norteamericanas.

Se repetía la vieja historia de la pasilla del café tostado tipo exportación: basofia alimentando las porquerizas del tercer mundo. La basuca, a diferencia de la marihuana, los diablitos y las roches*, drogas tradicionales en la ciudad, creaba un tipo de adicción más intensa y un comportamiento hiperactivo y compulsivo en el argot de dicha subcultura llaman amuramiento.

El aire de los barrios de la ladera de Medellín, que alguna vez estuvieron inundados por esencias de florales; gardenias, margaritas, begonias, claveles y de sahumerios dulces desprendidos por los eucaliptos y limoncillos abundantes en los antejardines de las casas del sector, empezó a enrarecerse con el vaho del basuco, el cual se parecía a un neumático derritiéndose sobre el asfalto fresco de una calle recién pavimentada. Cruda evocación del olor de los desechos industriales que en el otro extremo de la ciudad, recordaban que había un sur, superpoblado de factorías que amenazaba morir con el *haraqiri* de sus propios gases deleterosos.

Los expendios de basuco empezaron a multiplicarse en la geografía de los barrios populares. Ya no eran necesarias las grandes caminatas de antaño para proveerse de la droga, pues esta se conseguía con gran facilidad en los mismos vecindarios, pequeñas tiendas de esquina, zapaterías, vendedores ambulantes, legumbrerías y hasta

casas de intachables matronas se volvieron, de la noche a la mañana, jibareaderos. Para 1988 se estimaba que en la ciudad existieran unos 20 mil jibaros de droga al por menor en la ciudad¹⁹.

La DEA y el gobierno norteamericano, preocupados no sólo por este pequeño capilar roto causado a los ingresos de su fisco nacional, azuzaron campañas internacionales contra el Cartel de Medellín en el cual presentaba “una megaestructura poderosa embarcada en una conspiración criminal contra el mundo occidental”; espejismo que eclipsó casi por completo otros fenómenos que se han movido alrededor del mercado de las drogas.

El consumo interno de droga en Colombia y los capos que manejaban este negocio en el país y en la ciudad han permanecido intocables. Los minicarteles que manejan este negocio se han movido como rémoras a la sombra de las bonanzas de los grandes del negocio en los carteles internacionales.

En el mercado interno de la droga sólo han manejado una pequeña fracción del mercado: la cocaína de alta pureza que en Medellín tiene un selecto grupo de clientes, con tabiques refinados, dentro de los que se cuenta desde oficiales de policía, de la rama judicial hasta traquetos medios y hombres de negocios que la consumen con gran discreción en algunos centros de diversión exclusivos de la ciudad.

La única plaza oficial de cocaína para el consumo personal que ha existido en Medellín lleva más de una década funcionando con la aquiescencia de las autoridades en los alrededores del diamante del béisbol, a unos cuantos metros de la IV Brigada, la base militar más grande del departamento de Antioquia.

El 90% del mercado interno de la droga está representado en el basuco, negocio manejado por gremios del hampa que sólo en ocasiones excepcionales han servido de divisiones inferiores del

¹⁹ ARANGO JARAMILLO, Mariano. Los Funerales de Antioquia, 1990.

cartel de Medellín. Incluso las relaciones de la mayoría de las oficinas de sicarios con los jibaros fueron más tensas que amigables. Es sabido por ejemplo que Los Priscos combatían los expendios de drogas en Aranjuez asesinando a los jibaros o expulsándolos del barrio, en la tarea de benefactores del vecindario que animaba a los fundadores de esta banda delincencial al servicio del cartel de Medellín. En el municipio de Envigado ocurrió lo mismo, solo que allí eran las autoridades locales al servicio de Pablo Escobar quienes mataban a jibaros y viciosos.

Los gremios delincuenciales que han manejado la droga para el consumo interno en Medellín han reunido tradicionalmente a traquetos de tercera categoría, que carecen de grandes capitales. Estos nunca han podido ascender a los carteles de exportación, los miembros de éstos son reclutados en selectos clanes familiares.

El premio de consolación para estos minicarteles es quedarse con el trabajo sucio, o sea, organizar la venta al detal de droga en las calles. Siguiendo el abc de los gremios de mayor perfil en el mundo del crimen organizado, inician su vorágine en los centros de procesamiento de cocaína, localizados en la frontera sur de Colombia, en pueblos apartados clavados en medio de la selva, como Puerto Asís en el Putumayo, en la bota caucana, Caquetá, Nariño, etc.

Los grandes contratan allí químicos que trabajan para ellos durante el ciclo de producción que es de tres o cuatro meses, quedando cesantes el resto del tiempo. La manera como estos químicos se hacen a un dinero extra, para completar sus ingresos, es reciclando la basura o pasta de coca²⁰, que no tienen interés comercial para los carteles orientados a la exportación.

²⁰ *"Puesto que la pasta posee demasiadas impurezas (residuos de querosene, ácido etc), es sometida a lavado o purificación: sobre el sulfato seco se vierte una solución de ácido sulfúrico y se agita para disolver las impurezas, seguidamente se añade una solución de permanganato de potasio y la mezcla así lograda y filtrada se agrega amoníaco. El residuo es un producto cristalizado que luego de recuperarse por filtración se somete a secado al sol, éste se conoce generalmente con el nombre de base".* Tomado de Contrabandistas, marinberos y mafiosos. D. BETANCUR, M. García, TM. Ediciones, agosto de 1994.

Desde que se inició el negocio de la exportación de cocaína ha sido dado como un hecho la mala calidad de la hoja de coca colombiana, y los grandes productores prefieren traer la materia prima de Bolivia y Perú, lo que ha convertido a los narcos del país en procesadores y comercializadores. El producto final que representa un interés comercial para los carteles de exportación es sólo aquella que supera el 90% de pureza. El resto es rechazado y satisface fundamentalmente el consumo interno.

Uno de los compradores de esta pasta en Medellín reconstruye los pasajes que siguen a la compra del producto:

En La Hormiga, Putumayo, un sitio con muchos hoteles y restaurantes de propiedad de antioqueños y caleños, lo primero que hacen cuando llega algún visitante es decirle: ¿Cuánto le traigo? Y en los 10 y 15 minutos llegan con costales de fique, con lo que pida. En este pueblo se ven cosas muy extrañas, por ejemplo, todo el mundo vende la coca como si fuera cebollas o tomates, pero para conseguir cebollas o tomates hay que viajar hasta Villavicencio o Mocoa, pues en Puerto Asís no se ve sino coca y gente cargando costalados de billetes para depositar en la Caja Agraria. En este pueblo se ve la gente andando descalza y montando en lujosas motos, y contrastes de este tipo en todas partes. El camino de regreso a Medellín no es problema. En los puestos militares de control sólo tratan de detectar si el viajero es guerrillero; por eso le buscan en los hombros las marcas dejadas por morrales. Si se pasa la prueba, una liga es suficiente para que te dejen pasar tranquilamente sin requisa.

Para 1985, cuando empezó a llegar masivamente la basuca a las calles de Medellín, el precio de una libra de pasta de coca oscilaba entre 150 y 200 mil pesos en Puerto Asís. En Medellín los mayoristas la compraban a 300 mil y mediante un proceso llamado el corte, que se realizaba en casas de la ciudad, hacían rendir esta pasta mediante la adición de sustancias que varían desde ladrillo

pulverizado, leche en polvo hasta maicena. Al final el precio de esta libra oscilaba entre 600 y 700 mil pesos. Finalmente, el precio en las calles podía ascender hasta a un millón doscientos mil pesos, lo que convierte el expendio en un negocio nada despreciable, si se toma en cuenta que un adicto promedio se gastaba tres mil pesos diarios en basuca, en una época que el salario mínimo era de unos 40 mil pesos mensuales.

Fammel Restrepo recuerda como aterrizó la basuca en los barrios altos de la comuna nororiental como El Popular:

El mayorista que empezó el negocio en 1985, se llama Jaime Zuluaga, que hacía parte de esa larga lista de personajes de Aranjuez y el barrio Antioquia que para la década del 70 incursionaron en el traquetaje o edad de piedra de los narcotraficantes, como la que pasó Pablo Escobar en su momento. Jaime Zuluaga por esta época, no contó con la buena fortuna del "patrón" y varios de sus cargamentos cayeron decomisados, quedando al borde de la ruina. Pero como todo buen paisa emprendedor se sobrepuso y empezó a incursionar en el mercado, mucho menos rentable que el de la exportación de cocaína, pero mucho más seguro.

Luego de incursionar con éxito en este nuevo filón, Jaime Zuluaga amasó una pequeña fortuna y volvió al negocio de la exportación, actualmente está detenido en una prisión del país, como el primer zar de la heroína en ser capturado en 1991. Jaime Arenas, un socio de Zuluaga, se encargaba de vender la droga por libras, a través de un sistema de crédito semejante a las de facturas mensuales que manejan las farmacias. Estas redes de distribución estaban en manos de la banda de Los Calvos en el Popular y de la banda de Germania en el Playón y Zamora.

Un caso que ilustra el proceso anterior es el de Catalino, quien a principios de los 80 hizo parte de un *comur*, especie de colectivo revolucionario al servicio del EPL en el barrio el Popular durante los

acuerdos de paz con Belisario Betancur. Después de rotos estos acuerdos, Catalino, ya como rueda suelta fundó la banda de "Los Calvos". En un primer momento entró en contacto con los Ochoa, pero en las primeras tareas que le encomendaron dio muestras de indisciplina y falta de profesionalismo y no llegó a hacer una carrera en el Cartel de Medellín. Catalino vio entonces en la venta de drogas en las calles un nuevo nicho económico, aprovechando para ello los problemas de descomposición social, familiar y desempleo, que se vivía en barrios como el Popular.

Una hermana de Catalino trabajaba como enfermera en la clínica de la policía, quien servía de canal para que Los Calvos pagaran discretamente el impuesto a algunos agentes, a cambio de que mantuvieran a raya los decomisos en las calles.

La otra plaza fuerte de expendio en el sector estaba sobre el barrio Zamora, que está situado en los confines de la Comuna Nororiental. En los linderos entre la Comuna (barrio el Playón) y el municipio de Bello (Machado), estaba uno de los grandes expendios de basuca, mucho más organizado que la del barrio el Popular pues era administrado por la banda de la Germania, una de las más poderosas de la comuna que era manejada por un primo y hombre de confianza de Pablo Escobar. La Germania manejaba otras bandas menores: los Pemas y los Recatos, primero, y luego la banda de Plante, todas ellas del pelambre depredador de Los Calvos, sin mayor vuelo.

Estas últimas bandas, aparte de reforzar las labores de protección de la plaza, ocupaban el resto del tiempo en lo que tenían más experiencia: asaltar los buses que transitaban por la congestionada vía Medellín-Bogotá que cruza por un costado del barrio Zamora; asaltar a los peatones que madrugaban a sus trabajos y asaltar las casas de los barrios vecinos de Bello y la Comuna Nororiental.

Las plazas de expendio de droga son centros de gravedad para la mayoría de los gremios del bajo mundo. Los adictos, que casi siempre se mueven en las escalas delincuenciales más bajas (atracadores,

apartamenteros, etc); los reducidos que van allí a gastar el fruto de lo robado; los jaladores de carros en busca de compradores, etc.

Las plazas de expendio como la de Zamora, se convirtieron en oficinas de segunda categoría a las que en contadas ocasiones acudió Pablo Escobar en su primera época como capo. Pero las cosas cambiaron para el patrón luego de su fuga de la Catedral. Este no era ya la figura omnipresente y todopoderosa que trataban de mostrar los medios de comunicación y la DEA. La estampa de Pablo Escobar era más la de un hombre acorralado; eso sí, con un poderoso ego heredado del megalómano que fue en el pasado. Para 1992, del poder acumulado en el pasado, sólo quedaban cenizas: sus hombres incondicionales estaban muertos, en prisión o en el exilio; sus cuentas bancarias congeladas; sus propiedades confiscadas, y con más enemigos que nunca. A sus viejos y encarnizados perseguidores de la DEA y los bloques de búsqueda se habían sumado varios de sus ex socios: los paramilitares del Magdalena Medio, Fidel Castaño en Córdoba y Urabá y los Moncada y los Galeano en Medellín.

Sus recursos empezaron a escasear y no tenía cómo cobrar el impuesto o peaje que le imponía a otros mafiosos para que pudieran utilizar sus rutas de exportación.

El secuestro se volvió entonces el recurso de salvación, al menos para mantener provisionalmente su guerra contra el Estado colombiano y garantizarle, como mínimo, los recursos para permanecer escondido.

La imagen temeraria que proyectaba su nombre, se convirtió en el mejor aval para el cobro de los rescates o de la cuota de intermediación que exigía para averiguar por el paradero de algún secuestrado.

Las oficinas de segunda categoría como las plazas de vicio, ganaron entonces un inusitado protagonismo. Todos los gremios del hampa que se movían alrededor de la plaza eran ojos y oídos, bien para

detectar potenciales secuestrables o para averiguar el paradero de secuestrados a fin de cobrar la cuota de intermediación.

El pago de Pablo Escobar por los favores recibidos también empezó a languidecer. El pago se hacía estrictamente a los duros de la plaza, y ya no eran las astronómicas cifras de dólares en efectivo del pasado, sino modestos cheques que rara vez excedían los cinco guarismos. Los duros de la plaza, a su vez, hacían sus ligas a los subordinados de las bandas satélites que, como casi siempre eran adictos, se limitaban a una dosis personal de una semana, con lo que se daban por bien servidos.

El desenlace de las bandas como los Mecatos, los Pembas o los Plante parece salido del mismo libreto. Estas bandas chichipatas, por regla general, no fueron diezmadas ni por la policía ni por las milicias, sino que en su mayoría fueron víctimas de la depredación interna y las *vendettas* con otros grupos delincuenciales. En otros casos fueron eliminados por supuestas víctimas indefensas que consideran una cuestión de honor resarcir el daño sufrido, asesinando a sus victimarios. Estas bandas dejaron unos pocos sobrevivientes entre sus miembros, los que finalmente perecieron en la indefensión, ejecutados por las milicias, luego de ser entregados, en trampas tendidas por otras bandas, para mostrar gestos de buena voluntad en los pactos que posteriormente llevaran a cabo algunos grupos de milicias y bandas como la Germania y de los cuales se hablará más adelante.

CAPÍTULO IV

UN LOCO LLAMADO LUCHO

El 12 de junio de 1993, Lucho²² salió de Moravia ya entrada la noche, en su vehículo, un viejo y destartado Fiat, ideal para no levantar sospechas.

En los días de soldado revolucionario, como el mismo los llamaba, había soportado las inclemencias de vivir en Moravia: una losa de cemento que algún colaborador le ofrecía por cama, la enrarecida atmósfera que allí se respiraba, mezcla de los olores de metano que se filtran por los surcos del viejo basurero, con los de cloaca fresca que se desprenden del río Medellín y, por supuesto, las nubes de mosquitos que ensombrecen el día más claro y radiante.

La vida para él, tenía ahora un mejor semblante; ya podía disfrutar del confort de un apartamento en un barrio residencial de Medellín, la situación en Moravia ya estaba controlada y una visita diaria era suficiente para pasar revista en los que llamaba sus territorios. La confianza y el optimismo se veían en su rostro. Ese optimismo que lo acompañaba estaba bien afincado; los dioses últimamente le habían sonreído.

Sus archienemigos estaban liquidados, en prisión o habían fumado con él la pipa de la paz; llegando incluso a considerar a algunos de

²² Lucho fue un dirigente sindical, militante del ELN quien dirigió durante varios años las Milicias Populares del Valle de Aburrá, con gran incidencia en el barrio Moravia. Lucho desmovilizó luego a sus milicias y posteriormente fue asesinado. Durante 1993 y 1994 estuvo detenido en la cárcel de máxima seguridad de Itagüí.

ellos como sus amigos y gente de confianza. En diciembre de 1992, por ejemplo, había celebrado un pacto de paz -con misa y marranada a bordo- con los que hasta entonces eran sus más enconados enemigos: la oficina de Rigo en Santacruz (o al menos lo que quedaba de ella, pues ocho de sus líderes habían sido capturados recientemente por la policía, acusados de participar en la muerte de policías, pagados por Pablo Escobar). Esta banda era la única que había logrado causarle una herida a Lucho: un tiro en la pierna cuando, junto a Martín, participaron en un operativo contra esta banda en 1990.

Con Comanche, quien había asumido el mando de los Priscos en Aranjuez luego de la muerte de los hermanos Ricardo y Armando Prisco Lopera, también a principios de 1992, había celebrado una especie de histórico pacto de Versalles, donde las milicias que él encabezaba (las MPVA) y Los Priscos, se dividían por medio de pactos de no agresión el mapa territorial de Aranjuez, lo que le permitía a Lucho expandir su zona de influencia.

Con el resto de bandas de oficina de la comuna nororiental tampoco tenía muchos motivos para desvelarse: había hablado personalmente con el Patrón en varias ocasiones y éste le había dado su palabra de que las rivalidades eran cosa del pasado; que el futuro anunciaba por el contrario una larga convivencia pacífica. Lograr en este momento la palabra del Patrón era razón suficiente para dormir tranquilo. Si bien Pablo Escobar había perdido sus amigos en el gobierno y de algunos de sus escollos como Fidel Castaño en Urabá, o los Galeano en Itaguí, su imagen en el mundo del hampa organizado se había consolidado: Para ellos ya no era sólo un impersonal Patrón, sino un Napoleón, que desafiaba al Estado y se aprestaba a lanzar un nuevo frente insurgente “Antioquia Rebelde”.

Por el lado de sus diferencias con sus ex camaradas del ELN, los resultados de su última reunión con los dirigentes nacionales de dicha organización lo habían tranquilizado sobre manera.

Los organismos de seguridad del Estado tampoco lo alarmaban. Se había entrevistado con altos oficiales de la Policía de Medellín, del F-2 y había recibido de ellos la aquiescencia tácita hacia la labor de limpieza social que ejercían las milicias. Ahora que Lucho no estaba trabajando con la guerrilla, lo que las MPVA hacían no tenía diferencias de fondo con las actividades de los organismos de seguridad en Medellín: combatir jíbaros, cuidar la propiedad privada y deshacerse de los delincuentes de poca monta.

Por lo demás, algunos oficiales altos y medios de la Policía no parecían muy ávidos de capturar a Lucho, quien era un asiduo cliente en la compra de armas, equipos de comunicación, municiones, fuente extra de ingresos para muchos de ellos. Matar la gallina de los huevos de oro nunca ha sido una fórmula inteligente; cada vez que un miliciano era capturado con armas o en flagrancia, un jugoso soborno salvaba el impase.

Lucho también contaba con la amistad de influyentes personajes de la política. A todos les habían prometido exclusividad en sus piezas para las elecciones de 1994 para el senado. Había otra exclusividad que todos ellos esperaban también con ansiedad: salir a la palestra como adalides de la paz. Lucho desde el mismo momento de su separación del ELN venía franqueando una negociación política con el gobierno, lo que reencaucharía al político más quemado. Estas influyentes amistades, podrían ponerlo sobre aviso, si los organismos de seguridad estuvieran cocinando algún plan para su detención o si por desgracia caía en prisión, le ayudarían a salir pronto.

Su mente imbuida en la morfina de la euforia, repasaba sobre su posible futuro político: una plaza pública arengando a las masas, una corporación pública, o hasta inmunidad parlamentaria.

Sólo había avanzado unas cuantas cuerdas, cuando un taxi Chevette último modelo, haciendo un giro en U se atravesó en su camino. La rapidez de esta maniobra no le dio tiempo de reaccionar antes que lograra sacar de su lugar dos tornillos que había dejado flojos en la

parte interior de la portezuela delantera, detrás de la cual ocultaba una subametralladora mini-uzi.

Varios ocupantes del taxi, fuertemente armados, tenían rodeado el vehículo Fiat. Uno de ellos, el de complexión más gruesa, subió a la puerta delantera y de un solo tirón sacó a Lucho del vehículo para luego introducirlo a empujones en la parte posterior del taxi. Allí empezó a darse cuenta de lo que estaba pasando. Un joven encapuchado, quien lo había señalado, se apeó del taxi. A pesar de la capucha reconoció dentro de ella a Martincito, el miliciano que había trabajado en la plaza Minorista y que Lucho había expulsado de su organización miliciana.

El taxi chevette tomó la vía de las Palmas, en las afueras de Medellín, una ruta que sólo tiene un tiquete de ida para las personas que hacen su recorrido en esas condiciones.

Cuando el vehículo tomó la pendiente de esta vía, su velocidad disminuyó y Lucho aprovechó para abrir la portezuela y arrojarlo hacia un desecho. Al ver que el taxi no se detuvo su marcha y convencido de que había perdido a sus perseguidores, Lucho se acercó a la carretera para pedir ayuda a los carros que pasaban. Pero no contaba con que un trooper venía escoltando de cerca a los ocupantes del taxi, y fue recapturado. Lucho se puso a gritar su nombre para que escucharan los carros que se habían detenido en el lugar a curiosear; decía además que denunciaran a la Procuraduría, que sus captores eran policías de civil que querían matarlo. Eso le salvó la vida, al menos provisionalmente. Luego de la golpiza de rigor, fue conducido a la estación de la Policía motorizada en Laureles y de allí a los calabozos del F-2.

Al enterarse de la detención, sus amigos empezaron a llegar al F-2. El primero fue Fammel Restrepo, quien tenía fuertes contactos con oficiales del F-2, gracias a los cuales había salido de allí cuando fue detenido por el asesinato de dos agentes de esa institución. Luego llegaron otros políticos que trataron de interceder por su liberación.

Sin embargo, los oficiales al mando del comando del F-2 en el barrio Belén no podían ofrecer mucha ayuda.

Los que trajeron a Lucho aquí son de Bogotá, son parte de un grupo especializado de inteligencia del Bloque de Búsqueda de Pablo Escobar y nosotros no podemos hacer nada. Para empezar, los rangos de ellos son de capitanes para arriba y nosotros no llegamos ni a mayores. Lo que sí podemos hacer es permitirle que haga desde nuestras oficinas las llamadas que necesite y por favor díganle a los milicianos que nosotros no tuvimos que ver nada con eso.

Si bien los contactos e influencias de Lucho no lograron sacarlo de la cárcel, al menos si le garantizaron que no sería enviado a Bellavista, donde uno de sus tantos enemigos hubiera podido asesinarlo, sino a la cárcel de máxima seguridad de Itagüí, donde estaría a salvo.

2

Esta no era la primera vez que Lucho pisaba la cárcel o sufría los sinsabores que dejan las guerras. Para mediados de la década del 70, Lucho se vinculó al ELN, antes de cumplir los 20 años. En los años 60 el cura Camilo Torres en Colombia y el Che Guevara en Bolivia mordieron el polvo en medio de las montañas, sin ver el día en que sus grupos guerrilleros pisaran el asfalto de las ciudades.

Las imágenes de estos dos líderes guerrilleros en los años 70 ya estaban en todos los rincones de la ciudad, pintadas en los muros las universidades públicas, enmarcadas en sindicatos, bibliotecas públicas, en salas y alcobas de intelectuales y estudiantes, en calcomanías y vinilos traslúcidos, en espejos y vidrios de taxis, buses y carros particulares. Igualmente sus imágenes eran dibujadas a lápiz en las últimas páginas de los cuadernos de colegiales, al lado de corazones flechados, fragmentos de canciones de Ana y Jaime y directorios telefónicos de cupido.

Estos líderes guerrilleros hacían parte ya de la iconografía popular al lado de los santos. Sus nombres también eran coreados repetitivamente como un mantra en los motines estudiantiles, en las huelgas, en las marchas que tenían lugar en los barrios populares, que en medio de pedreas y cócteles molotov, demandaban del gobierno, transporte, servicios públicos. Los años 70 fueron años sacudidos por docenas de estos actos, escenificados en las calles de Medellín.

Iconografía más acción: una pócima afrodisíaca capaz de persuadir a cualquier joven con una pizca de romanticismo y de sed de aventuras en sus venas, para unirse a cualquier organización detrás de la revuelta social, llámese comité estudiantil, sindicato, comité de barrio, brigada, etc.

Cuando Lucho se vinculó al ELN, no había guerrilla urbana en Colombia. Su lugar lo ocupaban pequeños grupos de creyentes en la lucha armada, estudiantes y obreros que estaban convencidos que lo del Che y Camilo no era un sueño, sino algo tan real como el pan del desayuno.

La labor de estos pequeños grupos en los que empezó la militancia Lucho era recolectar logística. Es decir, los recursos para que los frentes guerrilleros que operaban en las montañas antioqueñas pudieran funcionar como quijotes modernos. Algunos obreros de ciudades como Medellín y Barrancabermeja sacaban aportes de sus modestos salarios al final del mes, como cotización a la guerrilla campesina. Los estudiantes de algunas universidades sacaban esta cuota de sus palúdicas mesadas semanales o saqueaban de su casa a hurtadillas, durante la noche, las provisiones de la alacena o mantas viejas, lámparas de kerosene y medicinas de los cuartos de san Alejo.

Dos obreros de Medellín eran los encargados de coordinar estas redes urbanas de apoyo a la guerrilla campesina: Luis Carlos Cárdenas que conducía una volqueta del municipio, la cual usaba algunas veces para llevar camufladas estas recaudaciones a las zonas

campesinas. Y Ramiro Vargas, quien trabajaba en una empresa del sector automotriz. Al lado de ellos estaba Omaira Montoya Henao, una estudiante de bacteriología de la Universidad de Antioquia, que hacía lo propio en las universidades.

Los dos primeros caerían asesinados a sangre fría, por miembros del B2, organismo de inteligencia de la IV Brigada, con sede en Medellín. Luis Carlos Cárdenas fue acribillado en el vehículo en que trabajaba y Ramiro Vargas en su casa, frente a su familia. En 1977 sería desaparecida Omaira Montoya, en la ciudad de Barranquilla, mientras realizaba una compra de armamento a la Policía. Omaira Montoya fue la primera persona que oficialmente se registró como desaparecida en Colombia.

1978 sería un año crucial para los grupos del ELN en Medellín y para algunos jóvenes activistas como Lucho. Ya estaban cansados de realizar cada semana teletones proletarias para abastecer a la guerrilla rural. Cansados de recoger a los guerrilleros enfermos de paludismo y leishmaniasis, enfermedades selváticas por excelencia, para luego llevarlos a la consulta médica. Pujaban al interior del ELN para que este actuara más decididamente en las ciudades y así darle rienda suelta a sus ímpetus belicistas.

El M-19 había señalado un nuevo camino para la guerrilla colombiana. Con sus intrépidas acciones había demostrado que era más publicitado un golpe de mano de un comando guerrillero en la ciudad, que el de un frente rural que se tomara un apartado pueblo. Ese suero costeño para rehidratar a la guerrilla lo había ideado un samario: Jaime Bateman Cayón, quien a su vez lo había descremado de grupos como los Tupamaros en Uruguay y los Monteros en Argentina. La alternativa entonces para el ELN era arriesgar lo poco que se tenía y lanzarse a la ofensiva, o esperar un golpe de gracia de los aparatos de seguridad como los que ya habían sufrido.

Un sector del ELN, que se llamaría así mismo “replanteamiento”, decidió en este año, tanto en Medellín como en las principales

capitales, poner en práctica la nueva fórmula e iniciar en firme la urbanización de su organización. Los primeros que tuvieron la osadía de urbanizar el ELN no vivieron mucho tiempo para contarlo.

En 1972, Manuel Medina Morón, dirigente obrero del sector petrolero en Barrancabermeja y Jaime Arenas dirigente de la Federación Universitaria Nacional. Casi una docena de dirigentes fueron pasados por las armas por orden de Fabio Vásquez Castaño, quien dirigía las filas guerrilleras inspirado en los métodos con que Sangre Negra y el Capitán Rayo habían dirigido las guerrillas liberales en la década del 50.

El delito del que se le acusaba a los dirigentes fusilados era uno solo: proponer que los jefes guerrilleros bajaran de las montañas y trasladaran la dirección política a la ciudad, donde por entonces se escenificaban los grandes conflictos sociales, huelgas, movimientos estudiantiles y paros cívicos.

Varios años después, en 1978, en un pequeño salón de la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín, se reunieron un pequeño círculo de hombres. La reunión giraba en torno a un hombre alto huesudo con lentes grandes que ocultaban sus ojos de seminarista y que con una voz pausada daba la palabra. Se trataba de Manuel Pérez, sacerdote español que había asumido la jefatura del ELN después de que Fabio Vásquez huyó del país. Los asistentes eran los delegados de los primeros grupos de esa organización que buscaban que en Medellín la guerrilla urbanizara sus actividades.

La presencia de Manuel Pérez inspiraba confianza. Todos podían hablar sin tapujos. Con los métodos de democracia y dirección colectiva que el cura Pérez había imprimido a la organización se había cerrado un capítulo de canibalismo interno en el ELN. Medina Morón, los bertulfos y otros dirigentes guerrilleros que una vez fueron fusilados como traidores, fueron exaltados como intachables revolucionarios que le habían abierto las puertas de las ciudades al ELN.

En esta reunión los que hablaban más fuerte y se mostraban más seguros de sus palabras eran varios de los guerrilleros seguidores de Anibal Leguizamón, un abogado santandereano que hacía parte de la jefatura nacional del ELN y que sostenía que la única forma de urbanizar la guerrilla en Colombia era abandonando las armas y lanzándose a la actividad política legal. Leguizamón ya había realizado algunos contactos secretos con el gobierno del presidente Alfonso López Michelsen, para pactar los términos de esa desmovilización.

A finales de 1978 se sumaría a esa propuesta el frente guerrillero más grande con que contaba el ELN en ese momento: el Frente Central o José Solano Sepúlveda, que operaba en Barrancabermeja y parte del Magdalena Medio y tenía unos 150 hombres armados.

Su propuesta era simple: sin parafernalia; sin quemas de arsenales para construir monumentos inertes a la paz; sin cámaras de televisión; sin promesas de ministerios para los guerrilleros y sin funcionarios públicos que, desfilando en pasarela, afirman estar sellando la paz eterna en Colombia; los miembros de ese frente guerrillero enterrarían sus armas y se reincorporarían a sus faenas cotidianas en el agro y se disolverían en el movimiento político Firmes, liderado por Gerardo Molina.

Sin embargo, otros de los asistentes a la reunión seguían pugnando apasionadamente por continuar la lucha guerrillera en la ciudad Manuel Pérez, un hombre introvertido que apenas estaba conociendo el país, no fue capaz de llegar a un acuerdo y organizar al ELN en Medellín. Algunos de los asistentes a esta reunión decidieron seguir los pasos de Leguizamón; los demás siguen en la lucha guerrillera en diversos grupos desconectados entre sí, pero todos bajo el nombre del ELN.

Lucho, desencantado por lo que consideraba una traición a la revolución, siguió aferrado a la escolástica marxista. Posteriormente muchos de estos elenos radicales se encontraron un grupo de ex militantes del EPL, igualmente críticos de su organización, y

comenzaron a fundar una pleyade de minúsculos núcleos guerrilleros en Medellín. El nombre con que bautizaban estos grupos, no tenía nada que envidiarle al kommintern soviético: Nopre (Núcleos Populares Revolucionarios), Oro (Organismo Obrero), Estrella Roja etc.

Para los fundadores de estos grupos, con ellos había nacido una nueva era de la lucha guerrillera, e hicieron la solemne promesa de que algún día, por fin, iban a fundar el verdadero partido del proletariado. El yagé que mantenía esa alucinación colectiva era su febril retórica, muy semejante a la que exhibía Sendero Luminoso en el Perú.

Según estos núcleos, otro síntoma de la traición de los grupos guerrilleros que operaban en Medellín era su actividad pública. La que hacía la Unión Patriótica, ligada al Partido Comunista; la Unión Democrática Revolucionaria, ligada al EPL; incluso la participación del ELN en frentes amplios como la Coordinadora de Solidaridad y Protesta.

En una sociedad radicalizada como la de Medellín, no era muy difícil conseguir adeptos a propuestas mesiánicas como las de estos pequeños grupos. Activistas de los movimientos estudiantiles incendiarios, como los del Liceo Antioqueño, el Marco Fidel Suárez y el Liceo de la Universidad de Antioquia, fueron carne fresca para ellos.

La historia para Lucho y estos pequeños grupos, no empezó muy bien. A diferencia de las guerrillas tradicionales, el método de la cotización para financiar sus actividades fue descartado. Asaltos a pequeñas sucursales bancarias, a carros de valores y hasta a pequeños supermercados fueron el centro de la política de finanzas para sostener la guerra.

En el año 1984, en uno de estos pequeños asaltos a un supermercado de Itagüí, donde se concentraba la actividad de estos grupos, se produjo un enfrentamiento con el personal de vigilancia del lugar y

varios de los empleados resultaron heridos. Los asaltantes se retiraron y pensaron que ese accidente se iba a quedar en el olvido. Pero no contaban con que el supermercado era propiedad del clan de los Galeano, la oficina de narcotráfico más grande del sur de la ciudad y socios tan poderosos del cartel como el mismo Pablo Escobar.

Los Galeano empezaron a mover todas sus redes de informantes en la ciudad, ofreciendo una recompensa de tres millones de pesos, para dar con el paradero de los asaltantes.

Ya desde la década de los 70, algunos ex militantes del EPL en Medellín creyeron haber despertado del sueño del Che y se vincularon a las redes del negocio de la cocaína. Muchos de ellos ya estaban cerca del cartel. Por eso es que precisamente algunos ex militantes del EPL fueron quienes delataron los nombres de los jefes de estos grupos a los Galeano. La sed de venganza tuvo espera: sicarios al servicio de los Galeano, tras pacientes seguimientos, lograron localizar una heladería en el centro de la ciudad a Carlos, máximo dirigente de La Estrella. Dos sicarios se aproximaron a su mesa, lo encañonaron, lo hicieron salir a la mitad de la calle. Allí mismo lo acribillaron. No contentos con esto, los agresores se dirigieron a una camioneta Ranger que tenían estacionada cerca del lugar y pasaron dos veces sobre el cadáver.

La guerra estaba casada. Los dirigentes de estos núcleos iniciaron la retaliación. Detectaron varios negocios de propiedad de los Galeano, pero pusieron su atención especialmente en uno: una compraventa de carros lujosos donde los sicarios al servicio de los Galeano se reunían a planear sus ataques. Pero cuando se decidieron a atacar, no lograron liquidar a ninguno de los sicarios, pues el comando encargado de la acción no tenía instrucción militar, ni experiencia.

En medio del ataque, uno de los guerrilleros tuvo de frente a Joaquín, entonces jefe militar de la oficina de los Galeano. Inmediatamente le vació el proveedor de la metralleta que portaba, una Ingram automática calibre 45, con tal mal tiro, que los 30 proyectiles en su

mayoría fueron a parar a una de las piernas del narcotraficante. A Joaquín – a quien se le conoce hoy en el mundo de la droga como Don Berna- le amputaron la pierna, pero eso no evitó que con una muleta en una mano y una pistola en la otra dirigiera personalmente el contra ataque.

Este sería más feroz que el anterior; no sólo cayeron asesinados doce miembros de esos núcleos, saliendo de sus liceos o sus fábricas, sino que asesinó a una veintena de sindicalistas de Itaguí. Para los Galeano, todo lo que oliera a izquierda debía ser borrado.

A Lucho, que era sindicalista, le correspondió preparar la defensa. Había que conseguir más armas y municiones para una gran batalla, pero primero, por supuesto, había que levantar el billete. Es así como sus actividades se concentraron en las finanzas; operaciones planeadas sobre la marcha, sin tomar las medidas del caso, como lo haría un guerrillero ducho. Esta actitud le hizo cometer errores garrafales por los cuales cayó a la cárcel Bellavista.

3

Desde la distancia, la Cárcel Nacional de Bellavista parece un socavón yerto de una de las tantas canteras agotadas que, como manchones rojizos, se dibujan en las montañas alrededor de la prisión. La primera impresión que se nos viene a la mente sobre su interior es la de cientos de presidiarios como zombies deambulando y oxidando sus osamentas mientras cumplen su sentencia. Si bien la realidad es igualmente lúgubre, es distinta en muchos aspectos.

En primer lugar, Bellavista, como el resto de prisiones del país, tiene más de las dos terceras partes de su población carcelaria en calidad de sindicados, muchos de los cuales son “ganchos ciegos”; víctimas de un sistema judicial incompetente e inhumano.

Dentro de los mitos que se han construido alrededor de esta prisión es el de ser un centro de rehabilitación, como el letrero que encabeza

la entrada de ella, pretende resaltar: "Aquí entra el hombre, no el delito". En la realidad, entra el hombre y sale el delito, pues al salir de la cárcel muchos de estos sindicatos terminan como los caneros viejos, sin muchos incentivos para rehacer su vida en sociedad.

Bellavista fue concebida para albergar mil quinientos presos, y desde la década del 80 ha superado los 3.500, llegando en 1992 al pico de 4.200. De otro lado la crisis industrial de Medellín en los 80 trajo como consecuencias que los programas de rehabilitación laboral para los presidiarios se fueran a pique y la mayoría de las empresas retiraran sus talleres por falta de recursos. Así los programas de capacitación, estudio y recreación se convirtieron en letra muerta de los códigos penitenciarios.

Sin oportunidades de trabajo, estudio o recreación, conspirar se vuelve el pasatiempo de la mayor parte de los internos. En el argot carcelario se le dice "patinar" al movimiento pendular y casi ritual que los presos ejecutan de un extremo a otro de los patios. Muchos pensarán que por tener sus ojos clavados en el piso, y la pose reflexiva de sus manos, están resolviendo algún complicado problema de astronomía, o una ecuación diferencial; pero en la mayoría de los casos es un negocio, un cruce, lo que se zambulle en sus cerebros.

La cárcel también, como lo demostró El Patrón en su momento, es un lugar ideal para hacer contactos. Bellavista es como un campus universitario compartimentado por especialidades representativas de los distintos gremios del hampa de la ciudad. En el quinto patio, por ejemplo, han sido confinados tradicionalmente los presos políticos y las bandas organizadas; en el segundo, los delincuentes de cuello blanco y profesionales; y en el cuarto y el octavo los bajos fondos. Sin embargo, todos ellos terminan por unirse formando explosivas mezclas.

En este penal abandonado a su suerte por el Estado, la regulación del orden interno recae sobre los pactos de caballeros a los que llegan distintos grupos que conviven allí. Hacerse al control del

patio o cacicazgo es el principal propósito de los grupos del penal. Las directivas y la guardia han claudicado en su misión de mantener el orden interno. Soportan condiciones de trabajo y salariales tan precarias como los presos. A duras penas aspiran a mantener su puesto, asumiendo los menores riesgos posibles y recaudando uno que otro soborno para complementar sus ingresos.

El grupo que logre el poder del patio, decide por ejemplo sobre el porte de armas internas, quien las tiene y de que clase corto punzante o armas de fuego. Ordena redadas internas, conducidas por comandos de gente leales del cacique. El uso de armas de fuego no es rara: en 1992 fueron asesinados en uno de los patios dos socios de Pablo Escobar, crimen que se cometió con una pistola 25 con silenciador, y según se dice, ordenado por los Galeano.

El cacique al mando del patio, el que tradicionalmente han llamado en el argot carcelario "la casa", también controla el mercado interno de la droga narcótica, el manejo y administración de los caspetes, y el cumplimiento cabal de los asuntos de deudas económicas o de cómo se zanja las deudas de honor al interior del patio. La casa impone un régimen interno de normas y sanciones a su manera. Las infracciones menores como grescas, robos al interior del patio, deudas, mirar la mujer del cacique un día de visita, son penalizadas con escarmientos como las palizas, el estanque (un baño de agua fría en medio de la noche). Si el infractor reconoce su delito y se arrepiente en público, los castigos pueden ser ejercicios físicos o aseo del patio.

Los crímenes mayores como el porte de armas o vender narcóticos por fuera de la órbita de la "casa", así como la creación de grupos diferentes, que conspiran contra ésta, tiene sanciones más severas que pueden ir desde la expulsión del patio, la expropiación de todas sus pertenencias, hasta la ejecución. La expulsión puede llegar a ser tan cruel como la ejecución.

Lo mínimo que le pasa a quien arrear del patio es que no lo reciben en otro porque hay acuerdos entre los caciques.

Todos los arriados van a parar a la Guayana, que es la cárcel de la cárcel. Son unos calabozos oscuros, de cuatro metros por dos, donde acomoda a diez o doce presos. No caben acostados, tienen que hacer sus necesidades en bolsas y tirarlas al corredor. Cada semana los sacan a tomar el sol por unos minutos. Usted con sólo verle la pinta a un man sabe que está en la Guayana. Eso es la palidez más hijueputa, son transparentes. El tunel es la cárcel de la Guayana como quien dice el infierno del infierno. Es una celda húmeda por donde pasa la mierda. Al túnel caen las peores porquerías de Bellavista. Las gonorreas.²³

En este pequeño microcosmos que es Bellavista, por la época en que entraron Lucho y una gran cantidad de presos políticos, el liderazgo no se ganaba con los pergaminos que se trajeran de la calle. Para ganárselo había que sudar la camiseta y tener dos grandes cualidades: la capacidad de imponer la fuerza, la única ley que allí se aprende se acepta y la capacidad organizativa para sanear la vida interna del patio, para mediar, interpretar y dialogar frente a los conflictos internos suscitados entre los grupos del patio.

En esa época, por primera vez en la historia del penal, los presos políticos se hicieron al control de los patios de Bellavista. De un lado eran una abrumadora mayoría –superaban los 400-, y por otro lado la formación de izquierda les dio las condiciones organizativas necesarias para acometer esta tarea.

Fue así como lograron convocar a los presos comunes alrededor de algunos motines y huelgas de hambre, con el propósito de mejorar las condiciones de vida para los internos del penal. Les enseñaron a protegerse de los gases lacrimógenos, a elaborar comunicados de prensa, etc. Algunos presos comunes incluso se unieron a los

²³ SALAZAR, Alonso. No nacimos pa'semilla. Corporación Región, CINEP, 1990, pag.129.

colectivos que tenían los presos políticos de Bellavista. Hay un fragmento de un diálogo que retrata algunas relaciones, entre presos políticos y presos comunes, que aunque fue escrito en años anteriores, conserva su actualidad. Estas son las reflexiones que le hace un consumado estafador del penal, a un médico guerrillero:

A mi no me gusta la política, pero de todos modos que carajo! en tu caso uno tiene que morir en su ley, como dicen. Hay muchos trucos que si esa gente que anda en la guerrilla los supieran hacer, la cosa se pondría difícil para el gobierno. Te propongo entonces un plan capitalista, me cuentas tu vida, yo la escribo y cuando el libro se haya vendido mucho, asaltamos a los editores.²⁴

Fue en esa dura escuela del presidio, que personas como Lucho, Pablo García, y otros presos políticos, aprenderían la dura glosa de lidiar con la delincuencia; adentrarse en su psicología, Lecciones que más tarde resultarían invaluable en las milicias, a la hora de transar acuerdos con los delincuentes o conocer sus debilidades a la hora de combatirlos.

Para finales de la década de los 80, Lucho y la mayoría de los presos políticos habían alcanzado su libertad, en muchos casos gracias a las amnistías decretadas por el gobierno tras las negociaciones con el EPL y el M-19. Sin embargo en la faz del penal, quedarían hondas huellas, de lo que fueron los levantamientos de los presos y la convivencia entre dos presos comunes y los presos políticos.

Cuando Lucho salió de prisión, la mayoría de miembros de los grupos que habían logrado sobrevivir a la vendetta contra la banda de los Galeanos y el cartel de Medellín se habían incorporado al regional del ELN en Medellín, que entonces era el más fuerte de la ciudad. Así Lucho reingresa a las filas elenas. El ELN ocuparía en el marco de la guerrilla urbana, el lugar dejado en las principales capitales del país

²⁴ Gancho Ciego, trescientos sesenta y cinco noches y una misa en la cárcel. Tulio Bayer.

por el M-19, quien se había desmovilizado y convertido en partido político legal.

En la ciudad de Medellín, todos los vientos soplaban a favor de dicha organización; todavía gozaba de la liquidez económica dejada por la petrobonanza y se había fortalecido después de la fusión de un grupo llamado Patria Libre, que operaba en la costa Atlántica y en Medellín principalmente.

La guerra entre el cartel de Medellín y el gobierno colombiano, a partir de la muerte de Luis Carlos Galán en 1989, había resquebrajado la alianza entre el cartel de Medellín y sectores del Ejército, que eran la mano invisible detrás de la guerra sucia, y de la sentencia de muerte que Pablo Escobar había decretado contra el ELN como retaliación porque este grupo masacró a varios de sus hombres en Belén Aguas Frías, en 1987.

Si bien la influencia del ELN, se había menguado en los barrios populares de Medellín por la irrupción de las bandas delincuenciales, su trabajo con activistas estudiantiles había crecido en varias universidades y liceos, igual aconteció con su trabajo obrero y sindical, lo cual dotaba a dicha organización de un promisorio filón de reclutamiento.

Lucho, luego de trabajar algún tiempo con el sector sindical y obrero del ELN en Medellín, donde se hacía cargo de actividades militares, se desencantó rápidamente de la inercia sindical y del trabajo de escritorio. Convencido de que había problemas más candentes y de que la guerra revolucionaria reposaba en las comunas populares, se desplazó a la comuna nororiental en compañía de otro sindicalista. La misión era conformar en Villa del Socorro, un núcleo miliciano que se pusiera a tono con el fortalecimiento que estaban alcanzando las MPPP en el barrio popular.

Lucho recuerda:

Cuando llegamos a Villa del Socorro, no conocíamos ni el barrio. El compañero con que yo había llegado había vivido en ese sector en los tiempos del padre Vicente Mejía, pero de la aldea que era entonces Villa del Socorro ya no quedaba nada, pues el barrio se había convertido en un hervidero de gente.

Aparte de eso, sólo contábamos con una charanga calibre 12 y una Ingram que nos había prestado el frente obrero del ELN. También teníamos algunas relaciones con miembros de las 6 y 7 de noviembre, las milicias que oficialmente apoyaba el ELN y que se suponía nos iban a asesorar aquí en Villa del Socorro. En los inicios, cuando nos enteramos de la situación de seguridad del barrio, hicimos la primera reunión con el gremio del transporte y los pequeños comerciantes. Por entonces reinaba la incredulidad, se comentaba que estábamos locos, que no seríamos capaces de instalarnos en ese sector, que si no había podido la ley, menos nosotros."

Al poco tiempo llegaron refuerzos para esa nueva empresa. Llegó Martín, el cual asumió la jefatura militar de las nuevas milicias. Pero también llegó Alberto quien era el comandante máximo de la compañía Anorí en el nordeste Antioqueño; el frente rural más activo de dicha organización; un hombre tosco que había llegado a esa posición por su facultad para dar órdenes, por su autoritarismo. Ambos personajes incidirían de manera radical en el futuro de Lucho.

CAPÍTULO V

LAS MILICIAS SE RESQUEBRAJAN

Muy pocos, quizás su familia y los padrinos que lo acompañaron a la pila bautismal, conocieron su verdadero nombre. Para la guerrilla, las milicias y los pobladores de la comuna nororiental era simplemente el compañero “Martín”.

Martín era hijo putativo en la larga y casi eterna tradición guerrillera rural de Colombia; aunque luego se convirtió en un experto en los vericuetos de la guerrilla urbana. Martín fue el estratega detrás de las mil y una argucias empleadas por las milicias para derrotar a la delincuencia y llevarlas en un tiempo récord a ser los nuevos amos de los barrios populares de Medellín.

Cada organización guerrillera del país carga con un pasado atavismo regional en cuanto a su origen y afectos, del cual difícilmente logra sacudirse. El ELN echó sus raíces en el nororiente colombiano, desde su fundación, cuando se tomó la población de Simacota, en Santander.

Martín nació con el ELN. Su familia hizo parte de las muchas que dieron aliento a las guerrillas liberales que defendían sus tierras por los años 50, muchas de las cuales se vincularían una década después a las nuevas guerrillas guevaristas del ELN. Siguiendo la línea familiar, Martín ingresaría oficialmente al ELN en plena adolescencia, pero

desde niño tuvo contacto permanente con la organización. Su primer juguete fue un fusil AK41 que los guerrilleros guardaban en la casa de sus padres y que Martín armaba y desarmaba sin ninguna dificultad.

Sus primeras letras no las aprendería como los otros niños de su edad que asistían regularmente a la escuela pública, en cartillas didácticas con las letras grandes del abecedario gruesas y reteñidas de negro, con sugestivos dibujos de colores, formando un ideograma perfecto. Sus cartillas serían los folletines y los volantes con consignas de guerra y proclamas incendiarias, escritas con la tinta corrediza de los rústicos mimeógrafos; materiales que editaban el ELN para difundir su pensamiento entre la población campesina.

Martín salió del campo hacia Bucaramanga para terminar su bachillerato. Por orientación del ELN pasó luego a la universidad a estudiar algo que fuera de utilidad en la guerra. Sin duda, medicina era la mejor opción. El ELN le financió los estudios a cambio del trabajo político que Martín pudiera realizar en el movimiento estudiantil, entonces en plena efervescencia.

A los pocos semestres de su estadía en la universidad, las prioridades de la organización cambiaron. Lo que pasaba en la universidad era una bagatela al lado de las nuevas necesidades de su organización. Luego de la crisis del 1978, el ELN había quedado vuelto añicos. Había que reconstruir las redes urbanas del ELN y a Martín le correspondió la de Bucaramanga, a mediados de los ochenta. Cumplida parcialmente esa misión, seguían en la lista varios frentes periféricos a Bucaramanga que el ELN proyectaba construir. Es así que Martín se desplaza a norte de Santander a San Vicente de Chucurí, al Carmen, con una sola idea fija en la cabeza: el crecimiento del ELN. Al fin y al cabo el ELN era como sus huesos: crecía y se quebraba al mismo ritmo que los suyos.

Para mediados de los ochenta la acción política y militar del ELN en el nororiente colombiano era un espiral imparable. En cada golpe

de mano exitoso, en cada toma guerrillera, más y más simpatizantes se unían a sus filas, pero con una forma particular de reclutamiento: las redes familiares y de compadrazgo fueron la alternativa que encontraron para mantener el secreto en sus filas. Una discreción que nunca pasó por la cabeza de los dirigentes locales del ELN en Medellín. Si bien las redes urbanas del nororiente no crecieron con el mismo dinamismo que en Medellín, tampoco afrontaron la descomposición entre algunos de sus miembros como en Antioquia, donde se prestaron para tareas de delincuencia común y narcotráfico.

En 1988, cuando lideraba una marcha campesina, Martín fue delatado por un infiltrado del ejército. A Martín no le quedó otra opción que permanecer enclaustrado en una casa por largo tiempo. Acorralado por esas circunstancias, la organización decidió trasladarlo a Medellín con su familia. Si bien en ciudades pequeñas como Bucaramanga los organismos de inteligencia podían detectarlo fácilmente, en metrópolis como en Medellín sería una aguja perdida en un pajar.

Al llegar a la nueva ciudad, el destino vendría a su encuentro. Ningún dirigente del ELN reunía, como Martín, las cualidades para asumir la jefatura de las nuevas milicias. Martín era algo así como un sabajón perfecto; la densa experiencia de la guerrilla campesina, con sus pesadas maniobras; y la fluidez y agilidad de la experiencia militar urbana, condensadas en una sola persona. El posicionamiento de Martín en su nuevo cargo en las milicias fue una de las pocas decisiones en las que no hubo controversia.

Cuando Martín se sumergió por completo en la comuna nororiental, ya contaba con 37 años. Un hombre maduro y curtido, al lado de la base del kindergarden miliciano, conformada por jóvenes que apenas si experimentaban el cambio púberal de su timbre de voz; y de jovencitas a las que apenas se les empezaban a insinuar sus curvas femeninas por encima de sus apretadas blusas y bluyines. Todos estos jóvenes giraban como polillas alrededor de una lámpara de mercurio sobre mitificados jefes milicianos como Martín.

Si los códigos de su vieja tradición guerrillera permanecieron inamovibles, su vestimenta evolucionó velozmente. Sus viejos zapatos grulla, uniforme de rigor en los otrora círculos obreros de Barranca, los cambió por los versátiles tenis made in Taiwán; instrumentos de gran utilidad a la hora de una veloz retirada, aferrada a las perpendiculares superficies de la comuna nororiental.

A las camisillas y bluyines informales que reemplazaron el adusto kaki de los overoles de obrero, se sumó una nueva prenda: la cachucha americana de las grandes ligas; que en el lenguaje de calle los muchachos llaman la teja, por su gran utilidad para protegerse de las caniculares tardes de la comuna nororiental, menos efectiva como camuflaje urbano, pero menos siniestra que capucha.

Los cambios en el temperamento de Martín también se dejan sentir: la lozanía y jovialidad menguada por el encierro en sus años de clandestinidad revivieron en su rostro. Así fue como rápidamente se confundió con la gente de la comuna, como cualquier muchacho de la esquina.

Martín no era un sanedrín a la sombra, dirigiendo desde la tranquilidad y la distancia de alguna garita. Tampoco era partidario del método practicado por otros dirigentes milicianos: *"el ajustamiento sumario"*. "Ahí sólo caen *carritos*, subalternos y colaboradores de las bandas grandes, hay que buscar a las cabezas; los empresarios del delito que han hecho de muchos jóvenes de los barrios populares, una corruptela y un modos vivendi", decía.

Dar de baja una de estas cabezas no era como quitarle un confite a un niño. Eran sicarios profesionales con un largo prontuario delictivo, acostumbrados -como Martín- a sobrellevar sus calendarios bajo la zozobra y alerta propios de la vida ilegal; sabían como permanecer bien resguardados, rodeándose de anillos de seguridad, con pequeños ejércitos fuertemente armados.

Cuando Martín salía al frente de algún comando miliciano a desafiar a las bandas de oficina, se dejaba sentir el tableteo de las armas. Escaramuzas donde llovían las ráfagas desde las terrazas y los callejones, enfrentamientos que se prolongaban en ocasiones por horas. Cuando las bandas iban sintiendo su desventaja militar y sufrían las primeras bajas, alertaban al ejército; esa era la señal de que había que retirarse.

Colombia es el país de los guerrilleros más viejos del mundo, tanto que algunos de ellos se dan el lujo de morir de los achaques propios de la vejez. Muchos de estos matusalenes espartanos, ya tienen su propia leyenda y su puesto en la historia. Pero muchas generaciones han pavimentado ese camino de leyenda y pueblos enteros se han habituado a la guerra, como si fuera su oxígeno.

Martín era parte de esa generación que tiene la convicción que los cartuchos y las salvas no pueden agotarse en un solo día y en una sola batalla.

Luego de los primeros éxitos militares de las milicias sobre las bandas, el aire de los barrios populares se tornó adiposo y etílico. Se abrieron tabernas, los festivales eran frecuentes y las rumbas a puerta abierta eran el largamente esperado reencuentro con la verdadera vocación de los barrios populares de Medellín: el arrabal. Nada de eso seducía a Martín: una o dos copas de licor por cortesía, pero no más. Su hígado parecía estar calibrado para no recibir más de dos copas de licor.

Durante la fiesta y festivales, en lugar de cortejar a las sardinas como los demás milicianos, prefería prestar guardia sigilosamente al lado de cualquier miliciano, en una terraza o en una cuneta. "Todavía hay mucho pillo por aquí merodeando", era todo lo que decía.

Así recuerdan algunos de sus ex compañeros otros pasajes de la vida de Martín:

Su forma de desplazarse por los barrios de la comuna nororiental tenía la rigurosidad de una marcha guerrillera en el campo. Siempre a pie, escalando de sur a norte estas paredes que son las calles de estos sectores, haciendo una pausa en cada esquina para cerciorarse que no había plaga. Nunca desamparaba una pistola Walter P38 aceitada y brillante, que tenía una inscripción que decía FA de Venezuela, la cual nunca quiso borrar, pues contaba que él personalmente se la había recuperado a un oficial de la guardia nacional, mientras participaba en un asalto con el Frente Domingo Lain a la guardia venezolana. El decía que esa arma era su amuleto y por ello la había traído desde Santander.

Rara vez abordaba algún vehículo, solo lo hacía cuando se trataba de transportar un herido de emergencia o algún operativo relámpago. El decía que por la presencia de retenes militares por el sector andar motorizado era muy riesgoso, que él no podía darse el lujo de ser capturado vivo. Los callejones y barrancos de la comuna Nororiental eran ahora su montaña.

Fue esa disciplina marcial, largamente adobada, la que le permitió armar un pequeño ejército prusiano en medio de las comunas populares, por entonces pequeñas babilonias de la autodestrucción y la deslealtad.

Algunos jefes milicianos veían detrás de los jugosos cheques que el comercio, el transporte y personas con alguna liquidez económica del barrio giraban a las cuentas de las milicias. Un compromiso endosado: las milicias debían devolver el favor convirtiéndose en una especie de guardia personal de los más pudientes.

Martín tenía otras ideas. Pensaba que las milicias debían tener un carácter guerrillero; que después de sacudirse de las bandas había que preparar otra guerra, la más difícil: organizar a los pobladores por sus derechos y preparar una guerra insurreccional contra el gobierno.

Al parecer la comunidad y la mayor parte de milicianos no pensaban lo mismo. Creían mejor que era hora de disfrutar del fugaz armisticio.

En el lenguaje castrense, el accidente que le costó la vida a Martín sería llamado lacónicamente una contingencia por los gajes del oficio.

En un lenguaje cabalístico, su muerte sería algo así como el espejo roto anunciando un futuro marcado por “la depreciación” interna y externa de los distintos grupos de milicias. Así describen algunos de sus ex compañeros las circunstancias de su muerte:

Martín se encontraba en una reunión con gente que había llegado de otro barrio, buscando que las milicias los auxiliaran sacando una banda que tenía asolada su barrio. Un vecino irrumpió de pronto en la sala de la casa, hablando con voz agitada sobre la presencia de un joven que andaba cerca del lugar, caminando con sigilo y en actitud sospechosa. Martín pensaba que ese podría ser el comienzo de un asalto de alguna banda de delincuentes, o del F2. Pistola en mano salió de la casa y luego de esperar al joven sospechoso detrás de un muro, con la idea de salirle al paso e interrogarlo. A Martín y al muchacho se les vio intercambiando palabras por varios minutos, dentro de las que, al parecer, estaban las del santo y seña convenido con otros grupos milicianos que operaban en sectores vecinos para evitar encuentros inesperados. Martín había empretnado casi por completo su arma, su Walter P38, cuando sonaron dos detonaciones. Un joven que a los pocos metros estaba escoltando al primero, sin percatarse de lo que estaba ocurriendo, reaccionó como un soldadito de plomo automatizado y le clavó por la espalda a Martín dos proyectiles de un fusil Mini 14 que le traspasaron sus órganos vitales.

Allí mismo, sobre la calle de la paz, cayó agónico Martín. Como no podía ser llevado la unidad intermedia de Santa Cruz, que era la más cercana, pues allí estaban sus más enconados enemigos, lo llevaron

hasta un hospital de Bello, donde falleció a los pocos minutos de haber entrado.

El joven con el fusil emprendió veloz carrera abriéndose paso a punta de disparos. El que minutos antes había estado conversando con Martín estaba confundido y no paraba de decir que fue un accidente, que él era de las milicias, que no le fueran a hacer nada.

Todo fue inútil pues igualmente fue acribillado por los milicianos que ya habían llegado al lugar. Esa fue una venganza muy barata.

El resto de la tarde y la noche hubo un largo silencio que decía a gritos que la guerra popular, de la que tanto había hablado Martín, empezaba a convertirse en un juego de adolescentes con armas mortales en sus manos.

Al día siguiente las MPVA, a las que pertenecía Martín, y las MMPP a las que pertenecía su homicida y el otro joven muerto, se citaron para una evaluación de los hechos.

Pablo García llevaba la vocería de las MMPP y Lucho de las MPVA. Pablo García recuerda el desarrollo de estas citas:

Después de reunir la máxima información posible sobre los hechos, tratando de reconstruir lo que realmente ocurrió, nuestra posición fue que esto había sido un terrible accidente, que los dos compañeros nuestros habían sido enviados a llevar unas armas a otra zona de nuestra influencia. Autocríticamente reconocemos que el compañero que portaba el fusil en ese momento apenas estaba iniciando en la organización, que era aún muy inexperto: sólo contaba con 14 años. De nuestra parte, recriminábamos la muerte innecesaria y a quemarropa de nuestro compañero. Habían podido retenerlo mientras se averiguaban los hechos, el compañero contaba con 16 años. Lucho, por su parte, replicó que ellos también lo lamentaban, que el compañero de las MPVA que reaccionó así lo hizo sin autorización, que también era un novato e inexperto de 15 años.

Yo refrendé mi aprecio por el ELN y por Martín, a los que siempre estuve muy cercano. Comenté incluso que con Martín había hablado sobre la posibilidad de volver a la organización y fusionar las dos milicias, que todo no se podía echar a perder por este trágico accidente.

Lucho, sin embargo, en una actitud arrogante que siempre lo caracterizó, continuó sumando intrigas: que nosotros realmente íbamos era a asesinarlo a él, a Lucho, porque ellos eran las verdaderas milicias y todo era cuestión de celos.

Esa fue la reunión más tensa a la que alguna vez haya asistido. La última parte de la reunión me la pasé con las manos en mi chaqueta, nadie lo supo, pero siempre acariciaba con la punta de mis dedos una pistola que llevaba en caso de que Lucho fuera a pasar a los hechos.

La calle de la paz sería por enésima vez, testigo de un acontecimiento memorable: las honras fúnebres de Martín.

El poco tiempo que Martín estuvo al frente de las milicias fue suficiente para que su popularidad se esparciera por los distintos barrios de la comuna nororiental.

Dolientes de barrios como Las Esmeraldas, Manrique, Santo Domingo, Santa Cruz, La Ranchera, se atiborraron alrededor de su féretro, turnándose en largas filas para ver unos segundos su rostro y después acompañarlo en caravana hasta el Cementerio Campos de Paz. Varias rutas de buses paralizaron su servicio usual para transportar la gente al cementerio. No faltaron banderas tricolores a media asta en muchas casas.

El funeral de Martín no se pareció en nada a la tradicional ceremonia del guerrillero anónimo: una fosa común perdida en las estribaciones de alguna cordillera, una cruz de madera y algunas salvas al aire, ello si contaba con algún rango en su organización.

Nunca se habían visto unas honras fúnebres así en la comuna nororiental. Varias comadres en una esquina jugaban a adivinar cuánto valía el féretro con baño de plata en el que lo sepultarían o cuánto había costado la contratación de los equipos de filmación, o cuántos carros habían asistido.

La música póstuma que retumbó a todo volumen en las grabadoras de los muchachos de barrio no eran las alegóricas canciones de Víctor Jara, Violeta Parra o Soledad Bravo. Se escuchaban los sones: de Cheo Feliciano "Sobre una tumba humilde"; de Hector Lavoe "Todo tiene su final". Estas canciones de tanto sonar en los entierros de los jóvenes que a diario mueren violentamente en los barrios populares, han calado en la memoria de la gente, que tararean sus líricas de memoria.

Pero lo realmente extraño del funeral de Martín era un funeral público. Cuando una familia de la comuna nororiental pierde algún miembro de su familia, los velorios son privados, tratan de abreviar el camino de la casa al cementerio. Luego la misa de rigor, una lacónica plegaria y alguna demostración lacrimógena de los dolientes hasta que el ataúd caiga al foso que será la última morada.

La razón de todas estas simplificaciones es que los velorios han terminado por ser escenarios favoritos para las retaliaciones. Los enemigos del finado no contentos con haber terminado con los días de éste, esperan terminar también con los amigos dolientes que se hayan presentado en el velorio. Matar, rematar, contramatar, es parte de la ceremonia fúnebre implantada por nuevos oráculos; las bandas delincuenciales, el narcotráfico y algunos miembros de la fuerza pública.

Los funerales de Martín sólo serían homologados por el de otros jefes milicianos que sucederían después: Pablo García en 1994, y Nacho en 1991.

Durante estas agrídulces celebraciones postreras, medio carnaval medio tragedia, sólo quedó claro que en la vida como en la muerte

las milicias eran los nuevos dueños de los barrios populares de Medellín.

2

Martín, le había imprimido un carisma especial a las milicias; era el centro de una fuerte disciplina marcial, pero a la vez era un conciliador natural. Tenía el apoyo irrestricto de la dirección del ELN, la simpatía de la base miliciana y la credibilidad de la población. La guerrilla, las milicias y la población después de la muerte de este dirigente, serían como planetas en curso de colisión. Era difícil encontrar entre todas estas camadas de jóvenes milicianos el aplomo y las convicciones de los viejos dirigentes. Parecía que el temor que Martín tantas veces expresó, estaba a punto de volverse realidad: “No podemos permitir que ese pequeño Frankenstein que son las milicias, en las que la comunidad empeñó su vida a cambio de seguridad, terminen usando su poder para que unos pobladores se aprovechen para aplastar sus vecinos”

Con la muerte de Martín vinieron aparejados otros reveses para las milicias.

Ante el ruidoso fracaso en su intento de lanzarse a la arena pública, las milicias fueron perdiendo su ascendencia política sobre la mayoría de organizaciones cívicas y sociales de la comuna nororiental.

Otro pacto tácito se teje nuevamente, los pactos que no se rubrican en notarias, sino en callejones y corrillos, pero que todo el mundo entiende y acata. Las milicias solo serían aceptadas como un cuerpo de vigilancia. Empresa iluminada por unos estatutos y unos códigos morales tan ambiguos, como por las luchas de sus dirigentes que iniciaban una carrera desenfrenada en búsqueda de figuración.

Lucho es el primero en robarse el show, convertido luego de la muerte de Martín en una celebridad de la farándula. Su mañana empezaba muy temprano, con una sesión de mascarillas, estilistas y

maquillaje. En la comuna nororiental estos gremios abundan como en botica, lo que le permitía lucir cada día un nuevo look y un nuevo teñido de cabello. Tras ese meticuloso retoque de camuflaje urbano para protegerse de sus enemigos, se ocultaban otras cualidades histriónicas. El resto del día lo ocupaba en recibir en alguna de sus casas de seguridad, o en alguna heladería, las nutridas comitivas de funcionarios públicos, instituciones del gobierno, comerciantes y pobladores de otros barrios buscando una mano de las milicias. Fue precisamente en una de estas visitas que conoció a las personas más claves de la vida de Moravia, lugar donde finalmente se pertrecharía con su grupo miliciano.

Pero su verdadera vida pública empezaba en la noche cuando se encendían las cámaras de los noticieros internacionales y empezaban las largas romerías de la prensa nacional que indagaban a los jóvenes aglomerados en las aceras, por los pormenores de las enigmáticas milicias.

Los fines de semana estaban reservados para el esparcimiento y para atender, como figura estelar, agasajos y festividades. Actividades que varían al paso de las horas. En las tardes, por ejemplo, están los reinados. La comuna nororiental en esta materia es un traslúcido espejo de los reinados nacionales. Allí desde las escuelas, los colegios, las parroquias, se programan toda clase de glamorosos concursos. Las caravanas y los gastos son, por supuesto, mucho más modestos. En lugar de los multimillonarios trajes de gala de Cartagena, embadurnados de oropel y lentejuelas, las jovencitas usan modelos confeccionados en papel periódico, pero no por eso menos imaginativos. A las niñas por estos lados les inculcan desde la casa la necesidad de asegurarse un futuro. Llegar a ser reina, modelo o contraer nupcias con un mafioso resulta un buen prospecto, obviamente si se logra lo primero lo segundo viene por añadidura.

Ya entrada la noche el ambiente se iba cargando de rumba, con la proximidad del festival de la cerveza. Allí su comportamiento

debería estar presidido por la medida, aunque con algunas recaídas (como él mismo lo explica más adelante), la cuestión no era sólo de conservar la imagen inmaculada de los dirigentes ante la comunidad o por razones de seguridad (borracho no vale, reza un viejo dicho), sino, ante todo, porque por aquellos días tenía lugar una cita religiosa e ineludible con los dirigentes nacionales y locales del ELN.

Estas reuniones se iniciaba con animosos informes que daban cuenta de los progresos de la organización en estas escarpadas repúblicas, que luego de conquistadas, serían objeto de la colonización revolucionaria. Como contraparte, los dirigentes del ELN daban muestras de su gratitud financiando las actividades sugeridas por Lucho, refrendándole al mismo tiempo sus votos como hombre de confianza.

La acumulación de funciones en un solo hombre -Lucho-, despertó la envidia y los celos de Alberto y Marleny, sus inmediatos colaboradores, quienes taimadamente urdían un plan para sacarlo del camino. La pareja planeaba un complot con un fuerte sabor moralizador, que empezó con una tarea aparentemente insulsa: recoger firmas dentro de un memorial donde se censuraba el comportamiento estrofalario y relajado de Lucho. Las firmas eran recogidas por jóvenes milicianos al mando de Alberto y Marleny que se apostaron en los grupos más sensibles a estos espinosos asuntos de la moral pública, los grupos de oración y las ancianas de la legión de María. Este procedimiento surtió sus efectos.

Lucho recuerda desde la prisión:

Todo se inició un día de las madres, cuando por mi iniciativa se realizó una fiesta para ellas, la cual incluía serenatas con música de carrilera; programación que se realizó en la calle de la paz en Villa del Socorro. Todo el mundo sabe que allí me embriagué. Yo no soy como otros que vanagloriándose de ser revolucionarios en público, después se esconden no sólo para emborracharse sino para ser adúlteros y otras cosas peores. Siempre he sido

transparente hasta en mis errores. A uno la comunidad debe conocerlo tal y como es, con sus virtudes y defectos. De nada sirve llevarle a la comunidad una imagen artificial de que el revolucionario es perfecto.

Bueno, pero siguiendo con la historia, cuando salí de la fiesta, rayando la madrugada, me disponía a ir a dormir en una casa localizada en un lugar llamado Tres Esquinas, a varias cuerdas de donde era la fiesta. No permití que nadie me acompañara; mi única compañía era una subametralladora uzzy que llevaba conmigo. Desafortunadamente llegando a la casa rodé por unas escalinatas y en la caída se me disparó el arma. Eso fue todo, de allí me fui a dormir y no hubo nada que lamentar.

Alberto y Marleny, quienes habían cumplido parcialmente su cometido de erosionar la imagen de Lucho, vieron la oportunidad codiciada para saltar al tinglado en calidad de salvaguardas de la castidad. Al día siguiente de este incidente citaron a toda la dirección de las MPVA a una reunión de carácter urgente. La moral guerrillera campesina, tiene como guía en una mano, las moralejas y los ejemplos de los ascetas revolucionarios como Camilo Torres, el Che, y en la otra mano la apología de los santos y el catecismo del padre Astete. Ambos son usados, según el caso.

La moral de los pobladores de los barrios populares también es un producto híbrido. En ocasiones evoca al Islam con sus paradojas, donde el adulterio es la peor afrenta contra Alá, mientras el asesinato como acto de desagravio es perfectamente convalidado. En ocasiones esta moral tiene visos de plutocracia, no se le perdona al descalzo haber robado unos zapatos pero se rodea al bandido audaz exitoso, con un halo de leyenda y respeto.

Lucho relata, grosso modo, el desarrollo de esta reunión:

De entrada Alberto y Marleny sacaron los trapos al sol. Salió a relucir lo de los tragos que me tomé en la fiesta y una nueva

versión sobre mi accidente con el arma: que yo como un John Wayne salido de una película de vaqueros había salido de la fiesta haciendo tiros al aire. El ambiente de la reunión se fue viciando minuto a minuto, convirtiéndose en un juicio a toda mi vida personal pasada. Dijeron que yo era un parrandero, mujeriego, sin vergüenza incorregible; acusaciones de grueso calibre. Como si gustar de las mujeres bonitas, de la idiosincrasia del pueblo que es tropical, fuera contrarrevolucionario.

Yo por mi parte señalé a mis acusadores de estar jugando a la doble moral, como sostener relaciones afectivas y sexuales tripartitas con compañeros y compañeras de la misma organización, algo que yo no hice, ni haría. Para zanjar esta acalorada discusión sobre alta moral propuse que se conformara una comisión evaluadora sobre los hechos que se me imputaban. Allí participarían un delegado de mis acusadores, un líder natural del barrio, una de las abuelas que asistió a la fiesta y, por supuesto, yo. La mayoría de miembros de la comisión haría una recomendación final: si uno los líderes de las milicias se emparranda no deberían hacerlo todos al mismo tiempo, los otros deber asumir el mando y hacerse cargo de la seguridad personal del ebrio.

A pesar de los resultados y recomendaciones de esta comisión evaluadora, los dirigentes del ELN tomarían como criterio de veracidad, la voz de la envidia y las intrigas fraguadas por mis contradictores que vinieron a recoger lo que no habían sembrado y prestaron oídos sordos a mi abnegado trabajo, a todos las propuestas y proyectos que yo había levantado en Villa del Socorro.

Como un acto de retaliación fui removido fulminantemente de mi cargo como jefe máximo de las MPVA sin haber escuchado los descargos como era la norma con cualquier compañero en una situación similar. Se me trasladó al sector del bosque y Moravia.

Como buen soldado empaqué mi ropa y me fui para Moravia a partir de cero, sin mayores recursos económicos, bélicos, ni logísticos, dejando atrás, en la llamada zona central de Villa del Socorro y Andalucía, a los compañeros de más experiencia militar. Muy pocos estuvieron dispuestos a correr el riesgo de dejar su tranquilidad y sus novias en un barrio donde prácticamente la delincuencia había sido reducida a la impotencia, para venirse a esta nueva zona infestada de bandas.

Al problema de las bandas se sumaba el de la insalubridad. En las noches, cuando dormíamos en las casas de los colaboradores, con una mano empuñábamos nuestra arma y con la otra espantábamos los zancudos y bichos que aún rondaban por el viejo basurero. Los olores que desprendía el río Medellín, también hacían difícil la vida allí.

La pelea no la dimos sólo en el terreno militar. A los pocos meses ya habíamos reconstruido las dos acciones comunales, la de Moravia y el Bosque, cuyos líderes habían tenido que abandonar el barrio presionados por las bandas. También creamos varios grupos e impulsamos actividades recreativas y culturales.

3

Luego de haber coronado con éxito la primera parte de su plan: “cortarle las alas a Lucho”, Marleny y Alberto dieron el siguiente paso. Marleny se hizo cargo de visitar a los viejos camaradas del ELN para convencerlos de que ellos eran los más idóneos para tomar las riendas de la organización: discretos, amantes de la vida familiar, poco amigos de exhibirse en eventos sociales, con fobia por las cámaras y los flash, aclimatados a la vida monacal de la guerrilla en el campo. Sin mayores problemas convencieron a los altos mandos del ELN para que les entregaran las credenciales y los votos de confianza. Así se hicieron al control de los resortes más poderosos de la organización miliciana. Alberto se apropió del área de finanzas, los

aportes del comercio, el transporte y algunos vecinos para preservar la seguridad del barrio. Y bajo la discrecionalidad de la clandestinidad, organizaron a espaldas de los jefes guerrilleros una bien aceitada industria del crimen, especialmente del secuestro, mimetizado bajo la fachada de una de sus funciones: la compra de armamento y munición. Así lograron acercarse a oscuros personajes del hampa, miembros de los llamados “combos” (conformado por ex militantes de izquierda dedicados a la delincuencia organizada), policías corruptos y miembros del narcotráfico, sin despertar las sospechas de sus jefes y compañeros inmediatos.

La base miliciana era aun más fácil de engañar. Jóvenes reclutados con ligereza a los que los dirigentes del ELN, bajo el espejismo de vivir una comuna de París prerevolucionaria en los barrios de Medellín, ya habían condicionado a responder a estímulos pavlovianos: gratificaciones económicas, ofrecimientos de carreras efímeras aunque coronadas por la gloria y el respeto de sus vecinos. ¿qué más puede pedir un proxeneta del delito?

Las técnicas de los manuales de seguridad de la guerrilla tenían aquí su nuevo significado: desinformar, contrainformar, distorsionar según la conveniencia.

Un día, Alberto fue sorprendido por sus jefes en la negación de un secuestro. Su respuesta fue que esperaba que maduraran más las cosas para informar a la organización. En el secuestro se cobraron 100 millones, sólo reporto 30 a su organización.

En otra ocasión les ordenaron a dos jóvenes de la base miliciana que ejecutaran a un viejo que traían atado de pies y manos en un carro. La explicación es que era un peligroso paramilitar que habían capturado. La realidad era otra, era la víctima de un secuestro cuya familia no pagó rescate. Alberto había llegado al extremo de secuestrar pequeños y medianos comerciantes por dos o tres millones de pesos, lo que vale una tienda en un barrio popular.

En una ocasión un compañero los sorprendió en otra interrogación de un secuestro el cual guardó un cómplice silencio.

La capacidad gerencial de Alberto para esas retorcidas empresas era menos que sorprendente. No se necesitaba la contundencia discursiva de un Demóstenes para convencer a una familia campesina de alguna zona de influencia guerrillera, para que esta se ofreciera a custodiar a alguien que era llevado en calidad de “viejo enemigo de la organización sobre el que hay que hacer unas averiguaciones antes de resolver su caso”.

Por su parte los barrios populares donde las milicias ya ejercían algún control territorial eran terrenos privilegiados para una de las etapas más delicadas del cobro del rescate, donde el grupo que actúa se hace más vulnerable a la acción de los diferentes grupos especializados de los organismos de seguridad.

En estos barrios populares todos eran “ojos y oídos al servicio de las milicias”. También existían otros atractivos: los estafetas listos a llevar información, sistemas de escaneo para detectar las comunicaciones de la policía, radios walkie-talkie de dos metros instalados en terrazas estratégicas, la criptografía para dar mensajes telefónicos que pasaran desapercibidos y que las familias de más confianza manejaba: un joven portando una cachucha en cierta posición, una camisa roja en una ventana. Todo hacía parte de ese minucioso alfabeto de códigos y señales de comunicación que la milicia y la comunidad habían diseñado especialmente en los años de las masacres de la fuerza élite.

Nunca se imaginó la comunidad y la base miliciana que toda esa iniciativa al servicio de su autodefensa estaba siendo utilizada por gente inescrupulosa como Alberto para enriquecerse a expensas de una de las actividades más denigrantes: el secuestro.

Marleny, a su turno, asumiría otra de las funciones vitales en dicha organización miliciana: la jefatura militar. Controlando el

presupuesto asignado para cubrir la nómina de la base miliciana y dotando a sus más leales subalternos con las mejores armas, logró cautivar otra pequeña clientela. Marleny y Alberto eran sin lugar a dudas la pareja perfecta.

Esta lucha enfermiza por la figuración y el poder en que se vieron atrapados algunos dirigentes de esta organización no es un comportamiento sui generis de las organizaciones clandestinas. Este fenómeno se ha anclado en todos los estamentos de la sociedad, un mal para el que un periodista ha sugerido un nombre muy apropiado: "síndrome del tino". El que condujo a la caída de la selección Colombia en el mundial de fútbol de Estados Unidos por las enconadas rivalidades entre los miembros del equipo; el que llevó al ex campeón del mundo del boxeo, Pambelé, a los excesos del alcohol y la droga; y al Huracán Palacios a la ruta suicida del sida. El síndrome del tino es sucedáneo del síndrome del traqueteo, que lleva al que tiene un poco de poder a deshacerse de sus opositores haciendo constantes y sonantes las monedas del plomo.

Estos dos síndromes tienen sin embargo la misma trayectoria: el paso de un estado de carencias y privaciones, al estado alucinado del derroche y el poder, un salto mortal al vacío sin paracaídas.

Para algunos de los viejos guerrilleros de la milicia el paso de la vida franciscana y anónima a la de estrella de ese fugaz firmamento, fue un despeñadero.

4

Antes de la llegada de las milicias, la escena de la comuna nororiental era dominada por pequeños núcleos de autodefensa que alternaban la protección de su terruño con actividades delictivas fuera de su barrio.

El sentido común de los dirigentes milicianos indicaba que eran más las cosas que se compartían con estos grupos, que las que

causaban rivalidad. Lo más importante era que para ambos los chichipatos eran los más despreciables delincuentes. Además estos núcleos de autodefensas gozaban de la abierta simpatía en sus vecindarios. Por último, los pragmáticos dirigentes milicianos veían en estos grupos a combatientes en crisálida: reunían una buena experiencia en el uso de las armas y en la vida conspirativa difícil de encontrar en otros núcleos de jóvenes. Quizás agrupados en otras asociaciones, con ideas de cambio social y de bienestar para sus barrios pero completamente lejos de la rudeza de la guerra, podrán convertirse en verdaderos revolucionarios.

De estos núcleos de autodefensa los mayores eran uno llamado la 49 que operaba en Andalucía y el de la 45 en Villa del Socorro. Mientras más arreciaban las disputas entre los dirigentes milicianos, más flojas se iban haciendo sus ataduras con la estructura de la organización.

La 49 fue el primer grupo en volver a sus andanzas y buscar a sus viejos patrones. Avezados en la brega de la piratería terrestre, con nostalgia encontraron que ya les habían conseguido reemplazo. Este grupo no desfalleció y se metió en otros filones delincuenciales: robo de carros, motos, asaltos a almacenes de electrodomésticos y joyerías del centro. El grupo de la 45 sigue sus mismos pasos.

Los dirigentes milicianos lograron reaccionar momentáneamente, hicieron un alto en sus querellas y tomaron algunas medidas. Les quitaron su apoyo económico y sus armas, así como el aval que les habían dado para operar a nombre de las milicias.

No todos los milicianos que se torcían en el camino contaban con la suerte de una feliz separación de la organización. Los que trabajaban a título individual y se vincularon sin respaldo de sus padrinos, quedaron a merced de la ley del talión miliciano. Esa justicia que sólo había sido ensayada contra los delincuentes del barrio, empezó a tocar las puertas de la propia organización.

Edison era un joven de pocas palabras. Su poca fluidez verbal en un barrio donde todo el mundo habla y vocifera, lo hizo retirar temprano de sus estudios. La única escuela para niños que necesitaba un aprendizaje especial era la calle, si en la escuela sus palabras se podían contar en un ábaco, en las milicias sus frases se reducían a monosílabos. En una organización que no es deliberante, como en cualquier institución, esto resulta más una virtud a la obediencia que causa de malestar o preocupación.

Había llegado a la comuna nororiental a los seis años, para vivir en la casa de su hermano mayor, pues sus padres habían muerto por la violencia en una zona campesina de Antioquia. Cuando ingresó a las milicias, no había cumplido ni los 18 años. Como era un joven sin antecedentes de pertenecer a ningún grupo delincencial, un muchacho servicial que le hacía los mandados a los vecinos, la gente de su cuadra lo recomendó para que hiciera parte de las milicias.

La milicia estaba estructurada por niveles según el tiempo de vinculación y el grado de confianza del miliciano. La cutícula, la parte más externa de esta estructura, la formaban los colaboradores encargados de reunir información sobre los delincuentes, transportar las armas, conseguir casas para las reuniones y otras tareas. De esta manera se iban adentrando al tercer y segundo nivel, recibiendo mayor instrucción política y militar, y asumiendo tareas grandes, en una tenaza de compromisos que se iba cerrando mientras más responsabilidad era depositada en el miliciano.

Edison hacía parte de este primer nivel: jóvenes que con la mejor experiencia militar y la plena confianza de sus jefes podían desplazarse por orientación de su organización a cumplir tareas por fuera o por dentro del perímetro de su barrio. Cada uno de los miembros de la milicia podía conservar todo el tiempo un arma de dotación y recibía un aporte económico mensual, entre otros beneficios.

De este primer nivel era muy difícil salirse, pues era improbable que la organización accediera a aceptar la renuncia de uno de estos milicianos, y sus viejos enemigos de las bandas adentro o afuera del barrio lo esperarían como una fauce abierta tomando ventaja de su nuevo estado de indefensión. Edison se había ganado el puesto de responsable de escuadras por varias razones: fue uno de los primeros milicianos en ser reclutado, si bien en las sesiones de estudio político o entrenamiento militar no era lo que podía llamar el niño genio de la clase, era uno de los primeros en llegar, diez o quince minutos antes de lo estipulado.

Lo más importante para sus jefes era la disponibilidad. Edison se proponía como voluntario para encabezar la línea de fuego cuando las milicias atacaban algún objetivo; nunca se retiraba antes de que el comandante de la acción lo ordenara. Solía decir que las milicias eran su única familia y que no podía decepcionarlas.

Pero después de dos años en la organización, su comportamiento empezó a cambiar repentinamente. Sus ausencias en las reuniones de estudio se hicieron cada vez más frecuentes.

En materia de gustos cinematográficos, Edison prefería ir a una video tienda del barrio -en este barrio no hay una sola biblioteca popular pero hay tres de esos negocios-, se acercaba al estante de películas pornográficas y se llevaba dos o tres. El administrador no le cobraba y algún vecino le prestaba un vhs o un beta y Edison se encerraba días enteros en la pieza de su casa saliendo sólo a comprar un pan o una gaseosa a la esquina.

Cuando finalmente salía a darse un vueltón por el barrio, con un librito de comics en la mano, su mirada estaba rara, quieta en algún lugar del horizonte. Cuando volvió a encontrarse con sus compañeros de organización, no quedaba nada de sus modales blandos de antes. Las palabras empezaron a dispararse de su boca como un viejo "trabuco" al que le han puesto el mecanismo de una "tartamuda" (ametralladora).

Almorzar al lado de Edison era un verdadero sacrificio. En ocasiones cogía con sus manos los alimentos y empezaba a hacer desagradables comparaciones de éstos con las víseras sanguinolentas de sus enemigos, las que esperaba colgar en un árbol de navidad este diciembre, según sus palabras. En varias ocasiones Edison fue sorprendido por sus compañeros haciendo disparos al aire con su arma de dotación, desde la terraza de su casa.

Los dirigentes milicianos eran conscientes de que alguna termita estaba carcomiendo al cerebro de Edison, pero no prestaron mayor atención al caso. Consultar a un siquiatra siempre estaba fuera de toda consideración. Por eso gente del barrio con trastornos mentales que caían en alguna conducta antisocial era eliminada. "En tiempo de guerra no se oye misa", era todo lo que decían.

Si a algún miliciano se le fundía una neurona, era imposible ver a un siquiatra. Frente al comportamiento anormal de Edison, Marleny y Alberto, que estaban al mando de la situación en Villa del Socorro, cerraban la discusión diciendo: son sólo algunas de las presiones a las que ha estado sometido. Eso le pasará como nos ha pasado a todos.

Como era de esperarse, ni siquiera tomaron una medida disciplinaria que mantuviera por un tiempo a Edison fuera de este ambiente que enfermaba su mente. Y su estado empeoró.

La hermana de Edison sostenía relaciones homosexuales con una amiga, relación que había mantenido en la mayor de las privacidades. Para toda la gente del barrio eran sólo dos niñas de colegio que salían los fines de semana a hacer deporte fuera del barrio, pues ahí no había ni una placa deportiva. Las lenguas del barrio no habían saboreado la colombina de ese escándalo.

Una mañana las dos amigas tuvieron un altercado en la vía pública, una de ellas iracunda le recriminaba a la otra por haberse conseguido un novio, una discusión que dejaba traslucir el telón pasional de las jovencitas.

Y así en un momento de ira, todo el vecindario se enteró del secreto guardado con celo por varios años.

Esa misma tarde un joven que cubría su rostro con un pasamontañas sacó a empellones de su casa a la amiga de la hermana de Edison, y la condujo a un matorral donde la atravesó con una estaca. Su cuerpo crucificado quedó tendido allí, como si hubiera hecho parte del ritual vengador de una tribu mohicana.

Ni en los momentos críticos de la acción de la bandas delincuenciales la comunidad había presenciado un crimen de esa naturaleza.

La gente se preguntaba cómo algo así podía ocurrir en las propias narices de las milicias.

Las milicias organizaron una comisión para investigar el caso. Una vecina, que lavaba ropa en un solar en el momento de los hechos, señaló a Edison como el joven del pasamontañas; versión que después confirmaría él mismo. Edison fue trasladado a otra zona de trabajo y una semana después, invitado a una escuela de entrenamiento militar en una zona rural de influencia elena. Quienes estuvieron allí sólo recuerdan haberlo visto salir del campamento en compañía de una comisión guerrillera, a los minutos se escucharon varias detonaciones y luego la noticia que Edison se había suicidado; sólo que al fusil que portaba a su llegada del campamento le habían extraído la aguja percutora. Esa es una de las formas más piadosas de ejecución en la guerrilla: sin cuerpo, sin testigos, sin sufrimiento.

5

Desde el 10 de octubre de 1992 y durante varios días, el parque de Bolívar, el más tradicional del centro de Medellín, vería alterado su tradicional rutina. No había ni rastro de los personajes que a diario el lugar, ni de la banda los "melones" conformada por muchachos expulsados de los barrios de la comuna nororiental que merodeaban

por el parque buscando desplumar a los desprevenidos peatones. Tampoco se escuchaba el pregón de los dementes ya pintorescos del parque: Jeremías que durante todo el día predica versículos completos de la Biblia y Fidel, que recita de memoria párrafos enteros de los discursos de Fidel Castro, aprendidos en radio de dos bandas en los que sintoniza radio Habana Cuba. Las palomas, quizás los huéspedes más viejos del parque también se habían ido en desbandada.

Solo unos pocos mendigos y gamines permanecieron para presenciar el espectáculo de sus nuevos visitantes. Bajo una inmensa carpa cuyos mástiles colgaban de las puertas de la catedral metropolitana, estaban reunidos campesinos, indígenas y jóvenes que, por su vestimenta: tenis nike hechizos, bermudas con motivos de flores en colores fosforescentes y cachucha, llevaban la marquilla de fábrica de los barrios populares de Medellín.

Al frente de lo que parecía una verbena de pueblo había una improvisada tarima donde alternaban conjuntos de música latinoamericana, chirimías y breves performaces de teatro, interrumpidos periódicamente por el maestro de ceremonias quien, en un tono iracundo e incendiario, despotricaba contra la que consideraba celebración burguesa del quinto aniversario del descubrimiento de América.

Nadie se imaginaba, sin embargo, que por esa folclórica e histriónica conmemoración y los singulares actos detrás de esta, la historia de las milicias del Valle de Aburrá se partiría.

Lucho recuerda:

Con un mes de anterioridad a la celebración de los 500 años del descubrimiento de América, el 12 de Octubre de 1992, los dirigentes de las CGSB nos llegaron con la propuesta de armar una gesta insurreccional en los barrios populares alrededor de ésta celebración. La ofensiva, que ellos llamaban El vuelo del

águila, consistía en dos partes, una que llamaban la intervención de la vanguardia y otra que llamaban de masas. La primera consistía en dinamitar unas 20 entidades bancarias en el centro de la ciudad y realizar varios ataques contra la fuerza pública. El principal objetivo era atacar con rockets y fuego de fusilería la base militar ubicada en Aranjuez, la más grande en la comuna nororiental y que alberga cerca de 500 soldados profesionales. La zona que los atacantes proponían como retaguardia para garantizar su retirada era Moravia, por su cercanía. Esta, por supuesto, era una tarea suicida, por la magnitud de la fuerza militar concentrada allí. En la segunda parte proponían tapizar de tachuelas las calles principales de la comuna nororiental para paralizar el transporte, así como algunas marchas con los pobladores.

Como en la ciudad de Medellín las milicias sobrepasaban en número y experiencia militar a las filas de la guerrilla urbana de la CGSB, sus dirigentes proponían que las milicias llevaran todo el peso de esa campaña.

Mi respuesta, en la que me respaldaron los dirigentes milicianos de Moravia, era que si bien en la comuna nororiental existían las llamadas condiciones objetivas, es decir, los pobladores atravesaban por una situación económica apremiante; no existían las subjetivas, es decir, la conciencia de la población no estaba preparada para lo que significaba una insurrección y mucho menos para emprender ofensivas de ese tamaño.

De todas las zonas donde el ELN tenía algunas influencia sobre las milicias Moravia era la más organizada, sin embargo, aquí sólo existían unos pocos grupos realmente preparados militarmente,, los denominados ADR (autodefensas revolucionarias) que sólo disponían de 10 changones calibre 12 de un tiro a los que les decimos mata patos; sólo unas 27 familias nos inspiraban una total confianza y un real respaldo para

arriesgar su pellejo en tareas como la que los dirigentes de la CGSB proponían.

Aparte de esto teníamos dos grandes objeciones a esta propuesta: entachuelar los barrios populares de la comuna nororiental equivalía a poner muchas familias a aguantar hambre. Mucha gente del barrio se reúne para comprar un carro colectivo del cual derivan su sustento, fuera de la gente que se gana la vida chiviando (ayudantes, conductores). Además, decirle a la gente que labora en las empresas de Medellín y vive en el barrio que dejen de asistir a sus puestos de trabajo les implicaría que les dedujeran una semana de salario o en el peor de los casos ser despedidos.

La razón más contundente de nuestra parte para oponernos a dicha tarea era que ni las milicias ni la comunidad estaban preparadas para soportar la arremetida de los organismos de seguridad del gobierno, después de este tipo de actividades.

Para que los dirigentes de la CGSB no nos acusaran de escurrirle el bulto a la guerra o nos tildaran de esquirolas, les hicimos una contrapropuesta para salvar este impase.

Les propusimos que los militantes a los que el ELN les pagaba un salario -que sólo venían de vez en cuando a hacer turismo revolucionario a los barrios populares, pero que casi siempre vivían en barrios de clase media y estudiaban en la universidad- vinieran a barrios como Moravia y se pusiera al frente de la campaña que ellos llamaban vuelo del águila, para que coordinaran personalmente las actividades de sabotaje, explicándole de paso a la gente en que consistía su propuesta. Y que no se marcharan del barrio apenas pasaran los juegos pirotécnicos, sino que permanecieran por varios días organizando las tareas de defensa con la población, cuando los organismos paramilitares o la fuerza pública vinieran a cometer masacres.

Frente a la campaña de entachuelamiento proponíamos que en lugar de hacerla en nuestros barrios populares causando perjuicio a los pobladores, la hiciéramos mejor en el poblado o Laureles donde viven los ricos de Medellín. Las familias de allá no iban a aguantar hambre si sus vehículos resultaban averiados o destruidos.

Aunque el compañero responsable en ese momento de la dirección nacional del ELN nos dio la razón, luego de hacer las consultas de rigor regresó al barrio y nos dijo simplemente que la cúpula de ésta organización guerrillera había tomado una decisión por mayoría: si las milicias no ejecutaban las tareas tal y cual estaban planeadas, ellos le quitarían el apoyo económico a las milicias, se llevarían las armas que les pertenecían y sólo seguirían apoyando las milicias a condición de nombrar un representante distinto a Lucho’.

Ese chantaje que nos hacían los dirigentes del ELN fue la gota que derramó el vaso. Desde ese punto y hora las MPVA ya no tenían nada que ver con el ELN.

El ELN, con otros pequeños grupos milicianos que los respaldaban en la comuna noroccidental llamados América Libre, y dos pequeños grupos que aun le eran leales en la comuna nororiental, se reagruparían en una nueva organización miliciana llamada BPR (Brigadas de Resistencia Popular), luego de lanzar un comunicado anunciando llanamente que la nueva organización miliciana no comparte el estilo promovido por los dirigentes de las MPVA.

Milicianos de la nueva organización (BPR) y las MPVA, jóvenes amarrados a sus pequeños terruños, atrapados en roces e intrigas domésticas, veían el momento propicio para hacer estallar una pequeña guerra. Una quebrada que dividía los dos barrios donde operaban ambas organizaciones era ahora llamada el muro de Berlín. Desde un lado a otro eran frecuentes los intercambios de disparos y, como en la guerras modernas, gentes de ambos barrios cayeron

silenciosamente bajo las miras telescópicas, los silenciadores y, en ocasiones, las luciérnagas rojas de las miras láser, que ahogaban el traqueteo de las armas pero no de las víctimas que cayeron en ésta nueva guerra fratricida.

Las milicias que hace menos de dos años habían traído la paz a estos barrios derrotando a las bandas, habían inventado una nueva guerra: la guerra de las milicias por conquistar territorios.

Lucho recuerda:

A los pocos días de oficializar nuestra división concertamos una reunión con los dirigentes nacionales del ELN y nos comprometimos para hacer nuestro mejor esfuerzo de tratar con discreción nuestras diferencias ante la opinión pública, frenar esas guerras inútiles que sólo deterioraban la imagen de las milicias ante la comunidad y mantener al máximo posible una relación fraternal.

A los pocos días, aprovechando que los miembros del ELN podían transitar libremente por las zonas de influencia de las MPVA y hablar abiertamente con los líderes comunitarios del barrio o miembros de nuestra organización miliciana, empezó un trabajo encubierto. A compañeros de nuestra organización empezaron a llegar coqueteos para que se unieran a las filas de la guerrilla, les decían que las milicias no tenían futuro ni patrocinio, que la CGSB sí era una organización nacional y sí tenía agallas para aspirar al poder en Colombia.

No faltaron incluso otras preguntas más directas: que si Lucho realmente tenía relaciones con el cartel de Medellín. Incluso uno de estos militantes del ELN que había estado con algunos milicianos en una escuela de entrenamiento militar en el campo, valiéndose de la camaradería que había ganado con algunos de ellos les preguntó: ¿Bueno y si a Lucho llega a pasarle algo grave ustedes con quién seguirán trabajando?

No creo que la gente del ELN estuviera midiendo mi popularidad en los barrios populares, lo que realmente estaban fraguando era mi asesinato.

Nuevamente cite a los dirigentes con los que había hablado en la primera reunión, les recordaba que de mi parte había mantenido en firme mi palabra, ellos unánimemente recordaron que yo había sido un dirigente sindical destacado al servicio del ELN, que no habían quedado dudas sobre la transparencia en la partición de los recursos bélicos, luego de la escisión. Ellos remataron asegurándome que “esos rumores recaían enteramente sobre individuos o militantes irresponsables, que la posición oficial del ELN a nivel regional y nacional es la de mantener la relación en los términos en que se había pactado en la primera reunión”. Conociendo personalmente la trayectoria las calidades y la seriedad de los dirigentes con que me entreviste di por cerrado este capítulo de disputas con el ELN.

Desde el mismo momento en que Lucho fue removido de su cargo como dirigente máximo de las milicias en Villa del Socorro, las relaciones con el ELN no habían tenido la misma cortesía.

A medida que pasaba el tiempo la relación con CGSB era como una piedra causando ampollas dentro de su zapato. En Moravia, Lucho contaba con un grupo bien organizado, bien armado y con alguna solidez económica. Mantenía sus relaciones con la CGSB no por convicción sino por conveniencia. La guerrilla disponía de zonas campesinas para realizar tranquilamente entrenamiento militar, económicamente era una inyección más y le brindaba la posibilidad a Lucho de tener una proyección nacional y regional para encabezar en un momento propicio las milicias.

Lucho no desaprovechaba oportunidad para enrostrarles a los dirigentes del ELN su ineptitud. Acusaba a sus dirigentes de llevar al fracaso el movimiento cívico que las milicias habían acompañado en las elecciones:

...los dirigentes del ELN por su esclerosis política no apoyaron el movimiento, siguiendo fórmulas abstencionistas en desuso en el mundo entero. Además, algunos dirigentes manejaban una doble moral al respecto, acogían con aparente beneplácito las propuestas de ir a elecciones, pero después concitaban el privado a la gente a no votar, a no hacerle el juego a los politiqueros.

En las declaraciones públicas que Lucho continuaba dando a la prensa hablada y escrita, tampoco faltaban los contrapunteos: *“las milicias en dos años han crecido en las ciudades a un ritmo que la CGSB no ha alcanzado en 25 años.... el pasado diciembre recibimos una comitiva de la CGSB donde nos pedían que les enseñáramos nuestros métodos para trabajar en la ciudad”.*

Con frecuencia, Lucho creaba una atmósfera desfavorable hacia los enviados del ELN que venían a ejercer tareas de fiscalización sobre las milicias. En ocasiones se refería a ellos como: *“N.N. o intelectuales de laboratorio que vienen a barrios populares a ganar reconocimiento social que no han podido ganar con sus compañeros de estudio, pero aquí no saben ni como dirigirse a los dirigentes comunales”.*

Sería finalmente el manejo financiero y de las armas, el que profundizaría más la brecha entre la guerrilla y la organización miliciana.

Los dirigentes del ELN pasaban semanas enteras sin asomar su cabeza por aquí, sólo llegaban a prestar las armas conseguidas por nuestra organización bajo el pretexto de necesitarlas urgentemente para ejecutar una campaña militar en otro barrio o fuera de Medellín; armas que nunca regresaban a nuestros barrios. Con las finanzas pasaba lo mismo. Cuando empezó la detención en masa de milicianos, sus familias y vecinos del barrio tomamos la decisión de conseguir recursos propios pues el soborno al oficial de turno que comandaba el operativo de la policía o el ejército era la única fórmula para liberar a nuestros compañeros de la cárcel. Como no podíamos darnos el lujo de

esperar las semanas que tardaban en llegar los emisarios del ELN, decidimos acometer nuestras propias tareas de finanzas, casi siempre asaltando compañías de valores de bancos. El ELN nos dio autorización para esto. Al momento de enviar sus emisarios a reclamar descaradamente la mitad del dinero recuperado, ya no se demoraban las semanas de antes, en cuestión de horas o minutos ya estaban con calculadoras en mano para hacer su porcentaje.



CAPÍTULO VI

Movimiento cívico

En un amplio reportaje concedido por las MPVA en 1991 y publicado por el El Colombiano, las hasta entonces enigmáticas milicias sorprendieron a Medellín con el anuncio de que participarían en la actividad política legal.

En diciembre de este mismo año, en una escuela del barrio Villa del Socorro, se dieron cita cerca de 100 organizaciones cívicas provenientes de la comuna nororiental y representativas de los sectores más disímiles: grupos juveniles, asociaciones femeninas, microempresas, trabajadores de las unidades públicas de salud, organizaciones no gubernamentales, dirigentes de partidos de izquierda como la Unión Patriótica.

De afuera también habían llegado algunos sindicatos, delegados de organizaciones indígenas y dirigentes de los partidos políticos tradicionales. En este caso las elecciones para el concejo y la alcaldía de Medellín, así como la Cámara y el Senado, que se realizarían en marzo de 1992, eran la meta.

Los asistentes más destacados por su numerosa comitiva fueron los de los barrios de invasión conocidos como el Limbo, que meses atrás se habían declarado en rebelión contra las Empresas Públicas de Medellín.

Los barrios que conforman el cordón del limbo son polos lejanos, coronados por una nieve amarillenta y quebradiza, que a su vez forman iglúes de barro que se erosionan con las lluvias.

Antes de que sus habitantes derramaran la primera capa de gravilla para construir los caminos vecinales, ya los piquetes de trabajadores de las Empresas Públicas instalaban los tubos de pvc que irrigan de agua potable hasta el más remoto rancho, en medio de algún fangoso potrero. Así mismo ya habían tendido el entramado de cable para que funcionaran las líneas telefónicas domiciliarias y los teléfonos públicos. No en vano las Empresas Públicas se habían ganado el reconocimiento como la cuarta empresa más grande del país, la empresa de servicios públicos más eficiente de América latina y, por supuesto, la más rentable. Con casi dos billones de patrimonio en 1994, sus utilidades alcanzaron casi el medio billón para este año.

Detrás de esas cifras, de sus conquistas tecnológicas, y de ostentar el título de ser pionera en eficiencia y en haber implementado los principios de la calidad total, se esconden inexorables leyes de la plutocracia.

Los habitantes de barrios marginados como El Limbo, que son lo que el ex presidente Barco llamaba pobres absolutos, tenían que echar mensualmente una moneda al aire: cara y mercaban, sello y cancelaban las facturas de los servicios públicos.

Aunque los barrios marginados estaban catalogados como estrato 1 y 2, estaban obligados a pagar prácticamente las mismas tarifas de los barrios aristocráticos, como el Poblado o los Laureles que figuraban como 5 y 6.

Los asistentes a esta reunión tomaron dos decisiones: la primera era abrazar la causa de los habitantes del Limbo oponiéndose firmemente a que se pagaran la cuentas de las Empresas Públicas, hasta que esta empresa reformara su estructura tarifaria. La segunda

era lanzar una lista única a las elecciones para las corporaciones públicas. Para el concejo de Medellín se propusieron a los líderes que habían encabezado el movimiento cívico en El Limbo.

Para algunos dirigentes milicianos esta propuesta cayó como maná del cielo. Ese era el momento que habían venido esperando para poner en práctica sus ideas de lanzarse a la actividad política legal de la ciudad. Estaban convencidos que si no se le daba un segundo aire a la milicia, ésta terminaría asfixiándose en ese oscuro callejón sin salida de sus guerras: pobres matando pobres.

Cuando las milicias realizaron las primeras visitas a gentes de la comunidad, su abanico de propuestas políticas y sociales apenas dejaban sentir su viento. A los que consideraban sus enemigos fundamentales, las bandas, les pusieron las cosas en blanco y negro: hacían una conversión de vida o se iban del barrio junto con su familia para siempre. De lo contrario: plomo.

El acercamiento de las milicias a las organizaciones cívicas y populares de estos barrios fue en los mismos términos de la infalible fórmula siciliana: aquellos dirigentes comunales que la población señalara como corruptos se les invitaba a dimitir de sus cargos o se expondrían a recibir la mano de hierro de la justicia miliciana. A los dirigentes que la comunidad señalara como honestos e idóneos, se les asignarían cargos estratégicos de la administración local.

El contenido de esta campaña moralizadora estaba expresado con claridad en un boletín emitido por la organización miliciana por entonces.

“Toda persona a la que se le compruebe el manejo dudoso de los recursos públicos en la comunidad, malversación de fondos, peculado, chanchullos y serruchos será condenado a la pena de muerte, previa investigación y comprobación de tales denuncias públicas hechas por la comunidad²⁵”.

²⁵ Boletín El Miliciano, enero de 1991.

El corruptómetro, réplica de los consejos revolucionarios instalados durante la revolución francesa para juzgar a los rehenes de la toma de La Bastilla, fueron llamados cabildos populares; pero estaban igualmente inspirados por la ira de la turba que en cuestión de minutos condena a la picota pública a quienes considera esbirros y traidores.

Estos cabildos populares se organizaban de la siguiente manera:

Los jóvenes milicianos, puerta a puerta, citaban a los vecinos con media hora de anticipación; esto para no dar tiempo a una posible delación por parte de alguien. El cabildo tenía entonces en un lugar, previamente convenido: a la orilla de una cañada, en una cancha, en el atrio de una iglesia, donde se reunían hasta 500 personas.

Algunos de los líderes milicianos exhortaban a los presentes a denunciar a sus dirigentes corruptos. En ocasiones estos cabildos lograban deliberar sobre otros temas, por ejemplo qué propuestas tenía la comunidad para deshacerse de los expendios de droga; y en una ocasión se consultó a los vecinos sobre la validez de que las milicias participaran en la asamblea nacional constituyente. En el último de estos eventos se decidió no obstaculizar las campañas de los políticos para la campaña de 1992, y por el contrario, sacar el máximo provecho de las dádivas de los políticos en campaña.

Si bien estos cabildos fueron un instrumento para socializar los códigos milicianos, estaban muy lejos de ser llamados tribunas de democracia, no sólo por representar un pequeño segmento de los pobladores sino porque al final los jefes milicianos eran los que tomaban las decisiones.

La corrupción dibujada como un dionisio despilfarrador, debería estar acuñada en las monedas y escudos de los países latinoamericanos, y en Colombia, en alto relieve.

Cuando las milicias llegaron a los barrios populares de Medellín, en las acciones comunales, inspecciones, juntas populares,

corporaciones sociales, el método de apropiarse de los fondos públicos era frecuente.

Aunque la Asamblea Constituyente de 1991 declaró inconstitucional la ley de auxilios, convertida en botín de guerra de los directorios políticos en los barrios populares, esto no había logrado borrar la ambición de algunos líderes populares que había hecho de éste un sistema de vida y, como gorgojos del erario público, no dejaban ni el olor de las migajas de lo que el gobierno central dejaba caer sobre los pies de la comunidad de Medellín.

Bultos de cemento, arena, gravilla y muchos de los materiales entregados por las instituciones gubernamentales para realizar mejoras en los barrios populares, tenían como destino final el mejoramiento de las viviendas de estos líderes o para los depósitos de construcción de su propiedad.

A la sombra del terror de las bandas y la intimidación que éstas ejercían sobre la población, los líderes corruptos fueron los primeros en tomar ventaja de esa ley del silencio.

Un dirigente comunal de Villa del Socorro recuerda cómo funcionaba el barrio en 1990, antes de que llegaran las milicias:

En Villa del Socorro existía gente como Elkin Ramírez, que pertenecía, a un grupo político adscrito al directorio liberal. Este era considerado como el cacique de estos lados, administrando una pequeña pero bien organizada clientela, que incluía algunas organizaciones comunitarias, como los hogares comunitarios, donde los hijos de las personas de pocos recursos del barrio (todos) tenían alimentación y guardería, gracias a un auxilio estatal. Elkin Ramírez llegaba al extremo de desviar la minuta de víveres que enviaba el gobierno para mantenimiento de estos hogares con el fin de organizar un restaurante personal; allí los miembros de las bandas que le eran leales podían almorzar y

comer gratis, mientras los niños de los hogares aguantaban física hambre.

Las bandas pagaban el favor de varias maneras: amedrentado a los dirigentes populares que elevaran alguna denuncia contra sus actividades o en el peor de los casos, imponiéndole la venda del silencio eterno. Elkin Ramírez también servía de intermediario entre la delincuencia y la economía legal del barrio; compraba las máquinas de tejer y otras cosas que robaban las bandas en otros lugares de Medellín y montaba con ellas pequeñas empresas en los barrios populares. Así mataba dos pájaros de un sólo tiro: ponía a circular sus capitales aprovechando el bajo costo de la mano de obra en los barrios populares y, a su vez, tenía asegurada su clientela de votos.

Las milicias hicieron suyas la consigna de Afranio Parra, primer dirigente nacional de M19 en plantear y desarrollar las milicias urbanas en 1984: "las milicias deben garantizar que la comunidad entre por el umbral de una nueva era del cuarzo y la transparencia"

Esa entrada, como era de esperarse, también cubría su cuota de sangre en los barrios populares de la comuna nororiental.

A lo largo de 1991 y 1992 fue un período de elección de nuevas juntas de acción comunal (JAC), máximo órgano de decisión de los barrios populares. En estas nuevas JAC renació el espíritu de participación comunitaria que había estado dormido. Estas organizaciones renovaron sus cuadros directivos con gente joven. Las nuevas JAC citaron a rendición de cuentas a los viejos líderes que tenían cuentas pendientes por malos manejos. Algunos de éstos, sintiendo pasos de animal grande, pusieron sus cuentas en orden, otros se fueron del barrio y los más corruptos fueron pasados por las armas.

Las MPVA, en cumplimiento de sus promesas de saneamiento, asesinaron a la que fuera la presidente de la acción comunal del

barrio Andalucía, quien luego de ser removida de su cargo, apeló a las autoridades. Esa ola de ajusticiamientos también tocó las puertas de las milicias cuando Darío, un joven profesional al que las milicias le habían encomendado la tesorería de la acción comunal del barrio Villa del Socorro, fue ejecutado tras comprobársele la apropiación de dineros para su propio bolsillo.

2

La otra cara de los dirigentes populares que no se alinearon ni con los políticos corruptos ni con las fórmulas de las milicias, la ponía gente como "Moncho". Moncho, dirigente social y deportivo desde los doce años, había escogido su propio camino para enfrentar los problemas de barrio. Teniendo su carta de presentación como líder deportivo, llegaba a los jóvenes con problemas de drogadicción o vinculación a las bandas y organizaba programas deportivos y culturales, torneos de fútbol, intercambios deportivos con otros barrios, tardes culturales. Él hacía todo lo que estaba a su alcance para mantener a los jóvenes fuera de su rutina fatal, guerras entre bandas, delincuencia, droga y ocio.

En 1991, Moncho encontró una ventana que le abría espacio a sus ideas de convivencia: la consejera presidencial para Medellín, María Emma Mejía, y el alcalde Omar Flórez, diseñaron un plan de acción social (PAS). Este era el primer intento del gobierno, en décadas, de intervenir en los barrios populares con inversión y presencia estatal y no con la fuerza bruta de los organismos de seguridad.

Moncho, con una partida de dinero del PAS, organizó una microempresa de bloques de cemento para la construcción donde jóvenes ex drogadictos y ex pandilleros trabajaban al tiempo que se rehabilitaban, haciéndole una gambeta a lo que parecía un destino inevitable para los jóvenes: una carrera delictiva y seguramente caer algún día bajo las fórmulas sumarias de las milicias.

Moncho había sido el alma de los procesos de desmovilización de las bandas de Villa del Socorro y había logrado un pacto que servía de dique a futuros derramamientos de sangre en el barrio. Además, le había exigido a las milicias una prerrogativa para los jóvenes desmovilizados de las bandas: si algún problema se suscitaba entre los jóvenes que él orientaba, él en compañía de los jóvenes de la casa juvenil El Parche, resolverían el problema con sus propios métodos.

Apoyándose en algunos jóvenes sanos del barrio que hacían sus carreras en la universidad, había fundado la casa juvenil del Parche, donde también jóvenes ex pandilleros y ex drogadictos se organizaban en grupos de danza, de teatro y un grupo de prensa que desarrollaban sus actividades en toda la comuna nororiental.

Varios funcionarios del gobierno y políticos de oficio, conociendo las cualidades como líder que tenía Moncho, le habían ofrecido cargos públicos en el gobierno, puestos directivos en sus partidos e incluso algunos le habían ofrecido viajar al exterior y a otras ciudades del país para que difundiera esas cualidades de conciliador entre jóvenes. Pero Moncho no abandonó su barrio ni en los peores momentos. Vivía en un pequeño camarote en la tienda de su familia, que quedaba contiguo a la empresa de bloques, pues sabía que tenía que estar disponible las 24 horas del día.

Algunos líderes milicianos veían en Moncho una de las columnas en las que descansaba esa frágil paz que se vivía en el barrio. Para otros, lo que hacía Moncho era sospechoso. Como hombre pragmático, mantenía buenas relaciones con funcionarios del gobierno que le ayudaran a gestionar recursos para no dejar morir la cooperativa. Otros líderes milicianos sentían celos hacia las actividades de Moncho; creían que eliminar a los jóvenes de las bandas era la única solución al problema y veían en la pequeña parcela de paz que construía Moncho como una amenaza para su poder armado.

Moncho, que había mantenido siempre su independencia de las milicias y de cualquier propuesta que pusiera por delante el uso de la fuerza, se vio finalmente atrapado por los fuegos de la guerra.

Moncho vió con tristeza cómo el cerco se iba cerrando sobre él. Con las bandas del pasado en el barrio, fue fácil hablar. Al fin y al cabo los jóvenes de estas bandas habían crecido en los mismos vecindarios, arrastrando sobre las arrugadas arenas las bolitas de cristal, las tapas de coca cola rellenas con esperma de vela, y las rutas de la vuelta a Colombia dibujadas con tiza, o corriendo en las guerras libertadas que se jugaban en las calles. Luego, en la adolescencia, el fútbol y la esquina también habían creado sus lazos. Apelar al amor al barrio, al pasado y sus familias había funcionado para frenar los enfrenamientos entre bandas.

Con las milicias la cosa era a otro precio. Unos jefes comandando las acciones desde la distancia, enmascarando sus odios bajo la niebla de la retórica ideológica y en una megalomanía no negociable, se disputaban centímetro a centímetro los barrios populares.

La tercera vía que Moncho encontró para tratar de salvar los procesos de convivencia entre los jóvenes que él orientaba, los cuales habían abandonado sus pandillas, iba contra sus principios de no alinearse con propuestas armadas. Después de agotar un acercamiento con ambas fracciones de las milicias en guerra, Moncho quemó un último cartucho y buscó a las milicias Bolivarianas, orientadas por las FARC, para que intercedieran con el uso de la fuerza, si era necesario, para que los dirigentes de ambas fracciones en guerra frenaran su asedio a los líderes populares del barrio.

Esto fue lo que las grandes potencias mundiales, en los tiempos de la guerra fría llamaban "el equilibrio del terror". Ciertamente esta terapia de choque funcionó y el barrio pudo volver de nuevo a su cotidianidad.

Moncho fue asesinado el 16 de septiembre de 1994, fuera del barrio y lejos de los jóvenes por los que tanto batalló.

Varias organizaciones cívicas y populares de la zona centroriental, que en los 90 atravesaban por un cuadro de enfrentamientos entre bandas similar al vivido en la Comuna Nororiental al final de los 80, habían pedido la mediación de Moncho, para que iniciara un proceso similar al del barrio Villa del Socorro.

Al parecer, un agente vinculado a un organismo de seguridad del Estado, que le vendía armas a las bandas de ese sector, no muy interesado en que floreciera un proceso de paz, delató a Moncho como supuesto miembro de las Milicias Bolivarianas. Cuando Moncho acudía a una cita de mediación entre las bandas, le tendieron una trampa y fue acribillado por los sicarios que lo esperaban.

3

El Movimiento Cívico Independiente que había nacido en los barrios de las cimas y las laderas de la Comuna nororiental, rueda como una bola de nieve, en la medida que atraviesa los barrios de planicie de la comuna, nuevas gentes se suman a la propuesta de no pagar las facturas de Empresas Públicas.

Los comerciantes de la zona central de Manrique se unieron al movimiento. Barrio por barrio los trabajadores del sector energético de la ciudad realizaban foros explicando los vericuetos técnicos que le permitían a las Empresas Públicas ingeniárselas para que los pobres terminaran subsidiando a los ricos en esta materia.

La última semana de enero de 1991 se organizaron cerca de 20 fogatas comunitarias, donde los habitantes sacaron sus cuentas y avivaron con éstas las hogueras. Por su parte, la campaña de los candidatos cívicos no podía ir mejor: durante todo diciembre los jefes de campaña realizaron en los barrios del Limbo marranadas, pesebres, repartición de aguinaldos entre los niños y foros

explicando la propuesta del movimiento. Todas las organizaciones del barrio estaban comprometidas.

Los escenarios más grandes de la comuna nororiental: la cancha de fútbol del barrio Granizal, (donde en junio de 1994 se protocolizaría la desmovilización de la MPPP ante las autoridades del gobierno nacional y departamental), el Parque Gaitán en Manrique (que junto con el de Aranjuez son los parques más tradicionales de la comuna), se vieron colmados con actos públicos.

El Movimiento Cívico Independiente recibió la adhesión de otros movimientos y candidatos: los Cristianos Independientes, los indígenas agrupados en la OIA (Organización Indígena de Antioquia), organizaciones de minusválidos, etc.

Como es tradicional en el país, cuando se aproximan las elecciones el panorama de orden público se caldea. Esta vez la primera piedra la arrojó el entonces gerente de las Empresas Públicas, quien dijo: “los líderes del Movimiento Cívico y las milicias han quemado cerca de 40 carros y motos de la empresa y le han realizado atentados a los trabajadores para que no corten los servicios públicos”, afirmación que, por supuesto, carecía de veracidad pues en el seguimiento de prensa de esa época no existe registro de tales hechos, ni denuncia penal o investigación a los líderes de ese movimiento por esas acciones.

La respuesta inmediata luego de estas declaraciones fue la militarización de la comuna Nororiental y escolta militar para el personal de las Empresas Públicas que cumplía labores en la comuna. Igualmente habitantes de los barrios del Limbo denunciaron la incursión de hombres encapuchados, distintos a las milicias, que impidieron las reuniones políticas, amenazaron a los pobladores y preguntaron insistentemente por los candidatos de El Limbo al concejo.

De allí en adelante el cristo terminó de voltearse para el Movimiento Cívico. Varias fuerzas políticas le retiraron su adhesión: los indígenas, los cristianos y la dirección de las MPVA, excepto Lucho, decidieron seguir pregonando la abstención electoral a sólo una semana del día de elecciones.

La única esperanza que le quedaba al Movimiento Cívico era el trabajo de agitación y el compromiso que habían ofrecido algunas organizaciones cívicas de la comuna nororiental.

El día de la verdad finalmente llegó y las urnas dictaron su veredicto. Un fiasco electoral sin antecedentes: en la zona 1, donde están ubicados los barrios del Limbo, los votos fueron 212; y en la zona 2, donde está Villa del Socorro los votos fueron 58.

Para el Movimiento Cívico algo mitigaba su desconsuelo: esa había sido en parte una campaña simbólica de austeridad y pregoneros.

En pocos días la parafernalia publicitaria sufre los estragos del tiempo. Los postes que lucían las imágenes sonrientes y triunfales de los candidatos, cayeron descascarados bajo la lluvia ácida, y los pasacalles que colgaban como orgullosas banderas de los postes, fueron rasgados para confeccionar las colas de las cometas que los muchachos del barrio elevan con los vientos de abril.

En las sedes de las campañas del Movimiento Cívico aún abiertas y en las reuniones de evaluación, el fracaso electoral todavía seguía resonando como el tambor en una procesión. El ir y venir de preguntas y respuestas se escuchaban en todos los pasillos.

El 80 por ciento de los pobladores de la comuna nororiental no podían votar porque ni siquiera tenían inscrita la cédula, fruto de años de abstencionismo. Los dirigentes del nuevo Movimiento Cívico fueron víctimas de su propio invento. Desde que nacieron los barrios de invasión de la comuna nororiental los llamados curas rebeldes, luego los estudiantes descalzos de las universidades y luego los

activistas de las organizaciones de izquierda, habían hecho política precisamente a expensas del no voto: “votar es apoyar la tiranía”, “abstención activa y beligerante”, “no vote, no sea güevón”, son muchos de los graffittis que todavía se leen en los barrios populares.

La pequeña franja del electorado, por su parte, tenía su voto en la caja fuerte de las casas de empeño de los caciques tradicionales del barrio. Al menos eso deja ver el testimonio de algunos de los habitantes del barrio Villa del Socorro:

Un día me puse a mirar pa'l cielo yo, pidiéndole al señor y diciéndole: señor, yo que tanto he trabajado con ese azulito señor y no son capaces ni de colocarlo a uno; y entonces en unas elecciones vinieron del directorio a ver por qué yo no había vuelto y yo les dije: por qué no han ayudado en tantos años a mi esposo a conseguir coloca. Ahí mismo mandaron una carta y empezó a trabajar en el municipio. Entonces yo seguí trabajando por aquí. Ahora, pa' lo de la Constituyente yo no estaba trabajando con ellos y vinieron los de Juan Gómez y dijeron que si íbamos a trabajar con ellos. Yo dije: yo voy a trabajar con Alvaro, entonces me dieron plata, hice una ollada de arroz, buscamos trabajadoras bonitas, muchachos, bajamos la grabadora, y todo el mundo cantaba; yo cantaba un rato por Alvaro y otro por Juan y cantaba hasta por Navarro. Entonces la gente decía: ¿y usted de quién es pues? Y yo les dije: pues de todos, en mi familia somos muchos, hay 30 votos y los podemos repartir pa todos²⁶.

La suerte corrida por el Movimiento Cívico Independiente no fue distinta a la de los otros movimientos cívicos y de izquierda en el país.

En 1988, en la primera campaña del M19 en Bogotá, luego de abandonar las armas y convertirse en movimiento político legal, tuvo un desenlace parecido.

²⁶ ESTRADA, William y GÓMEZ, Adriana. Somos historia. 1992.

Ciudad Bolívar en la capital de la República, ha sido comparada por muchas razones a la comuna nororiental de Medellín. Ambas son las zonas más densamente pobladas de las ciudades, formadas por gentes inmigrantes del campo. Son zonas intervenidas desde todos los flancos por los grupos delincuenciales y las bandas juveniles, por las organizaciones guerrilleras, por las ongs y por todas las instituciones del Estado con “planes de emergencia”.

El M19 esperaba por supuesto para esta campaña que Ciudad Bolívar se convirtiera en su plaza fuerte en la capital; como el movimiento cívico independiente de la comuna nororiental, la mayor parte de los dirigentes cívicos y asambleas populares, le habían prometido un respaldo irrestricto a la campaña del M19.

A la hora de la votación, la avalancha de votos terminaría eligiendo a Forero Fetecua, cabeza de los urbanizadores piratas de Bogotá, célebre por su estratagema de cambiar votos por tejas de eternit. Los dirigentes del M19 quedaron con un palmo de narices.

Pedro Santana, quien había dedicado la mayor parte de sus trabajos de investigación a los movimientos cívicos en Colombia, señala cómo muchos de ellos nacen muertos.

Presas de la inorganicidad y de una cultura política de la no participación y la no pactación, son fácilmente burladas por los hábiles tecnócratas, funcionarios del gobierno. Pedro Santana afirma que un 90 por ciento de estos movimientos en el país aparecen y desaparecen sin ver nunca el cumplimiento de las actas de compromiso firmadas por el gobierno. También afirma que un 70 por ciento de los dirigentes con estos movimientos no tienen noción del qué y cómo negociar, de donde se desprenden pactos ambiguos. Por lo demás, si estos movimientos logran alzar realmente vuelo, terminan aplastados por la acción de la fuerza pública. Discrepar o protestar contra el gobierno se ha vuelto un problema de orden público y quien lo haga llevará el estigma de testaferro de la guerrilla,

enfrentando los estrados de la justicia sin rostro, donde se es juzgado sin conocer siquiera al juez²⁷.

Con el quiebre del movimiento electoral de la comuna nororiental la comisión negociadora sobre servicios públicos también se disolvió. Lo único que logró pactar el Movimiento fue la inclusión de los habitantes del Limbo en el perímetro urbano de Medellín, así como una amnistía para diferir el pago de las cuentas atrasadas de servicios públicos de los pobladores comprometidos en el Movimiento.




²⁷ Pedro Santana. Ponencia presentada al VII Congreso de Antropología. Junio 15-18 de 1991. Univ. De Antioquia, Medellín.



CAPÍTULO VII

MORAVIA

Moravia – El Bosque es un pequeño sector, cuya ubicación estratégica, residen en ser la puerta de entrada a la comuna nororiental. Antes de ser poblado como barrio en 1977, Moravia era el depósito de basuras de Medellín y de sus municipios vecinos. Los habitantes de Medellín habían oído hablar de este sector al menos por tres cosas: desechos, recicladores y por ser cuna de uno de los botaderos de cadáveres más tradicionales de Medellín: La Curva del Diablo.



Moravia es uno de los pocos sectores de Medellín, cuyo nombre coincide con unos límites perfectamente definidos: en su costado sur la mole de viaducto del metro, lo circunda como una serpiente de concreto, hacia el occidente, lo cierra el río Medellín alrededor de una franja de casuchas de techo de cartón, y en el oriente la vieja autopista Medellín Bogotá.

Moravia, un barrio que hoy es un hervidero de gente, está construido sobre una montaña de cenizas y desechos industriales, y su corazón no es de tierra sino de metano. Cuando caminamos por sus estrechos callejones, sobre los muros desnudos de las casas, ennegrecidos por las quemaduras de desperdicios del pasado, se leen por todas partes, graffitis exhortando “a la liberación de Lucho”. Lo primero que salta a la mente es que Lucho fue algún alcalde, o algún misionero que

puso el primer ladrillo (o cartón) de este pequeño barrio. Indagando un poco más la literatura periodística se llega a la certeza de que Lucho no ha sido ni el primero ni el último de los “héroes locales” en hacer parte de la imaginaria popular de este sector.

A los pocos meses de fundada Moravia, cuando el gobierno local ya tenía planeado instalar una base militar sobre este sector, se dio el orden de desalojar por la fuerza los primeros pobladores de Moravia.

Estos primeros invasores encontraron sin embargo una tabla de donde agarrarse, el cacique político de más largo reinado en la historia de Medellín: Bernardo Guerra Serna, ofreció sus buenos oficios e influencias en la administración pública para frenar el desalojo, todo a cambio de una bicoca: el voto irrestricto de sus pobladores.

Para todos los candidatos del guerrismo, aunque hoy muchos moradores de Moravia se refieren en términos despectivos al Estado, no admiten que se hable mal del que fuera su primer patrón, Guerra Serna.

En abril de 1983 el río Medellín se desbordó arrasando a su paso las frágiles casuchas que bordeaban su rivera en Moravia varios cientos de familias, quedaron revueltas en medio del fango y de los desechos del antiguo basurero. Una semana después un regordete borrachón de 34 años, vestido como cualquier empleado de clase media, se abrió para adentro de los restos de basura y después de una improvisada reunión política, ofreció restaurar el barrio: era Pablo Escobar, entonces un promitente político en plena campaña. Un mes después Moravia estaba reconstruido y 360 familias se habían desplazado a un nuevo barrio donde encontraron casas pequeñas pero sólidas de ladrillo. Con servicios públicos, agua, luz y con amplios jardines, todo gracias a la Corporación Medellín sin Tugurios financiada en su totalidad por los dineros aportados por Pablo Escobar, un habitante de Moravia entrevistado en ese entonces por un periodista extranjero decía:

...nunca en el pasado ningún rico ni empresario de Medellín, había construido casas para ser habitadas por los pobres, de ahora en adelante para él nosotros será el padre de los pobres.

“Fercho” es uno de los jefes milicianos de Moravia reinsertados con la Corriente de Renovación Socialista (CRS). Después de la reinsertación, los milicianos tienen un nuevo nombre: gestores de paz. De las sangrientas guerras que asolaron este pequeño barrio en el pasado, hoy solo quedan malos recuerdos. Ya no se ve a los ex milicianos, como en el pasado, parapetados con sus fusiles en los callejones, o tendidos en las cañadas y terrazas de las casas, preparando las emboscadas para la llegada de los “pillos” del barrio, a los que les disputaron cada palmo de terreno hasta derrotarlos y expulsarlos del barrio. A los ex milicianos se les ve ahora públicamente en lugares como la cancha de fútbol de su barrio - que fue una de las primeras en Medellín en ser iluminadas por Pablo Escobar-; organizando actividades deportivas con los jóvenes y rondas infantiles con los niños del barrio. A los gestores de paz también se les ve participando activamente en proyectos de microempresa, de educación nocturna con adultos y hasta en propuestas políticas.

Los códigos también han empezado a cambiar en el barrio. Primero el tratamiento a los “pillos” era con mano de hierro, hace dos años por ejemplo un noticiero japonés que vino atraído a Medellín por el boom periodístico generado por las milicias, filmó algunas escenas que luego cedió al noticiero QAP. En estas escenas aparecían dos jóvenes milicianas con el rostro cubierto con pasamontañas, que sólo dejaban ver sus ojos de adolescentes truncada, luego de proceder a allanar un expendio de droga, sacaron a empellones a sus propietarios, para luego ejecutarlos en la mitad de la cuadra, con la sangre fría de un veterano de guerra. Los televidentes quedaron estupefactos con esas escenas.

Actualmente Fercho y sus compañeros, asesorados por un grupo de organizaciones sociales, cívicas y religiosas luchan por construir

jueces de paz, comisarias de una familia y otras propuestas de convivencia dentro de su comunidad, de tal forma que los problemas se resuelvan en las mesas de conciliación y no en el patíbulo.

Luego de la detención de Lucho, fundador y máximo jefe de esa facción de milicias, Fercho fue uno de los líderes milicianos que de la base pasó a asumir la jefatura de esa organización miliciana, tomando posteriormente parte activa en las negociaciones de este grupo con el gobierno.

Cuando Lucho se desplazó desde Villa del Socorro con el propósito de combatir las bandas delincuenciales en Moravia a finales de 1991, Fercho fue uno de los primeros en acompañarlo en su nueva misión, pues gracias a sus habilidades militares se había ganado la confianza de los viejos dirigentes milicianos.

Estas son sus impresiones sobre el escenario en el que se desenvolvían barrios como Andalucía y Villa el Socorro, cuando en 1990 llegaron los primeros elenos:

Mi papá vino de la Ceja, un municipio antioqueño y en Medellín se casó con la que sería mi madre. Aquí mi padre aprendió el oficio de la zapatería y con sus ingresos apenas si pudo alquilar una casa a medio terminar en el barrio Andalucía; un barrio de la comuna nororiental, contiguo a Villa del Socorro, que era la única parte de Medellín donde no exigían como requisito dos fiadores con propiedad raíz y tres referencias bancarias.

La nuestra siempre fue una familia católica, cada ocho días a la misa dominical, los martes a la misa de María Auxiliadora y en semana santa todos los días. Todavía sigo siendo devoto en algunas cosas, cuando estoy muy llevado le leo una oracioncita a María Auxiliadora, a la que le pido favores como que me ayude a ser más calmado, y que me de la tranquilidad necesaria para que los problemas no lleguen a un punto donde sean irremediables. Lo que yo si no acostumbro son cosas como ir a

confesarme donde el cura, cuando tengo algún pecado encima o tengo algún lío mejor tengo una charla con mi papá, el que siempre ha sido uno de mis mejores confidentes, y al que además no tengo que darles diezmos, como a los curas.

La familia mía siempre fue muy unida: fiestecita en el cumpleaños de cada uno, un detallito el día del padre y de la madre, los más sagrados, navidad era época de más unión para todo el barrio. Todo el mundo hacía las fiestas en la calle o en sus casas pero con las puertas abiertas, a las que llegaban las madrinas, los tíos, las tías, y hasta parientes que uno no conocía y todos con sus novias.

Las calles se llenaban de guirnaldas y luces multicolores, los vecinos se reunían y recolectaban fondos en todas las casas con las que se compraban cadenas que enredábamos en todos los postes de la cuadra, y la natilla y los buñuelos al calor del pesebre, que se hacía al final que la cuadra. Como en esa época había tantas mangas, el pesebre quedaba como un establo al natural.

Cuando estas fiestas y celebraciones iban acompañadas de la ganada del año, las cosas se ponían más emocionantes y había un regalito extra. El tratamiento de los problemas en la casa siempre era el diálogo, si nos llegábamos a sulfurar, salíamos afuera un rato y nos refrescábamos, y con el nuevo aire regresábamos. Todo se veía más claro entonces, cada uno tiraba su rollo, se desahogaba y al final de cuentas todo se endereza. Los mayores y los padres tomaban la decisión. Estas reuniones casi siempre terminaban con un chiste o una risa, si había una sanción esta no era más severa que trapear o barrer la casa por una semana.

En la casa se enseñaban cosas como no coger nada sin permiso del dueño, a respetar las cosas de la casa, que si necesitaba la camisa de mi hermano pedirle consentimiento, que si necesitaba

el talco de mi hermana lo mismo. Como en esa época éramos tan pobres todo tenía que ser compartido. En la escuela se hacía lo mismo: se enseñaba que si alguien empezaba por robarse un lápiz o un caramelo después lo hacían con un cuaderno, empezando la carrera que lo llevaría a la perdición. Lo que si no recuerdo es que alguien me haya dicho alguna vez que si uno expropiaba a un rico le pasaría a uno lo mismo. En la escuela también se enseñaba que cuando pasara por el medio de los señores y de la gente mayor había que decir "con un permiso por favor" a cualquier favor recibido "gracias a la orden" y si se trataba de una viejita "Dios le pague y le dé el cielo". Por la noche cuando uno iba para la cama, el piquito de las buenas noches para despedirse del papá y de la mamá y decirles que la virgen las acompañe, y antes de dormir el rosario. Nos enseñaban que si uno le faltaba a alguien o hacía algo indebido a uno se lo llevaba el chuchó, que se lo tragaba la tierra o una mano negra y peluda que saía de la taza del sanitario.

Para 1985 las cosas empezaron a cambiar en el barrio. Esto empezó a joderse. Los muchachos a robarse la plancha de la casa o quitarle el reloj al papá cuando estaba borracho; todo para comprar el vicio o jugar maquinitas o billar.

Por esa época también empezaron a aparecer el problema de la violencia, y las bandas en toda la década el 80. Existió gente como el loco Uribe que siempre se ponía al lado de los más pobres y los más débiles.

Las cosas cambiaron cuando éste desapareció y al mando de su gente quedó Ronald. Yo siempre fui un muchacho de pocas palabras, más bien dado a ser casasa, una vida tranquila de la casa al colegio, allí el fútbol, la natación y de nuevo a la casa; a ver televisión, caricaturas era lo que más me gustaba. Pero aunque callado, todo lo reflexionaba.

Ronald era malo, pero no del todo. Nunca lo pillé robándose un reloj o bajando a alguien de tenis. Como el loco Uribe, mantenía la tradición de trabajar por lo alto.

El loco Uribe les enseñó también a ser organizados, a usar la subametralladora, a hacer polígonos y a montar casas de seguridad para ponerse a salvo cuando los persigue la ley. Ellos sabían que cuando hubiera una orden de captura en su contra, la primera casa donde aterrizarían era la de la familia. En esas casas de seguridad, también se encaletaba el botín cuando coronaban un negocio. Ellos pagaban el arriendo de la familia que viviera allí y estos a su vez cantaban si por el sector merodeaba la policía, por eso era indispensable que la casa contara con teléfono. A esas familias les decían los campaneros.

Un sistema parecido de casas de seguridad lo pusimos luego en práctica en las milicias, aunque en esta ocasión las familias no lo hacían por plata sino por amor a las milicias. Ronald, Rosco y todo el combo que andaba con ellos empezaron a tomar por deporte para ganarse el respeto de la gente y de las sardinas.

La otra vez estaban unos muchachos en la calle jugando fútbol y un muchacho de las Empresas Públicas enfrente montado en un poste de luz reparando las cuerdas. Por accidente se le soltó una cuerda en el momento que pasaba Ronald en la moto. A los minutos apareció Ronald en la moto, le disparó y el muchacho cayó como una guayaba madura cae del palo, estrellándose contra el pavimento.

Ronald y su gente eran muy aficionados al fútbol y patrocinaban su propio equipo y si este iba perdiendo sacaban la metra, y se la pelaban al árbitro. A este no le quedaba más remedio que inventarse tarjetas rojas contra el equipo contrario, así su equipo no tenía pues chico de perder o empatar. Así lentamente el fútbol se fue muriendo en el barrio, ya nadie quería jugar.

Si bien Ronald y su gente no robaban en el barrio, a diferencia del loco Uribe ya no hacían nada para frenar a los chichipatos y ladronzuelos que hacían su agosto de cuenta de los vecinos del barrio.

La otra vez cuando gané el año, mi mamá, después de quebrar el marranito de la alcancía, me compró un walkman y unos tennis Nike. Esa semana me los robaron. Las cosas se pusieron de este tamaño. Ya no se podía salir ni ir a rumbear sábados y viernes por la inseguridad. Así perdí a mi primera novia. El desparche de fin de semana era ponerse el reloj, los buenos tennis, la chaqueta de cuero, un toque de la buena locioncita y para donde la novia a sacarla aunque fuera a chupar cono. Pero se aparecían por ahí en cualquier callejón dos o tres pintas, lo quiñaban a uno y lo mandaban descalzo para la casa. No contentos con eso, cogían la novia y la manoseaban y hay veces se la robaban para violarla o hacerse el revolión, es decir, se turnaban en esa tarea. A varios amigos les violaron la novia y les tocó comer callaos.

Los bailecitos empezaron a dañarse. Aquí, a falta de discotecas o grilles, los bailes de puertas abiertas eran el desparche de la gente del barrio. Estaba uno en la rumba y llegaban cinco o seis manes enchangonados y se llevaban todo, el equipo de sonido, el trago, las chaquetas.

En los buses y colectivos la misma historia. Se subía uno al bus y se robaban el paquete, el reloj y atracaban de paso al chofer. Llegaba el carro de la leche se llevaban los quesitos, las cocacola. Esa era la semana normal en el barrio cuando yo estaba en 10 grado.

Todos los parches empezaron a calentarse donde yo estudiaba, que era el único liceo del barrio. Allí también se infiltró la violencia, los compañeros de clase empezaron a decir: a mí me patrocina fulano que es de oficina, o yo trabajo con aquel, o mi hermano es

tal pillo. El respaldo, el apoyo con que cada uno contara era el poder de cada quien.

Ya los profesores no lo podían regañar a uno cuando cometiera una falta porque a la salida lo esperaban con revólver en mano y les decían: “cuál es la guevonada con el pelao”.

Las bandas de aquí se apoyaban en los peladitos de 9 a 12 años a los que llamaban carrolocos, los que todavía no diferenciaban entre jugar golosa y jugar con la muerte. Les daban pistolas y hasta metras. Una vez me tocó un caso que las bandas le prestaron una pistola a un peladito y ese dejó estirado a otro compañerito en la puerta de la escuela. Casi me parte el alma ver esa migajita con camisa blanca bien almidonada, bluyines y zapatos negros, que era el uniforme del colegio, tendido como con 10 tiros en la cabeza y con la lonchera debajo del brazo. Los dos eran del mismo combito, sólo que ese día era el cumpleaños del agresor y el peladito le había tirado un huevo en la cabeza, una charla insulsa con la que por aquí se celebraban los cumpleaños. Un huevo por cada año que cumplía. Sin embargo el otro peladito se lo tomó muy a pecho y pensó que tumbando a su amiguito iba a probar finura con la banda que lo patrocinaba. Las bandas les prestaban armas a los peladitos para sonsacarlos, y después cobrarles los favores convirtiéndolos en fuerza disponible.

Un día se reunieron don Iván Yepes, el dueño del supermercado más grande de Villa del Socorro, con otros dueños de negocios (a don Ivan lo mataron el año pasado por cobrarle una vieja venganza), o sea, la gente que movía el billete en el barrio se reunió y decidieron que Ronald y su gente estaban cogiendo mucho vuelo, estaban crecidos y empezaban a matar gente inocente en el barrio. Entonces contrataron una banda del sector de Manrique por 300 mil pesos pesos para deshacerse de esas lacras. Uno de los comerciantes les armó la película y los invitó a

beber a una cantina del sector. Ronald y su gente se estaban tomando sus guaros y ahí mismo les tendieron la trampa. Los fumigaron a todos. Esa noche se contaron 8 muertos y varios heridos. Desde ese día la cantina que se llamaba Tuberquia le dicen la Balacera: que cuca de homenaje.

Desde mucho antes de la llegada de las milicias al barrio, el comercio se hacía cargo del problema de la seguridad, apoyando a gente como el Loco Uribe.

A mi lo que me revolvió las tripas fue cuando tocaron con mi familia y decidí romper el silencio.

Mi hermano no era maqueta como yo. Ese man sí era consagrado al estudio. Había terminado su bachillerato en un colegio de los que llaman tecnológicos donde había aprendido el arte de la electrónica.

Como yo era más bien callado, él era los ojos a través de los que yo conocí el mundo. Con él me sentaba largas horas a meditar lo que estaba pasando en el barrio, de por qué gente que había crecido junta y que habían comido del mismo plato años atrás, ahora se estaban matando entre ellos. Todas las familias no tienen la suerte de nosotros, le decía yo. O si no mire a Carlos, el vecino. Esa familia se levantó a punta de garrote, y recordamos como el cucho de esa casa llegaba de madrugada borracho, y empezaba la gritería, los hijos a braviarlo, y las hijas haciendo escándalo porque se les intentaba pasar por la noche. También hablábamos del afán que teníamos los paisas de salir de la pobreza a toda costa.

Aunque ahora pienso que en parte mi hermano tenía razón, ahora que he tenido oportunidad de tener una mejor claridad política veo también otras cosas. Por ejemplo, el gobierno y su cuota de responsabilidad, pues ellos desde hace muchos años, sólo han venido a las comunas con la policía y el ejército a dar

plomo, a cometer masacres y después, con el mayor cinismo del mundo, como si no hubiera pasado nada, montaban un circo con militares y bases militares, con soldados de inteligencia disfrazados de payasos, preguntándole a los niños por la gente de izquierda. Al menos así hicieron en el barrio Popular.

Una cosa que ahora veo claro también es que aquí no han existido espacios para que la gente ocupe su tiempo libre en algo productivo como la recreación y el deporte. La primera placa deportiva en todo este barrio, que puede tener más de 10 mil habitantes, así como la primera casa juvenil, sólo las vinieron a construir cuando las milicias se les pararon en la raya a los políticos. Les dijeron que si querían venir a hacer política, primero tenían que abrir el camino con obras.

Mi hermano aparte de ser mi consejero también era mi ídolo. El era muy pinta y las mujeres lo perseguían. Cuando me veía mal del corazón me decía: si quiere cotizar con esa sardina, llévele estas rositas y verá que ahí mismo la tiene a sus pies, luego dígales que la quiere y la ha pensado. Yo hacía eso y todo funcionaba. Ese man sí sabía como eran las cosas con las mujeres.

Como por este tiempo la situación económica empezó a joderse en la casa, el dinero sólo alcanzaba para comprarle a mi hermano unos tenis de marca. Al fin y al cabo él estaba estudiando en un colegio de gente bien, y el tenía que mantener su buena mecha, pues toda la gente allá lo juzga de pies a cabeza. Yo estaba en un nivel más bajo y en un colegio de menor categoría. El, sin embargo, me prestaba los tenis y me decía "de fresas que cuando yo trabaje nos vamos a sobrar, nos vamos a vivir a un barrio que no sea tan caliente y sacamos los cuchos de aquí, con el cucho trabajando y yo también, no van a existir tantas preocupaciones en el futuro". Mi hermano era el rasero con el que me comparaban cada vez que yo hacía alguna cagada, todos lo admiraban mucho a él.

De pronto apareció una invitación a una fiesta de disfraces, a la cual él asistió. Cuando él estaba bailando con una de las peladas que se bataba por él, como a eso de la una o dos de la mañana, estando ya todo el mundo con las copas encima, entraron braviando unos manes, todos drogados, y entonces cogieron la fiesta de parche. Como mi hermano estaba envalentonado con algunos guaros les dijo: si nos van a matar dejen el visaje y empiecen, entonces uno de los asaltantes levantó el fierro y disparó por asustarlo no más, y se lo pegó en la mano, con tan mala suerte que también el proyectil se desvió y le perforó un pulmón. Los amigos lo subieron a un taxi pero no alcanzó a llegar vivo al hospital, pues le dio una hemorragia interna. Yo pensé, con rabia e impotencia, si uno se va a morir por nada como mi hermano, pues es mejor morir por algo que valga la pena.

Hasta la muerte de mi hermano yo había camellado en lo que aparecía, en oficios varios o como se dice en el barrio: todoterreno.

Cuando salíamos del colegio con los amigos y necesitábamos plata nos íbamos a, recoger chatarra del camino para después venderla en un depósito. Cogíamos un tarro por ejemplo, le metíamos una piedra y lo aplastábamos; de esta manera quedaba pesadito. Nos tirábamos a la avionada y nos daban el billete.

También fui un mesero en un bar, panadero, hornero y hasta trabajé en la construcción. Ese fue el trabajo más mamón, no tanto por el desgaste físico pues a la final uno se acostumbra y las ampollas terminan volviéndose cayos. Lo que daba piedra era construir algo para otros, si uno supiera que la casa era para uno, hubiera trabajado con satisfacción y hasta con orgullo, como lo hizo mucha gente por aquí que construyó su casa con sus propias manos. Pero esos apartamentos que construíamos los

compraban mafiositos que tenían hasta cuatro o cinco de estos, para poner a vivir sus mozas.

Lo último en que trabajé fue como ayudante de un carro colectivo, a mi me tocaba atrás de la cabina recibir la plata. Ese fue uno de los pocos camellos que realmente me tramó, pasábamos por el barrio y yo miraba a toda la gente y la gente me saludaba. Y la velocidad: estos carros bajan a mil por las lomas del barrio y el viento contra la cara, lo hacían sentir a uno afuera de la rutina del barrio. Desde entonces uno de mis sueños fue conseguir una moto.

Hace dos años, tuve un accidente en una moto de la organización que casi me cuesta la vida. La parrillera, que era una compañera de la organización llamada Marcela, murió en el acto, ella era una mujer muy bella y muy guerrera, tenía muchas batallas encima y nunca había perdido ninguna. Las bandas de Santa Cruz le tenían pánico. Ella había ingresado en las milicias con casi toda su familia porque la banda de Rigo había matado dos hermanos de ella. Nadie esperaba que fuera a morir de esta forma tan tonta, a manos de un taxista de más de 60 años.

En este accidente perdí una pierna. Esta fue una de las peores experiencias de mi vida. Es como cuando uno se acuesta y tiene una pesadilla feroz, y cuando uno se despierta se da cuenta de que la pesadilla es parte de la realidad. Los primeros días fueron horribles, pues la pierna desaparece pero el cerebro continúa dándole órdenes. Esa sensación de vacío fue igual o peor a la de la pérdida de mi hermano. Afortunadamente la vida también tiene sus retribuciones y con el apoyo de la organización me lograron implantar una prótesis con la cual puedo desenvolverme casi normalmente. Por ese golpe del destino logré inclinarme un poco más al estudio político y despreocuparme un poco de ese desenfreno de actividades militares en que estaba.

Después de la muerte de mi hermano el dinero empezó a escasear en mi casa y me vi forzado a retirarme de decimo grado. Esta fue una de las épocas más duras de mi vida, donde se mezclaban la frustración y la amargura por la muerte de mi hermano, con las penurias económicas. Si bien la plata me alcanzaba para los pasajes para ir y volver al colegio, uno se crea otras necesidades que se vuelven cuestión de orgullo. Además, no tenía el estado anímico para continuar estudiando. Con los años que tenía ya me sentía como un viejo apacharrado por la vida. Este fue el tiempo en que muchos de mis amigos del barrio empezaron a mantener las buenas lucas en el bolsillo. Había una muchacha del barrio que me gustaba bastante, y después de muchos días de trabajo en la calle, logré buscarle el lado y empezar a visitarla. Una tarde, estando con ella en la puerta de su casa, llegó otro man en una moto y le dijo que fueran al centro a ver una cinta y luego al Astor a tomar algo. Y uno sin billete, arrugado y alicaído, sin tener pa' invitarla a la esquina pues a veces no tenía ni para el pasaje. A veces, cuando salíamos, yo me hacía el bobo en una esquina conversando con un amigo mientras pasaba un colectivo que hubiera trabajado conmigo para que nos diera el arrastre.

Yo me mantenía a ras de billete a toda hora y me tenía que aguantar las ganas. Yo estaba en una época en que todo me llamaba la atención y necesitaba aprender a sobrevivir.

Entonces, me relacioné con unos amigos del barrio Andalucía que había conocido desde la infancia y me propusieron que trabajara con ellos, que tenían unos patrones muy discretos, unos catanos que pasaban de los cuarenta y los cincuenta años.

Ellos trabajaban en carretera y tenían una organización bien aceptada. Tenían bodegas y fincas para guardar la mercancía, estaban conectados con policías, amigos y con despachadores de empresas transportadoras en todo el país, "que tocaban pitos";

cuando salía un buen despacho. Esos cuchos eran buenos patronos. En ese trabajo no se le hacía mal a un pobre, pues las mercancías estaban aseguradas y las empresas no perdían nada. Además nunca se quedaron con el carro asaltado; ellos tenían sus carros legales para moverse. El que mandaba a los cuchos era un man que conocía todo el rodaje de los camioneros. Un día nos contó que él fue un camionero común y corriente y estaba pagando las cuotas de su camión. Un día le ofrecieron traer un cargamento de pasta de coca desde el Ecuador y cruzando la frontera se cayeron. Estuvo varios años en esos morideros que son las cárceles del Ecuador. Cuando salió, estaba en la ruina. Desde entonces se dedicó a la piratería terrestre, con la que había conseguido la casa, el carro y todo lo que tenía.

Si bien a los muchachos les tocaba frentear el corte, el trabajo de mayor riesgo, abordar al chofer de la mula, que muchas veces estaba armado y con el escolta, el billete era fijo y los patronos eran gente de confianza y responsables.

Un día por ejemplo, uno de los compañeros salió herido en un trabajo, pues el chofer empezó a disparar por la ventanilla; y los patronos respondieron con todos los gastos médicos.

El grupo con que trabajaba se constituyó como una autodefensa del barrio, especialmente de la cuadra donde vivíamos, para no permitir que gente de afuera viniera a cometer fechorías. Además teníamos un apoyo financiero para mantener buena mecha y algo en el bolsillo para gastar. Al grupo nadie lo tocaba, todo el mundo lo respetaba.

De pronto aparecieron las milicias: algo nuevo, que están haciendo las cosas bien y por todas partes se riega la fama.

Se decía que las milicias estaban acabando con las bandas, que no eran como los pillos que pasaban mirando feo a la gente; por el contrario les gustaba jugar con uno, y que hacían amistad con

los muchachos. Que si uno rompía un vidrio mientras jugaba fútbol, ya la gente de esa casa no salía dando bala, sino que hablaban con la familia y simplemente se hacía una colecta y se pagaba el vidrio roto. Y después del partido se entablaba una amistad con toda la gente y se programaba un festival o una fiesta en la cuadra, como en los viejos tiempos. Así fue como conocí a Martín, en un partido de fútbol. Después del partido se me acercó y me invitó a tomar una Coca Cola, me dijo que era de las milicias que ellos no querían inspirar miedo sino devolverle la confianza al barrio, que ellos querían acabar con los pillos.

Desde la muerte de mi hermano a mi siempre me había gustado relacionarme con gente mayor, gente sería que pudiera enseñarme algo. Para mí los carrolocos no tenían futuro, estaban condenados a estrellarse en el primer muro que se toparan. La gente de más edad, más veterana tenía más experiencia y uno para sobrevivir necesita aprender las malas experiencias. Así me relacioné con las milicias, primero con los señores y después con los muchachos.

Todo el grupo de autodefensa de la cuadra se unió conmigo a las milicias. A la final todos hacíamos lo mismo: defender el barrio, defender la cuadra. Las milicias eran para mi parte de mi aprendizaje, de la meta que me había trazado: aprender a sobrevivir.

Lo primero que me enseñaron como colaborador de las milicias fue a realizar inteligencia para localizar los cochinos. Para eso había que contar con la gente del barrio que fuera de más confianza. En ese ambiente de guerra que se vivía había que desconfiar hasta de la sombra.

Yo tenía una ventaja: era del barrio, era de la cuadra y podía mantenerme de arriba para abajo, sin despertar sospecha.

Yo subía al colegio donde los viejos amigos y les preguntaba por el hombre de los pillos y donde vivía la familia y si eran derechos

o si le faltaban a la gente del barrio. En medio de tantas averiguaciones, cosas van cosas vienen, me dí cuenta de quién había matado a mi hermano y las milicias me dieron autorización para sonarlo.

En las milicias también empecé a comprometerme más a fondo con el trabajo social que hacían. Iba a las reuniones de formación, a las películas sobre la guerrilla en El Salvador, charlas políticas y cosas así.

Luego empezó la paranoia en la casa: que pilas que lo van a matar; que se acuerde de su hermano; que la policía y los pillos andan detrás de las milicias; que no se reuna con ellos.

Pero ellos empezaron a ver el trabajo con la tercera edad, la recreación que hacían las milicias con los niños y empezaron a entender la cosa. No digamos que apoyar, pero al menos ya no echaban cantaleta, que era mucho decir.

La relación mia con el barrio empezó a cambiar: la gente me veía pasar y me saludaban ¡Que hubo Fercho, todo bien! y lo invitaban a uno a todo: cumpleaños, bautizos, etc.

Un día me invitaron a unas bodas de plata y me atendieron mejor que a los festejados. Me presentaron a las hijas y terminé siendo el centro de la fiesta. Eso era, sin duda, lo mejor de estar en las milicias.

Todas esas familias, después de los halagos, venían a poner una queja: vea que el señor de la casa ha tratado de abusar sexualmente de las hijas, y uno iba y hablaba con el cucho de la casa, y reunía la familia para ser correcto. Cuando tenía dudas iba donde Martín y el tenía la palabra precisa para el momento justo y enseñaba la calma ante todo, claro siempre. Cuando no se trataba de escuchar los puntos de vista de todos los miembros de la familia, llegábamos a una definición: hay que buscarle un psicólogo el cucho. Y yo le decía: cucho, si le da pena yo voy con

usted. Y el cucho ahí mismo reflexionaba y decía: eso fueron sólo unos tragos y no va a volver a ocurrir. A los pocos días llegaban las muchachas todas agradecidas, ¡Ay Fercho, el cucho ha cambiado un poquito!

Con los viciosos era lo mismo, primero el diálogo, la persuasión. Es falso que las milicias mataran a todo aquel que tirara vicio, si esto fuera cierto había que matar a medio mundo, porque hasta la policía tiene gente que tira vicio. En el gobierno también hay gente que tira vicio, o si no píllese ese señor que cogieron con una dosis de bareta en el maletín, en el aeropuerto de Bogotá y era dizque un fuerte del Banco de la República.

Nosotros sólo le decíamos al vicioso: tire su vicio en su casa, o donde no lo vean los niños. ¿Le parece muy bonito el ejemplo para los muchachos del barrio? Entonces ellos se encerraban a tirar su vicio en su casa, pero las familias venían a poner la queja: ese man tiene encorvada la casa a punta de basuca. Entonces el vicioso seguía más metido en la clandestinidad de su vicio, en algún sótano o en alguna casa en ruinas.

Con las casas donde vendían vicio las cosas eran mas radicales: una advertencia, un plazo para dejar el negocio o si no...

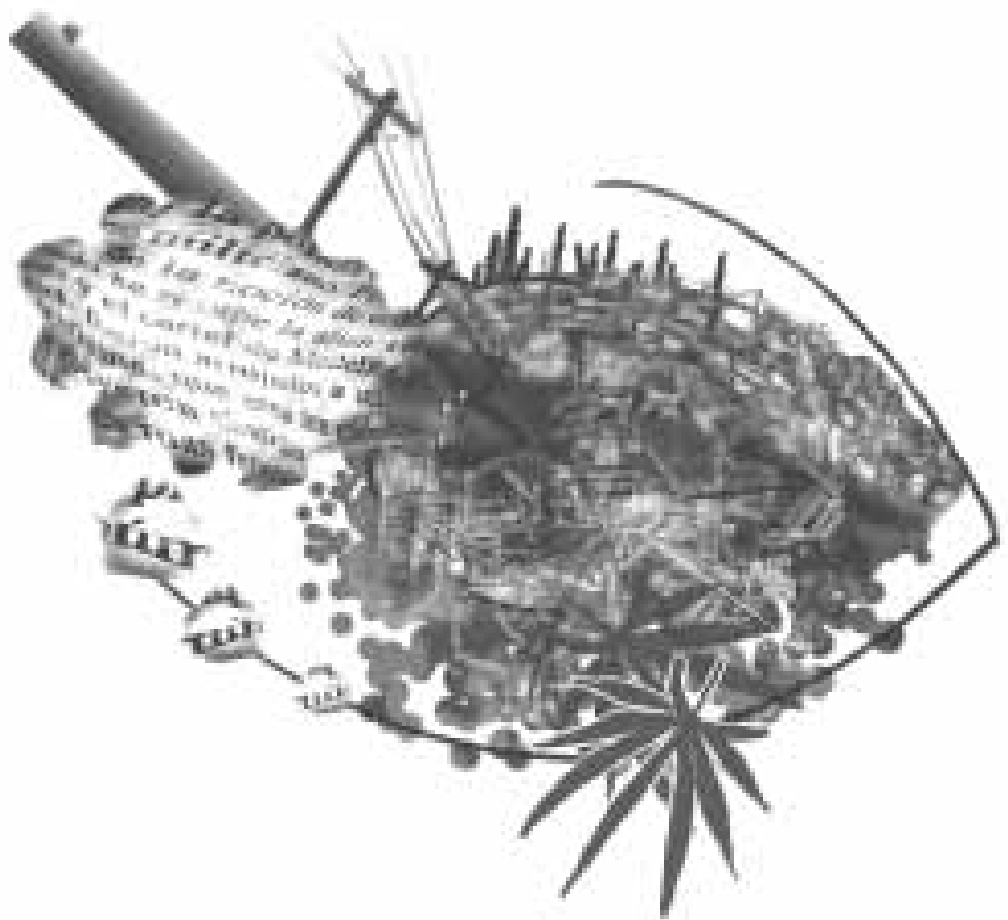
No es cierto que las milicias sólo ofrecían plomo. O si no vea cuando se pactó en 1990 un acuerdo de paz con las bandas de Villa del Socorro y Andalucía. El pacto de paz se celebró con una semana cultural que se clausuró con un festival, cuando las bandas estaban a sus anchas y las fiestas callejeras se habían acabado por temor a que terminaran en una matanza.

En esa semana los muchachos de las bandas y la gente sana del barrio se pusieron camisetas y guayos y hubo concursos de toda clase: de costales, vara de premios, un torneo de fútbol. Los viejitos también tuvieron su espacio en las aceras jugando dominó, cartas y tomando guaro. Esa fue una ocasión también para

reunir grupos juveniles y gente de la cultura que se interesó por conocer el trabajo de las milicias. Esas fiestas fueron animadas por papayeras y bandas marciales, por supuesto. Desde ese día la calle 45 empezó a llamarse la calle de la paz.

Ahora que las milicias han negociado con el gobierno, después de tantos años de guerra, en lo que hoy parece una paz de más alcance en el barrio Moravia, Fercho mira hacia el futuro, y parado en la cima del cerro de metano, recalca la necesidad de crear en el sector donde trabaja una Cooperativa de seguridad como Coosercom, pero advierte *“afortunadamente tenemos varios meses de ventajas para no cometer los mismos errores de ellos que tienen ya varias demandas en la Procuraduría y la Fiscalía por abusos a los derechos humanos de la población”*.





CAPÍTULO VIII

ARANJUEZ

El 24 de julio de 1994, la calle llamada La Arboleda en Aranjuez se parecía más a una calle de barranquilla después de un día de carnaval, tapizada de latas de cerveza y vasos desechables vacíos. Sobre los postes en las esquinas emergían montañas de botellas de Brandy Domec, whisky Chivas Regal y Aguardiente antioqueño, revueltos con cajas de chicharrones y otros snacks baratos. En la mitad de la calle una mancha de ceniza todavía humeante delataba lo que fue un fogón callejero.

De las rejas que enmarcan los ventanales de la mayoría de las casas (las rejas en puertas, patios y ventanas son elementos esenciales de la nueva arquitectura Robocop de la ciudad), todavía colgaban algunos globos de colores y serpentinas.

En medio de todo eso, aún quedaban algunos casquillos de balas. Eran los restos de una noche de sábado de murga y sin igual celebración. Jóvenes de varias bandas de oficina de la comuna nororiental, la de Rigo en Santa Cruz, La terraza y la treinta de Manrique y, por supuesto, Los Priscos de Aranjuez, los anfritiones, se habían unido a la usanza de la cultura de derroche, para festejar varias cosas. Lo más importante era celebrar el pacto de paz que ponía fin a los enfrentamientos tribales en que las bandas de la comuna

nororiental se habían visto envueltas. Las bandas de Aranjuez, que alguna vez se habían federado en Los Priscos, se habían trenzado en una feroz guerra territorial. En Manrique la banda de LaTreinta dividida ahora en pequeños feudos, también se debatía en el canibalismo interno.

La paz interna era a su vez la condición que habían puesto los nuevos patronos para contratar los servicios de estas bandas. Los Pepes, los Galeano, los hermanos Castaño y el Cartel de Cali, que en el pasado se habían declarado enemigos a muerte de algunas bandas de la comuna nororiental, estaban ávidos por alimentar nuevas guerras y les habían ofrecido la benevolencia de un borrón y cuenta nueva. El dinero de por medio era el mejor anestésico para los odios del pasado, cuando los incondicionales de Pablo Escobar borraban sin clemencia a sus contradictores.

Los efectos de esta nueva alianza paramilitar sobre Medellín; no demoraría en sentirse. El 28 de julio de 1994 sería asesinado cuando salía de una reunión en el auditorio del seguro social, Guillermo Marín, Secretario de Educación de Futran, la central sindical más grande de Antioquia. Desde ese día, y durante todo el segundo semestre de 1994, serían asesinados en el Valle de Aburra nueve sindicalistas, dos de ellos en un ataque armado al interior de la propia sede de Futran en Medellín. Todos estos atentados serían reivindicados por el grupo Colsingue (Colombia sin Guerrilla)²⁸. Esas son las paradojas de las guerras en Medellín: la reconciliación de un sector de bandas fue el calvario para los obreros sindicalizados de la ciudad.

Había finalmente otro motivo de regocijo, para los participantes en esa ruidosa celebración en la calle "La Arboleda": el asesinato de Pablo García la noche del 7 de julio de 1994. Jefe de las milicias desmovilizadas del Pueblo y para el Pueblo (MPPP), quien en el

²⁸ Datos tomados del "Boletín por la Vida", editado en el IPC y la ENS en enero de 1995.

pasado había sido uno de los más obstinados en su guerra contra las bandas de la comuna nororiental. Todos los asistentes a esa celebración habían tenido al menos un doliente en las guerras contra las milicias que encabezaba Pablo García.

Antes de su asesinato, Pablo había narrado así su vida:

Nací el 22 de marzo de 1966 en Medellín. En la vida he sido un hombre de pocos agüeros; una de las cosas a las que le tengo mala fe es a caminar debajo de una escalera. Un día en el barrio El Popular había que hacer un operativo para allanar una casa que era un jibareadero. Yo no fui a esa tarea porque para llegar a la entrada principal de la casa había que pasar por debajo de una escalera, que conectaba la calle con la terraza; ese es el único operativo en mi vida al que me le he mareado.

El otro agüero al que le doy credibilidad es al horóscopo, que debe tener sus trampas. Yo por ejemplo, según mis cartas astrales, estoy regido por el dios Marte, el dios de los campos de batalla. En más de la mitad de los años que llevo encima, sólo he conocido el tropel. A mi edad no hay un arma de guerra que no haya pasado por mis manos.

A través de las armas he conocido más geografías que las que aprendí en todo el bachillerato. A los 14 años tuve en mis manos la primera arma; me la mostró un amigo del barrio. En un borde de la pistola decía Zcheca. Me dio por averiguar en una enciclopedia que había en la casa y me enteré que había un país que se llamaba Checoslovaquia, que era un país socialista y que su capital era Praga.

En este momento llevo encima una Pietro Beretta 9mm, la tengo desde que empezó la negociación con el gobierno. Es una de las mejores armas de su clase. Últimamente me ha dado por leer historias sobre Italia, el país donde las hacen.

Creo que la pasión por las armas me viene desde niño. A la hora de ver televisión terminaba agarrado con mis hermanos, yo no quería perderme ni un capítulo de Bonanza y ellos preferían ver caricaturas.

Después, cuando tenía 15 años, empecé a coleccionar una enciclopedia que vendían por fascículos en los puestos de revistas. Se llamaba Armas de Fuego. Todavía tengo la colección en la casa.

En el bachillerato, cuando empecé en el Marco Fidel, siempre que veía una estampa del Ché o de Camilo, estaban armados. La policía, que se mantenían parada todo el día al frente del liceo, también estaba armada. Los cuchos de las casas de Aranjuez, donde yo vivía, también mantenían casi todos su fierrito guardado. Yo creo que ese problema de las armas no es sólo conmigo. El emblema que identificaba a nuestros abuelos era la mazorca, el maíz, eso era lo que más cultivaban en el campo. Si me preguntan por algo que identifique nuestra generación, yo diría una Colt 45.

Otra de las cosas que me apasionó desde niño fue la política. Yo vengo de un ambiente donde todo el mundo tenía eso como hobby. Cuando mis primos, mi papá, mis abuelos o mis tíos llegaban a la casa, armaban tertulias de todo el día sobre política, discutían por bobadas que ya eran historia patria. Unos decían que Mariano Ospina fue lo mejor que le hubiera pasado al país, los otros que fue el peor de los matones; que Pastrana se había ganado con justicia las elecciones en el 70, los otros que eso había sido un robo. Esas discusiones no terminaban en puños, pero en ocasiones terminaban en insultos y ofensas personales.

Mi familia ha sido de tradición de intelectuales de clase media, lo que en la izquierda llamaban pequeño-burgueses. En mi casa todos son profesionales, menos yo, la guerra no me ha dado tiempo. En la casa, las discusiones más bravas se armaban entre

dos bandos, los que habían estudiado cosas prácticas como ingeniería, comercio, administración y que trabajaban en buenas empresas y hablaban de cómo buscaban que sus empresas produjeran más, haciendo que los obreros trabajaran más; y los otros, los que habían estudiado cosas humanistas como derecho que hablaban de que los trabajadores tenían derechos. Esas eran discusiones de todo el día.

Como a los 12 años yo entré al Marco Fidel Suárez. Creo que ahí fue que la política empezó a hacer parte de mi vida. Esa fue la época del gobierno de Turbay, de la toma de la Embajada de la República Dominicana por el Eme, y de las acciones más espectaculares de esa organización.

En el salón de clase en que yo estaba, había un muchacho que todos los días llevaba un radio transistor y ponía las noticias por la mañana. Siempre que el M-19 hacía una acción grande, el hombre se paraba y contaba en voz alta lo que había pasado. Los muchachos se paraban de su pupitre y saltaban de júbilo, era como si estuvieran celebrando un gol de Nacional en una final de la Copa Libertadores. Pero, ahí no terminaba la celebración. Después de eso salimos al frente a tirar piedra. Cuando el Eme no hacía nada pa' celebrar, a veces llegaban muchachos de la Universidad de Antioquia, pasaban por todos los salones y reunían a la gente en el patio. Allí alguno de los universitarios se echaba un discurso, pidiendo solidaridad efectiva con el movimiento estudiantil. Yo no entendía la mayor parte de lo que decían, sólo se que siempre terminaba diciendo: "por la libertad de los compañeros detenidos". Ahí mismo todo el mundo salía a la calle y a tirar piedra a los carros que pasaran, a la policía y a las vitrinas de los almacenes de la calle Colombia.

A lo último ya no necesitábamos que el M19 hiciera una acción para celebrar o que viniera gente de la de Antioquia a incitarnos, ya lo hacíamos de pura goma.

Nosotros salíamos a las 12:00 a.m. tirábamos piedra un rato, íbamos a la casa a almorzar y volvíamos al tropel. Había incluso un muchacho que se paraba en la puerta y empezaba a vender los petos (petardos) ya hechos. Sí tenían una sola capa valían diez pesos y por cada capa adicional iba subiendo el precio.

Pero en el Marco Fidel no todo fue tropel. Había gente que tenía sus ideas políticas más ordenadas. Recuerdo en especial a un profesor que se llamaba Gilberto Ochoa, que dictaba sociales y no desaprovechaba clase para meter sus cuñas para hablar de los desmanes del gobierno y hasta le sacaba chistes a Turbay. El hombre defendía en clase las ideas socialistas, él no era guerrillero, era de un grupo troskista (PSR). A esos les decíamos "mamertos", porque estaban contra el gobierno, pero no estaban a favor de la lucha armada. Pero eso de ser "mamerto" no lo salvó. Por orden del rector, que se llamaba Silvestre Guerra, lo trasladaron al Liceo Superior, de allí lo sacaron de clase un día unos hombres y lo desaparecieron. A los dos días apareció muerto. En la época de Turbay fue que empezaron a matar sindicalistas y gente que se opusiera al gobierno.

Unos años más tarde, los Núcleos Ché Guevara del ELN entraron por Silvestre Guerra y lo mataron en el liceo. Lo acusaban de ser miembro del B-2 del Ejército y de hacerles el cuarto para que detuvieran estudiantes. Esa vez allanaron el Marco Fidel Suárez. Ese año logré terminarlo pero no me recibieron para el próximo. Silvestre Guerra había elaborado una lista negra como de 100 muchachos que estaban vetados por revoltosos. Yo era de los primeros. En ninguna parte me quisieron recibir. Al parecer, la lista había circulado por liceos y colegios de Medellín. Gracias a las influencias de mi papá con el rector del liceo Pedro Luis Villa, me aceptaron ahí. Ese es un liceo pequeño y modesto, pero muy unido. Ahí los profesores orientaban los muchachos hacia el deporte. Me incliné por la natación y me inscribí en las piscinas*

olímpicas del Estadio y luego me incorporé al equipo de water polo.

Al año siguiente conseguí puesto en el Liceo Antioqueño. Los entrenadores de la liga de natación me habían recomendado como una promesa del deporte y con esos créditos me abrieron las puertas. Ahí se me volvió a encender la chispa que se había aplacadao en mí, después de un año largo de chapuzones en la piscina.

Si el Marco Fidel Suárez era una calentura, el Liceo Antioqueño era un hervidero de agitación. Primero que todo, el Liceo Antioqueño era dos veces en tamaño el Marco Fidel Suárez. Por lo demás, el contacto con los estudiantes de la Universidad de Antioquia era más directo.

En el liceo estaba instalado el restaurante que Bienestar Social de la Universidad de Antioquia, tenía para los estudiantes. El restaurante beneficiaba principalmente los estudiantes universitarios de la provincia; los costeños y los vallunos formaban la colonia más grande y, como por pura coincidencia, la mayoría de los activistas y agitadores de la Universidad eran de esas tierras.

Desde las 11:00 de la mañana hasta las 2:00 de la tarde no se veían sino ir y venir buses del Liceo a la Universidad cargados de estudiantes.

Los estudiantes de la Universidad de Antioquia, trataban a los del Liceo como si fueran sus hermanos menores. Un compañero del Liceo decía que nosotros éramos la facultad de bachillerato de la Universidad de Antioquia.

Los estudiantes de la Universidad tenían unas tiqueteras especiales para tener derecho al restaurante. Los activistas de la de Antioquia cedían algunos tiquetes para que los activistas del Liceo pudieran ir al restaurante. Para los pelados que no

alcanzaran tiquete, los de adentro llenaban bolsitas plásticas con comida, a través de unos agujeros que daban con la pared del restaurante. Y es que quedarse uno todo el día en el Liceo era un parche tremendo. Uno podía quedarse jugando fútbol, nadando (había una piscina semi-olímpica), ensayando teatro (había un grupo de teatro que ensayaba todos los días, que se llamaba "La Mancha").

Pero también había otra alternativa: la gente de la Universidad de Antioquia, cuando salía de almorzar, formaba improvisadas reuniones sobre la grama que bordeaba los corredores, con estudiantes del Liceo. Eso parecía como un pastor, ordenando sus rebaños. Nos hablaban del movimiento estudiantil de la Universidad de Antioquia y nos invitaban a las asambleas de la Universidad.

Cuando llegábamos a la Universidad, por ese entonces (82-83), las vacas sagradas del movimiento estudiantil se llamaban Comités Amplios. Ahí los anarcos, que también les decían Juanchos (a todo el mundo le decían Juancho), trabajaban en llave con una disidencia radical del EPL, que se llamaba PLA (Pedro León Arboleda), que estaba formada principalmente por intelectuales, teatreros, escritores, músicos y hasta poetas de la Universidad, y con los NEG (Núcleos Ché Guevara) del ELN, el grupo más activo de la guerrilla en Medellín por esos días, que estaba formado por estudiantes del Liceo Antioqueño y del Marco Fidel Suárez.

Los Comités Amplios se llamaban así porque para uno entrar sólo necesitaba dos cosas: hablar mal contra el gobierno y ser metelón, es decir, tener agallas para armar el descontrol. Yo nunca realmente entendí el resto, es decir, lo que los dirigentes decían que era la política de esa organización.

Un día un grupo de compañeros le propusimos a los dirigentes de Los Amplios que creáramos un consejo estudiantil en el Liceo

Antioqueño y casi nos pegan. Sus caras se pusieron rojas e iracundas, era como si alguien les hubiera insultado su misma madre. Después uno de ellos, ya más calmado, me explicó que para Los Amplios, las organizaciones gremiales como sindicatos, consejos estudiantiles, donde unos pocos están delegados para hacer las cosas por los demás, eran nidos de corrupción y burocracia. Los Amplios también eran "antídoto": antielecciones, contrarios a formar comisiones de diálogos entre directivas y estudiantes, etc. Una de las cosas que más repetían en sus discursos era que estaban en contra de la autoridad y la burocracia. Una de sus consignas, que habían sacado de un librito sobre el mayo francés era: "La humanidad será feliz sólo cuando el último de los capitalistas cuelgue de las tripas del último burócrata". Lo único que tenía un verdadero valor para Los Amplios era la lucha directa.

Ahora veo que en organizaciones como Los Amplios había mucha hipocresía. Decían que a su interior no tenían jerarquías, ni presidentes, ni secretarios, ni fiscales, que allí todos eran iguales. Ahí lo que mandaba en realidad era la verbocracia; los que mejor y más hablaban eran los que decían qué se hacía y qué no. Había un costeño al que le decían el "Zeus" o el "Dios". Ese hombre tenía un verbo que asustaba. Se quedaba en las asambleas de la universidad desde las 8:00 a.m. que empezaban, hasta las 6:00 de la tarde, sin tomarse un vaso de agua, y cuando se tomaba la palabra, gesticulaba con manos, pies y cabeza, como el director de una orquesta sinfónica.

La división en Los Amplios no era sólo entre los que hablaban y no hablaban, sino entre los que hacían y los que pensaban.

Los oradores, los intelectuales, prendían la mecha en las asambleas y cuando se salía en marcha de las asambleas a armar el descontrol, por la calle Barranquilla, hasta encontrar la avenida del Ferrocarril, los anarcos y los pelaos del liceo salían a

ponerle la cara a los antimotines; los “dioses” parece que estaban muy cansados y se iban a dormir a su olimpo con las musas.

En las asambleas, los Comités Amplios tomaban posiciones desde muy temprano en la parte más alta del teatro Camilo Torres, donde la mala iluminación desdibujaba las caras. Ahí parecían una polifónica de diablitos que a punta de gritar consignas, hacían retumbar el teatro Camilo Torres. Cuando ellos gritaban sus consignas o alguno de sus “dioses” se dirigía al auditorio de mortales, todo el mundo (menos ellos) tenía que quedarse callado. Si alguien interrumpía o alguien pronunciaba un discurso que disonara con Los Amplios, le pegaban la banderada del siglo: sacaban cornetas, pitos y rechiflas, como los hinchas del Medellín el día de un clásico, apabullando el árbitro.

Había activistas de la Universidad que salían tan humillados de asambleas, que les tocaba ir donde el psicólogo y sin ganas de volver a dar la cara por una cafetería de la Universidad, por un buen tiempo.

En una ocasión, un muchacho del PST (troskystas), pronunció un discurso que iba en contravía a lo que había dicho uno de los “dioses” de Los Amplios, y estos lo sacaron en hombros del auditorio y lo tiraron a la pileta de la fuente, que queda a fuera del teatro Camilo Torres; ya era de noche y el frío se dejaba sentir, desde ese día bautizaron al muchacho como “Acuaman”.

El hombre, sin embargo, era muy terco. Al otro día volvió a la asamblea (eran asambleas permanentes, es decir, todos los días) e insistió en su discurso, pero esa vez fue bien preparado, llevó pantaloneta.

Por esa época empecé a visitar asiduamente la Universidad de Antioquia. Yo estaba en la selección antioqueña de water polo y teníamos dos escenarios oficiales: la piscina olímpica del Estadio y la de la Universidad de Antioquia.

Los anarcos tenían su cuartel general precisamente alrededor de la piscina de la Universidad. Esos prados, como que no los podaban sino cada 10 años, eran muy altos, además había árboles de mango y eucalipto. Atrincherados en ese lugar se hacían tres cosas principalmente: se fumaba marihuana corrida, era el motel barato de colchones verdes para los estudiantes universitarios y era sitio de reuniones clandestinas. A ese lugar le tenían dos nombres: el aeropuerto y el pichódromo.

Yo salía de mis entrenamientos en la piscina y me sentaba a charlar con los anarcos. Al que comandaba el grupo le decían "Fidel"; tal vez por ser el jefe o por tener una barba larga, espesa y desordenada. Le seguía en mando uno al que le decían "el negro Gaviria", era de Buenaventura y de piel negra, aunque sus rasgos eran finos, como alguien del interior del país. Había uno al que le decían "el indio"; del Valle del Cauca, por sus rasgos parecía alguien de un resguardo, que se ganó una beca para estudiar en la Universidad. Había una mujer que llamaban "Bugalu", y alguien que recuerdo con mucha claridad, ese era un verdadero personaje, le decían "El tino". Tenía una enorme giba, más grande que su cuerpo, que se proyectaba desde sus caderas y llegaba arriba de su cabeza; era como un duendecito contrahecho, que ni con todas las capuchas del mundo podía disimular su deformidad. El hombre estudiaba derecho y era algo así como un ideólogo, tal vez el único de esa gallada que en realidad había leído a Bakunin.

Con asesoría de ellos empezamos a armar el descontrol en el Liceo. Como en el 83 o 84 las directivas del Liceo empezaron a liquidar el servicio de restaurante: ese era el Florero de Llorente que necesitábamos. Armamos un combate los del Liceo y una tarde le quemamos las oficinas a la directora de bienestar universitario, que funcionaban en el Liceo. También quemamos el local donde antes había funcionado el restaurante. Había un profesor muy mierda que le hacía perder el año a los estudiantes,

como estábamos envalentonados, un día le echamos gasolina al carro que estaba parqueado en el Liceo y lo prendimos. En esa época estábamos contagiados por la misma locura que vivían los anarcos de la de Antioquia. Parecíamos una plaga de langostas, acabando con todo lo que aparecía a nuestro paso. Con decirle que de tanto tropeliar y tirar piedra en el Liceo, terminamos armando una guerra campal con piedras y petardos, con los estudiantes del Pascual Bravo, un Liceo contigo. Un día ellos vinieron e incendiaron los laboratorios del Liceo y al otro día, nosotros les hicimos la visita y les hicimos lo mismo.

La historia de los anarcos de la de Antioquia, los que promovían todas esas cosas terminó muy mal, como la de los malos en las películas policíacas o como los protagonistas de las tragedias griegas que representaba el grupo de teatro del Liceo.

Los anarcos formaban la que llamaban la comisión de movilización de finanzas de los Amplios, es decir, no sólo tenían en la mente la idea de armar el descontrol, sino levantar el billete para poder financiarse; comprar los químicos para hacer los explosivos y tirar los volantes. No se sabe cuál de las dos cosas era más incendiaria. Para conseguir billete los Juanchos asaltaban un banco en el Poblado, o una tienda en un Barrio popular; era su forma de poner en práctica sus ideas del igualitarismo.

Esos Juanchos eran tan corridos que el negro Gaviria, mientras estaba paseando en Cali, donde su familia, se fue solo a asaltar un banco. Necesitaba conseguir plata pues en Medellín habían capturado al Indio. Pero saliendo del banco la policía le metió un tiro en la frente al Negro Gaviria.

Fidel, el jefe de todos, sintiéndose solo y desamparado aquí en Medellín, se metió a una casa que tenía alquilada en el barrio Antioquia, dejó una carta con la Bugalu donde decía que si bien

había fracasado en la tierra en su empeño de construir un reino de igualdad, donde emancipar a toda sombra de poder, tal vez reunidos en los infiernos, tuvieran una segunda oportunidad. Fidel armó una bomba con dinamita gelatinosa, puso el estopín eléctrico en el taco y unió los cables. Su deceso no fue registrado sólo como uno de los tantos NN de Medellín (no hay nombre), sino también como un N.C. (no hay cuerpo). Su propósito era que nunca pudieran darle cristiana sepultura. A la Bugalu y al Tino, los otros dos que quedaron vivos, los mataron años después.

Aparte de lo que significó para mí todo ese trauma de esas muertes tan escalofrantes, tuve un incidente por esos días en el Liceo. Saliendo de una de las manifestaciones del Liceo Antioqueño, yo tenía como 17 años, me cogieron los tombo y me encontraron como 100 volantes de los NEG (Núcleos Ché Guevara) del ELN, me llevaron para la IV Brigada y me entregaron a los del B-2; me preguntaban por el comandante de esa organización, que dijera quién era él y me soltaban. También me decían que yo tenía que saber de la muerte de Silvestre Guerra y de Diego Roldan (un profesor que los NEG habían asesinado en medio de una clase, acusándolo de ser del B-2), asesinados en 1982. Yo realmente no sabía nada, yo no estaba en ninguna estructura, no era militante activo; sólo trabajaba en el movimiento estudiantil. Había conocido ahí un compañero que había estudiado en el Marco Fidel y que era de los NEG. A mí sólo me decían: "ponga esta propaganda, haga estas pintas" y yo me regalaba. Como no les dije nada porque nada sabía, me aplicaron las terapias que ya toda la gente conoce: algo de electricidad y un tren de pata y golpes. Como yo era tan joven (y por ser tan delgado y bajito aparentaba tres años menos), se compadecieron de mí y me dejaron ir.

Cuando terminé ere azaroso grado décimo (que casualmente dicen que es el más difícil del bachillerato), yo creo que estaba tan confundido y también tan asustado, como cuando un bebé

llega al mundo después de una cesárea, lo sacan con unos fórceps en la cabeza y no le dan una palmadita en las nalgas, sino una patada en la güevas.

Cuando terminé décimo grado me dediqué a llevar una vida normal en el barrio. En aquél entonces vivía el Los Álamos de Aranjuez. Hasta mediados de los 80 Aranjuez era un barrio tranquilo, la vida de los muchachos era estudiar y jugar fútbol en la calle. Lo único que de vez en cuando dañaba esa armonía, era alguna pelea a trompadas en la calle.

Pero en 1985 llegó al barrio un man que se había ido a la USA a probar suerte y había llegado ganado. Se llamaba Jairo Villa y desde que llegó organizó su bandola. Por esos años habían empezado a coger fama en todo Aranjuez los Priscos, que eran combitos regados en todo el barrio bajo las órdenes de un solo patrón: Pablo Escobar. La gente de Villa empezó a trabajar con los Priscos. Un combito de mucha confianza de Villa, compró las primeras motos. Pero Villa siempre quería ser diferente a los demás, por eso no se compró una moto sino un caballo de paso. Todas las noches salía a pavonear sus bambas que sonaban como un cascabel al paso del animal.

Un día, mientras Villa andaba en uno de esos paseos a caballo, me paró en la calle. A mí se me enfrió todo, pensé que me iba a matar por deporte o algo así, pero me citó a una reunión con otros pelaos del barrio. Me propuso que trabajara con él, que porque tenía fama de ser tropelero y él necesitaba gente que mostrará finura.

Lo medité bastante. No era fácil rehusarse. La mayoría de los pelaos del barrio habían aceptado la propuesta, incluyendo los que uno creía que eran un dechado de virtudes.

Si me rehusaba, Villa me iba a coger la mala y hasta hubiera tenido que irme del barrio. Lo que más pesaba a favor de la

propuesta de Villa era el billete pues él era reconocido por su generosidad a la hora de pagar los favores.

Por esos días yo andaba encarretado con una sardina del barrio, ella me había dicho que yo la había embarazado y que conmigo o sin mi iba a tener su hijo. Yo le dije que iba a contar con mi apoyo. Estaba urgido de billete y necesitaba un fondo para todos los gastos que se derivan de una maternidad: honorarios medicos, pañales desechables y todo eso.

Una cosa terminó de convencerme. Lo que Villa me ofrecía no era muy distinto a lo que yo había hecho antes: un camino empedrado con acción y buenas armas.

Así empecé a colaborar con el grupo de Villa. Mi tarea era guardar los fierros, hacer caletas en los rastros, manejar las motos cuando estuvieran borrachos o muy empericados; y guardarles la marihuana y el perico que ellos consumían. Ellos eran muy precavidos y no cargaban droga ni fierros encima para evitar detenciones innecesarias. A mí tampoco me interesaba comprometerme muy a fondo con esa gente. La relación no duró mucho. A principios de ese año, el ejército hizo una operación rastrillo en el barrio y me cogió mal parado. Cuando ellos vieron lo que estaba pasando se descargaron conmigo. No alcancé a reaccionar porque esos animales del ejército estaban encima y me pescaron con varios gramos de perico encima. Esa fue la primera y única vez que pisé una cárcel. Estuve recluido un mes en Bellavista.

Llegué al quinto patio y me encontré con los presos políticos. Había uno del ELN que había estudiado conmigo en el Liceo Antioqueño, entonces yo le dije que me habían encanado porque tenía una propaganda de la "empresa" (así le decían a los elenos) y él me invitó a varias reuniones con los presos políticos y ahí me fui engancho otra vez

La mala racha

La mala racha empezó en marzo de 1992. Una noche de tantas necesitaba desplazarme al centro a cumplir una cita con la dirección de la organización, faltaban cinco para las 6:00 de la tarde y yo todavía estaba atascado en el barrio Popular. Ese día a los vecinos de una cuadra les dio por ponerse de ruana su cuadra y como yo era mediador, no había logrado zafarme. Entonces apareció un muchacho del barrio y se ofreció a llevarme en su moto. Mi instinto sobre las cuestiones de la conspiratividad de la guerra me decía que no debería tomar ese medio de transporte. Los militares habían instalado un año atrás una base provisional en el Popular No 2 y merodeaban en todos lados. Pero la cita con la dirección era ineludible, llevábamos semanas sin reunirnos y varios problemas se habían acumulado.

Cuando bajábamos por una de las pendientes del Popular nos topamos con soldados que patrullaban a pie las calles. Si hubiera bajado solo, los hubiera esquivado. Yo siempre anduve en moto y sabía como escabullirme si andaba cargado.

Para no embalar al vecino que me llevaba de parrillero le dije que tranquilo, que parara en el retén. No me quedaba más remedio que confiar en mi buena espalda y tirar tranquilidad. Llevaba encima un revolver 38 con un salvoconducto más falso que una moneda de cuero. Lo había conseguido en la IV brigada con unos oficiales que las sacan bajo cuerda por 300 mil pesos. En otra ocasión me había encontrado en las mismas circunstancias y el salvoconducto había aguantado. No es que me gustara andar enfierrado a toda hora, sólo asumía las consecuencias de vivir cinco años como uno de los jefes de las milicias, enculebrado hasta la risa, con liebres en todas partes.

Cuando los soldados nos hicieron bajar de la moto, lo primero que tocaron fue el bulto de la chapuza en mi camisa. Ni siquiera preguntaron por el salvo conducto. Ahí mismo me encendieron

a pata, con sus botas reforzadas por platinas. Para reponerme de ese tren de pata, tuve que estar como un mes haciéndome paños con domeboro y bicarbonato en agua caliente.

Si algo me ha enseñado la causa revolucionaria es que uno debe tener el valor y el orgullo para que no lo pisotee nadie, mucho menos los enemigos. Después de todo, yo no era lisiado, ni uno de esos monjes masoquistas que se flagelan en la espalda, para hacer votos.

En la escuela que habíamos hecho con las milicias, en el campamento de labores del EPL y en otras escuelas guerrilleras con el M-19, con el ELN, había aprendido técnicas de defensa personal. Cuando un adversario hace sus cosas enceguecido por el odio y la rabia, esa es una debilidad que uno debe aprovechar.

Uno de los soldados cogió su fusil y utilizándolo como si se tratara de un bastón de mando, tomándolo de los dos extremos, empezó a golpearme. En uno de los golpes que trató de descargarme, le agarré el fusil, hice un torniquete sobre el arma y lo empujé. El soldado cayó y yo empecé a correr. Los soldados me dispararon con los fusiles y un tiro me rozó la pierna. No sé de dónde saqué fuerzas, quizás me quedaron reservas de aire de cuando practicaba polo acuático; lo cierto es que pegué un salto y fui a parar por unos matorrales por los que me logré escabullir. Finalmente un vecino me socorrió, me cambié de ropa y me escondí en su casa.

Creo que desde lo que pasó esa noche se me empezó a voltear el cristo. Los soldados se habían quedado con todos mis papeles: mi cédula, mi pase de conducción, la matricula de la moto y el salvoconducto del revólver. Yo ya no era Pablo, el que comandaba las milicias desde la clandestinidad. Ya estaba identificado ante los organismos de seguridad como Carlos Germán Correa. Después confirmé mi sospecha con un abogado: al que

manejaba la moto lo habían capturado y torturado, y había revelado que la persona que se había escapado de manos de los soldados era “Pablo”.

La organización me trasladó de zona. Me encomendaron los barrios altos de Manrique: Versalles, Raizal, Villa Roca, La Cruz. Allí la banda más fuerte era La 30, unos muchachos que habían empezado como chichipatos, de carritos de bandas de sicarios del Cartel de Medellín, pero que nunca habían llegado muy lejos. En 1989, sin embargo, les había cambiado la suerte. Habían logrado ubicar una caleta de uno de sus patrones y la desbancaron, se les torcieron. Ahí se lograron alzar como con tres millones de dólares. Lo primero que hicieron con el dinero fue armar otras bandolitas en el barrio para que les sirvieran de escudo. Y con ese billete se compraron a la policía de la Estación de Manrique, la base central para la Comuna nororiental.

Con todo el poder que había acumulado, La 30 se dedicó a matar gente de su vecindario. Cuando La 30 cometía alguna masacre contra la población²⁹, los policías se hacían los locos (a pesar de que la base queda a tres minutos en carro del barrio). Cuando la gente llamaba por teléfono a la Estación de Manrique, la única respuesta era: “Tranquilos que en una hora mandamos la neverita de Decypol a recoger los muertos”. Pero cuando las milicias trataban de organizar un ataque contra esta banda, a los cinco minutos ya estaban los refuerzos de la policía patrullando en el barrio.

Sólo habían transcurrido dos meses desde el incidente con los soldados cuando me tocó organizar la primera acción de envergadura contra la banda La 30.

²⁹ Hay ocasiones en que se ensañaban con sus víctimas; luego de acribillarlos, los amarraban de los carros y las motos y arrastraban sus cuerpos por el barrio.

Varios vecinos nos habían contado que el viernes 1º de mayo, en una casa del barrio Versalles, los jefes de la banda se iban a reunir para celebrarle el cumpleaños a uno de ellos.

Organicé un comando con cinco de mis mejores hombres, encabezados por mí. Todos llevábamos armas largas. La mía era un fusil R-15. Nuestra mejor arma en esta ocasión sería la sorpresa.

La propuesta es que yo entraba con otro compañero a la casa y los otros compañeros se apertrecharían en los alrededores de la casa para hacer un cerco sobre el lugar y evitar que alguien se escapara. Yo toqué la puerta y grité que éramos de la policía, que abrieran la puerta. Como los ocupantes de la casa no dieron ninguna respuesta, derribamos la puerta. Yo entré de primero y lo que vi fue que habían apagado la música y todo el lugar se veía desierto. Estaba en la mitad de la sala cuando sentí varias explosiones por la espalda. No cabía duda de que estaban alertados. Por alguna parte se había filtrado la información y nos estaban esperando.

Caí atontado al piso por el impacto de las balas. La chaqueta con protección antibalas que llevaba puesta me salvó la vida. Era una chaqueta que había conseguido desde que empecé en las milicias, de fabricación israelí. Por fuera era como gabán común y corriente, pero estaba recubierta de arriba abajo con un material antibalas.

Cuando los miembros de la banda nos vieron en el piso, se acercaron a rematarnos. Como arañas en una casa abandonada, empezaron a salir de todos lados. El primero que se me acercó me puso un revólver en la boca y disparó. Lo único que sentí fue un zumbido que me invadió, como si se me hubiera entrado un enjambre de abejas por los oídos.

Aún así tuve tiempo de reaccionar. Hice varios rollitos y cuando estuve cerca de una ventana saqué una granada de un bolsillo, la arrojé y me tiré por la ventana hacia la calle. Después me enteré por El Colombiano que habían tenido cuatro muertos y nueve heridos.

Cuando gané la calle, con el rostro entumecido, alcancé a mirar hacia el firmamento, esa noche estaba clara y estrellada, era una noche de luna llena. Pensé que una noche de esas, tan abierta, tan despejada, no era como pa' uno morir. Seguí caminando. No podía hablar y mucho menos gritar. La sangre salía de mi garganta en borbotones, me ahogaba la voz. El proyectil me había partido la lengua, rebotó en el paladar, traspaso la garganta y quedó incrustado en una costilla cervical, por eso era que me sentía entumecido.

Los compañeros que se habían quedado afuera se me unieron y me auxiliaron. La policía llegó de inmediato, mientras estábamos retirándonos.

Aunque los muchachos no querían, yo les dije que me dejaran; me metí por un claro entre unos matorrales y seguí caminando. Los policías que venían en las patrullas y las motos ni siquiera se bajaron, como sabían que íbamos bien armados, desistieron de la persecución.

A los minutos de caminar sentí que se me doblaban las piernas y una sed como de excursionista perdido en el desierto. Llegué a una casita a la orilla del camino y allí me dieron agua y una muchacha de la casa me llevó a coger un taxi. Cuando llegué a San Vicente perdí el conocimiento.

Como a eso de las dos de la mañana ya había llegado mi mamá. El hospital estaba militarizado, todos los heridos habían llegado allí esa noche; los de las bandas y yo reclusos en el mismo hospital, quizás siendo vecinos de camilla. La policía y el ejército

sabían exactamente qué había pasado, la voz por estos barrios corre más rápido que las ambulancias.

Para poder entrar, mi mamá dijo que necesitaba ver a su hija que se había accidentado en una moto esa noche. Los agentes secretos interrogaban a todos los visitantes para saber hacia dónde se dirigían. La gente de la banda La 30 también estaba husmeando por todas partes. Se hacían pasar por familiares de los heridos, se acercaban a las camillas mirando caras. Tal vez por tener el rostro enlodado y ensangrentado no me reconocieron.

A esa hora yo ya había recobrado el sentido pero no podía gesticular palabra; todavía estaba ahogado en sangre. Con la mano temblorosa le escribí en una nota a mi mamá: "sacame". Desde que yo me había montado en esta azarosa película de la guerra, le había dado instrucciones a mi mamá para que no me dejara en un hospital público el día que cayera herido. La organización tenía un fondo para salud y podía pagar una buena clínica privada en la ciudad.

Mi mamá no se durmió en los papeles y reaccionó inmediatamente, no se qué fuerza interior la movió, si las pulsiones intensas del amor de madre o la adrenalina del susto. Lo cierto es que ella salió del hospital y se fue en un taxi para la casa. Allí sacó los mejores ropajes del armario: unos tacones plateados, un vestido largo de seda fría que mi padastro le había mandado de Estados Unidos y una peluca rubia que le prestó una vecina. Lo cierto es que como a los 40 minutos, cuando llegó de nuevo, parecía una de las señoras encopetadas del Club Medellín y había cambiado completamente su apariencia física.

Medellín es una ciudad plástica, como dice el disco de Rubén Baldes, aquí siempre juzgan a la gente por lo que lleva puesto. Mi mamá sabía que eso era importante para rescatarme de la clínica.

Cuando entró a la clínica de nuevo, nadie le preguntó nada. Se acercó donde una enfermera, que como cosa extraña no se me había despegado desde que llegué, y le dijo que necesitaba sacarme de ahí porque yo era el hijo de un político muy importante y que me habían herido por robarme el carro. La cucha sacó la chequera y le preguntó cuánto valía esa colaboración. La enfermera no quiso recibir plata y le habló en plata blanca: "yo conozco a su hijo, es Pablo, el jefe de las milicias. Tranquila que yo no soy policía. Donde vivo trabajan las milicias y por eso reconocí a su hijo. El es un muchacho muy querido por el barrio y le voy a colaborar para sacarlo de aquí".

La enfermera habló con uno de los médicos que había sido del movimiento estudiantil, le explicó el caso y él también se comprometió a colaborar. Entre los tres armaron la película de mi salida: el médico hizo un parte diciendo que necesitaba una neurocirugía de urgencia; la enfermera cambió el registro de entrada y mi mamá se sostuvo en la versión del carro robado y el político. Con una sábana sobre el rostro, logré salir.

Mi mamá me llevó a la clínica Medellín. Llegué como un animal, empantanado, ensangrentado, sucio, como un indigente, pero eso fue solo mostrar la plata y ni siquiera preguntaron quien era ese arrastrado. Por la plata baila el perro. Me bañaron con agua destilada, ozonizada y yo creo que hasta perfumada; me pusieron suero, sangre, me trataron como si en realidad hubiera sido el hijo del mismo Gaviria; después se me borró el casete. Luego supe que me habían llevado a cirugía. Esa clínica es tan buena que la única cicatriz que me quedó en la cara parece más una secuela del acné que a una perforación de bala. Todo el dinero para la operación lo desembolsó la organización. Ese es un gesto que nunca voy a olvidar. Ellos en cierta forma me salvaron la vida. Aunque a partir de la negociación de las milicias con el gobierno rompí con la vieja dirigencia del Eln, no me interpondré en su camino y sé que ellos no sabotearan este proceso.

Mantengo la esperanza que así como arrastré tanta gente para la guerra, voy a hacer lo mismo para la paz. Sé que ellos algún día también se sentaran a hablar de paz, como nosotros.

Recobré la conciencia como a los cuatro o cinco días. Ciertamente me sentía en deuda con la vida y con mis compañeros, pero también sentía debilidad e impotencia. Si hay una época de la vida para reflexionar sobre su pasado, es durante la convalecencia de una enfermedad o un accidente.

Yo, tan poderoso y reconocido, ensalzado por todo el mundo como el fundador y jefe de las milicias, y verme tan vulnerable que bastaba retirarme la mascarilla de oxígeno para morir.

Ahí me sentí como el hombre, como el mortal y no como el héroe, que era el papel que me había tocado desempeñar hasta ese momento en esta vida.

Todos los ídolos caen algún día y siempre hay quien los reemplace. Mientras se es héroe todos son vivas, salves, reverencias, honores, pero después que el ídolo desaparece, la gente vuelve al fútbol, a los bailes, a la telenovela, a Tola y Maruja. A los meses, cuando todo vuelve a la normalidad, le ponen el nombre de uno a un comando, estampan el nombre de uno con un aerosol en una pared y listo.

Pensaba en la diferencia entre ser líder y ser héroe. En este pueblo hay mucha gente que se entregaría gustosa a una muerte heroica antes que morir a manos de un borracho o por una bala perdida. Pero ser líder es otra cosa. Son muy escasas las personas que son seguidas en sus ideas y proyectos, gente con carisma para arrastrar.

Este es un pueblo de fanáticos religiosos, pero incrédulos en el fondo. Les gusta que la gente se muera, se sacrifique por ellos, pero no son fáciles de convencer. En la clínica pensé: voy a dejar de ser un héroe y voy a empezar a ser un líder. A los ocho días los

médicos me dieron de alta. Una señora del barrio El Popular me ofreció una finquita para que terminara de recuperarme allá. Mucha gente del barrio me hizo esa clase de ofrecimientos. Yo escogí esa porque era la más cerca de la ciudad y de esa manera mi madre y mis compañeros podían ir con más frecuencia a visitarme.

Cuando llegué a la finca todavía estaba muy mal. Me habían retirado el oxígeno, el suero y la sangre, pero todavía permanecía conectado al aparato que medía la mucosidad pulmonar. Mi piel era palúdica, como una hoja seca; estaba más flaco que nunca y lo peor de todo: había cambiado mi voz. El proyectil había afectado seriamente mis cuerdas vocales. Mi voz ya no sonaba como aquellos días en que yo impartía ordenes a los muchachos, una voz de mando. Ahora sonaba como un susurro agudo y chillón como la voz de un cantante de ópera china, al que le han cortado los testículos para que cante como un niño toda la vida.

La gente de la organización no me desamparaba en ningún momento, siempre había alguien a mi lado. Me alentaban, me contaban de los progresos de la organización afuera. La dirección decidió cambiarme a otra finca pagada por la organización, más clandestina y con un buen dispositivo de seguridad. Era una casa cerrada en su parte de atrás por un barranco, donde comenzaba un espeso bosque. En las entradas instalaron varias minas klemor o vietnamitas y todo el tiempo había dos hombres de la organización encargados de mi protección.

Mi mamá era mi único familiar autorizado para visitarme, pero incluso la organización la traía en un carro y con la mirada clavada en el piso todo el trayecto, para que no lograra ubicar el lugar. Mi mamá me hablaba de mi familia y muy especialmente de mi hija recién nacida: aprovechaba para pasar sus cuñas. Me decía que tomara distancia de esa vida, que pensara en mi hija.

Que en mi casa las cosas estaban bien de billete, que mi padraastro estaba bien en la USA y que podía irme para allá a trabajar con él; o que me dedicara a estudiar que en la casa me financiaban la carrera; que podía estudiar derecho como mi padre, que desde esa actividad también le podía servir al pueblo, a la gente de los barrios. Yo me imaginaba de abogado de los pobres y no de guerrero y me daba risa.

Todas esas súplicas de madre sólo me calaban a medias. Estaba de acuerdo en que debería cuidarme más, pero la idea de retirarme de la organización se chocaba contra el muro infranqueable de mi fanatismo. Yo estaba convencido de que a la organización miliciana le faltaba todavía mucho camino por recorrer; había muchos barrios de Medellín presos de la delincuencia y que demandaban la presencia de las milicias. Me sentía como un apóstol con alguna misión sagrada para cumplir. Por eso era muy poco lo que escuchaba. Pero de algo sí estaba convencido: había que revisar la clase de guerra que estaban librando las milicias. Deberíamos hacer menos trabajo sucio, dejar de matar gente del pueblo, unas acciones que sólo insensibilizaban aún más la gente frente a la violencia. Había que buscar también otras alternativas sociales.

*Pensaba que un buen comienzo sería la formación política de los muchachos, cosas que los volvieran más sensibles a la realidad social. Quería que vieran las películas que yo había visto, escucharan las canciones que había escuchado y algunos de los libros que había leído, pues mostraban el aspecto humano de la vida; todas esas cosas me habían inclinado por ese camino. Yo no faltaba los sábados al cineclub. Recuerdo dos de las películas que más me impactaron: *Enseñame a vivir*, con música de Cat Stevens, y *Alas de Libertad*, del mismo director de *La Pared*. Allí no había nada de violencia, pero uno salía con ganas de comprometerse en alguna cosa, con ganas de vivir en una sociedad más humana.*

Lo mismo un libro que se llama "Los condenados de la Tierra" que trata sobre la guerra de Argelia y de cómo muchos ex combatientes, nunca lograron superar las secuelas psicológicas de las batallas de liberación y no pudieron disfrutar el triunfo de la revolución.

A pesar de las reflexiones para cambiar algunas cosas en la organización, todavía estaba convencido de que los métodos de la organización eran válidos.

Como al mes de estar en esa finca, mi mamá llegó con mi hijita, a la que no conocía. Mi mamá me la puso al lado de la cama y eso fue como si me hubieran puesto un dínamo en la cama, que emitía poderosos choques eléctricos.

No sé si fue cosa de electricidad o de química, pero yo me enamoré de mi niña, de sus gestos, de su inocencia, de su desprotección. ¿Qué iba a ser de ella si yo moría? Eso me reafirmó para tener una valoración distinta de la vida y despertar mi capacidad de dar afecto, que estaba hibernando como un oso esperando el sol. Pensé: así como yo he trabajado por la comunidad, mi hija también tiene derecho a un padre que trabaje por ella, y a un futuro. Mi formación militar fanatizada, que había aguantado los trajines de la guerra, se quebró de un sólo golpe, el golpe de ese frágil cuerpecito.

Cuando asistí a una de las primeras escuelas de comando, en el frente José Solano Sepúlveda del ELN, al sur de Bolívar, un guerrillero curtido, que era el instructor, en una charla nos insistía que el hombre en un comando se debe endurecer. Nos leía fragmentos de un libro sobre la revolución rusa, sobre un militante que había renunciado a todo por la causa. El libro se llamaba "Así se templó el acero". El instructor también nos contaba anécdotas que le habían pasado, de cómo en un combate con el ejército habían tenido que dejar a sus compañeros muertos y heridos. En la guerra no hay tiempo de llorar, remataba en cada

anécdota. Eso me había calado profundamente en mi vida posterior; el valor de la vida para mí era inocuo. Desde entonces, siempre he andado con un tiro en la relojera; dentro de mis planes nunca estuvo rendirme en un combate, por eso cuando uno pelea hasta lo último y ve que uno está perdido, monta el tiro en la recámara y se suicida.

Ahora con lo de la negociación política, tengo otras ideas al respecto, sin embargo, llevo el tiro en la relojera por pura costumbre. Eso de cambiar interiormente es un trabajo muy duro, requiere de un tratamiento lento y mucha voluntad, pero sé que algún día lo voy a lograr.

El impacto de ver a mi hija en ese momento fue tal, que cuando ya me había recobrado casi por completo y salí de esa finca, pedí la renuncia a la organización. Había tomado la decisión de trabajar para mi hija.

Renunciar a la organización fue muy triste y la dirección entendió mis razones. El resto de ese año se lo dediqué a mi hija, a salir a pasear con ella, a jugar con ella, a hacer lo que hace cualquier padre. Pero no fue fácil. Me daba mucho guayabo y frustración haber dejado la mitad de mi vida atrás y con ella todos mis amigos. Esos días, esos meses, los aprovechaba para leer, volver a escuchar música rock, ver videos y escuchar noticias, cosas que había dejado de hacer durante mucho tiempo.

Cuando era comandante de las milicias ni siquiera sabía qué estaba pasando en el país y el mundo. Yo creo que la orientación que le daba a mi trabajo era de la pura inercia, la misma que hace que los planetas se muevan. Con decirle que yo a duras penas conocía el nombre del Presidente, pero no sabía ni el de un ministro, ni qué guerras había en el mundo. Me preciaba de tener mucha conciencia, pero en realidad estaba en la oscuridad más verraca. Aunque está fue una época de mucha soledad, me

servió para ver mejor muchas cosas, que sólo es posible ver desde la distancia.

En noviembre de ese año me encontré con cinco viejos militantes de la organización que se habían retirado por la misma razón: para dedicarle más tiempo a sus familias. Una noche nos reunimos y toda la noche no la pasamos contando historias de los viejos tiempos. Parecíamos una reunión de viejitos, jubilados y nostálgicos, como los que se sientan en las bancas de un parque a leer el periódico y a hablar de política. En medio de la conversación uno de los compañeros dijo que él tenía una hermana que vivía en el barrio "La Paralela". Un día fuimos a visitarla. Ese barrio es lo que uno puede llamar un barrio pobre de verdad: los techos eran casi todos de cartón y todavía sacaban el agua con mangueras del acueducto, la luz también era de contrabando. El barrio queda en el lado noroccidental de la vía del ferrocarril y cuando pasa el tren todas las casas tiemblan como si fuera un terremoto. En ese barrio se ven deambulando una gran cantidad de niños a los que el tren les ha amputado sus piernitas o brazos.

Nosotros seguimos visitando a la gente de La Paralela y un día me encontré con un miembro de la acción comunal que había vivido en El Popular y me conocía. El contó que se había tenido que ir del barrio porque había vuelto la gente de las bandas. Me dijo: "Pablo, desde que saliste del Popular, el barrio ha vuelto a dañarse".

Con la Acción Comunal me enteré de que el barrio estaba comprometido en una protesta. Por el barrio pasaba un trayecto del viaducto del Metro y la orden de la administración municipal era desalojar a la gente que vivía en los ranchos que flaqueaban el viaducto. La Acción Comunal también me contó que había un combito de ocho muchachos que decían ser de las milicias, pero que en realidad eran una parranda de guiñadores que

esperaban en la autopista la gente que madrugaba a sus trabajos para desplumarle hasta el pasaje.

Eso fue lo que más me irritó, me saco de la ropa de la pura rabia. Todo lo que nos había costado construir una organización miliciana, ganarnos la credibilidad y la aceptación de los pobladores, para que un puñado de chichipatos enlodara ese nombre.

De esta manera, decidí organizar otra vez una milicia en el barrio, con los otros compañeros. Yo tenía toda la experiencia pasada de la milicia y había aprendido de los errores. Lo primero que decidimos en el primer colectivo, era que no íbamos a reclutar más jóvenes del barrio, jóvenes que tienen algún poder y se suben como la cerveza, empiezan a caminar distinto y a braviar a todo el mundo. Nosotros éramos suficientes.

Por lo demás, los problemas de seguridad que afrontaba el barrio eran una chichigua si se los comparaba con el problema de las bandas que me había tocado enfrente en el barrio El Popular. También decidimos que no nos íbamos a presentar inicialmente como milicias pues eso nos traía problemas. Las milicias se pusieron a hacer mucho ruido, a desafiar de una vez al gobierno y los militares y ¿qué habíamos ganado? Que pusieran una base militar en todo el corazón del barrio. Reconozco que mi comportamiento en ese momento fue apresurado. Cuando empezaron a llegar los primeros soldados, hicimos tomas de iglesias, de parques, incitando a la gente a no colaborar con los soldados, amenazamos a las peladitas que les hacían ojos a los soldados; diciéndole a la gente que no les ofrecieran ni agua y que si podían les echaran mata siete o cualquier raticida. Eso fue peor, llegaron más soldados, acciones cívico- militares y todo eso. La gente de barrios como Santo Domingo o el Limbo fueron más ingeniosos. Allí también habían montado bases y la gente iba todos los días a visitarlos, a charlar con ellos, les llevaban

hasta desayuno y algo; los invitaban a los bailes, a todas partes. La gente del barrio hizo tanta camaradería con los jóvenes reclutas que a los pocos meses los superiores retiraron las bases. "Aquí los trajimos a hacer la guerra y no hacer vida social", y con esa frase se los llevaron.

Para nosotros en "La Paralela" era más funcional un grupito compacto, anónimo. Destinamos a un compañero, el más conocido en el barrio, para que se metiera a la acción comunal. Los otros nos empezamos a presentar en la comunidad como un grupo de vecinos del barrio, que queríamos organizar un comité cívico de vigilancia. Yo trataba de no aparecer mucho. La labor del grupo, pensábamos, debía ser más disuasiva que de fuerza.

Para diciembre ya funcionábamos desde Solla (que está en la entrada de Bello), El Tricentenario (un barrio de clase media), el barrio El Minuto de Dios (habitado por algunos desplazados de La Iguaná), una parte de Zamora y Toscana. La época de diciembre nos sirvió para consolidar nuestra influencia, como lo hacíamos en El Popular: ayudábamos a organizar y a mantener la seguridad en natilladas, verbenas de calle, festivales y en todas las celebraciones tradicionales de esta época.

Todo iba viento en popa hasta febrero cuando nos topamos con unos elenos que trabajaban en el Playón, Pablo VI y Zamora. Cuando se separaron de las milicias de Lucho, se empezaron a llamar B.R.P. y como estaban en una guerra territorial con las viejas MPVA de Lucho, habían descuidado el trabajo político y social por esos sectores.

Nosotros manteníamos buenas relaciones con las B.R.P.; después de todo, yo había sido eleno. Ese mes nos propusieron que participáramos en una jornada de protesta; una actividad

organizada por la CUT, pero los elenos aprovecharían para armar un polvorín en las calles de la comuna nororiental.

La tarea que nos proponían no era nada del otro mundo: debíamos paralizar el acceso del transporte de Bello a Medellín regando tachuelas y llantas quemadas sobre la vía. Ellos ponían lo que se necesitara, el material para fabricar las tachuelas, armas y radios de comunicación.

Yo no estaba muy convencido de que actividades como esas nos fueran a poner en las puertas de la revolución; como de costumbre la gente se iba a quedar en la casa viendo televisión y nosotros aquí afuera jugando a los héroes. Pero al fin y el cabo yo todavía sentía mucho afecto por los elenos, de los que había aprendido muchas cosas y había tenido grandes compañeros, muchos hoy muertos.

Nos dispusimos para esa tarea. Me sentí otra vez como en los años de adolescente en el Marco Fidel y el Liceo Antioqueño, convirtiendo las calles en patios de juegos, de tropes y de revuelta.

De nuevo, cometí un grave error de apreciación. En la guerra no hay tarea pequeña y subestimamos a la plaga que ese día iba a estar en estado de alerta.

Madrugamos a las cinco de la mañana a regar tachuelas. Madrugar es mucho decir porque en realidad habíamos pasado la noche en vela, elaborando las tachuelas. Como la tarea era tan sencilla, habíamos desechado la idea de llevar armas.

Cuando se nos terminaron las tachuelas y nos íbamos a dormir, un Sprint rojo, con varios hombres en su interior, frenó en seco justo en nuestras narices. Inmediatamente se apearon del carro cuatro hombres, con chaquetas negras y enmetrados. Nosotros nos echamos a correr. Como yo todavía estaba algo débil, por mi

larga convalecencia, tropecé en un piedra y caí al suelo. Ahí mismo me encendieron con las culatas de sus armas, a darme golpes por todos lados; me arrastraron hasta el carro y me subieron a empellones a la banca trasera.

Todos los ocupantes del carro se fueron a perseguir a los muchachos que habían logrado fugarse y sólo se quedó uno afuera, cuidándome. Pensé que el final no tenía reversa. Si eran del F-2, como yo pensaba, ese era un paseo fijo. Desesperanzado miré al piso del carro, cuando ví por debajo del asiento delantero que se asomaba una cacha negra, con recubrimiento antihuellas. Era como si mi ángel de la guarda la hubiera puesto ahí. Pero la explicación era más prosaica. Los tiras, cuando andan en carro, siempre meten un revólver debajo de la silla, como precaución. Sigilosamente, logré armar una tenaza con mis pies y sacar todo el cuerpo del revólver.

Cuando el tira que custodiaba el carro giró su cabeza hacia otro lado, me abalance sobre el arma e hice el primer disparo, el cual no dió en el blanco. Yo estaba muy tenso. El hombre le hizo una ráfaga al vehículo pero tampoco me alcanzó. A la segunda vez, yo vacié el resto del tambor sobre su silueta y lo vi desplomarse sobre la carretera. Salí del carro y me eché a correr. Me refugié en una panadería, cerca de la autopista.

A los cinco minutos todo el lugar estaba acordonado por una caravana toyotas cuatro puertas, de los que usa el F-2. Los trabajadores de la panadería me prestaron un delantal de trabajo y salí como un trabajador, en un carro de ese negocio. Los agentes secretos, casa por casa, estaban sacando la gente. Después me enteré que había dado de baja a un sargento que era comandante de la división antipiratería terrestre del F-2.

A La Paralela se la montaron muy feo. Toda esa semana estuvieron allanando residencias, maltratando a los habitantes

del barrio. Incluso se llevaron detenidas a diez personas del barrio, casi todos de la acción comunal. Entonces le pedí colaboración a los elenos, pero ellos nos dieron la espalda. Nos dejaron embalados, sin un abogado que les prestara asistencia jurídica a los detenidos.

Por esos días, andando en el centro, me encontré con Mario Agudelo, al que había conocido en una escuela militar que hicimos en el campamento del EPL, en el municipio de Labores, cuando el EPL ya estaba próximo de desmovilizarse.

Por ese entonces yo todavía estaba fanatizado por la guerra. En ese campamento ellos hablaban de sus planes en la vida política legal, para cuando se desmovilizaran. Nosotros, los que fuimos a la escuela, armábamos polémicas bastante agrias con ellos. Les decíamos que más fácil los mandaban a un panteón en el cementerio que dejarlos hablar en las plazas públicas. Incluso empleábamos hacia ellos palabras de grueso calibre como “traidores”.

Nosotros habíamos llegado al campamento de Labores por razones estrictamente de seguridad. Por los acuerdos de paz que habían firmado el EPL y el Gobierno, esa era una zona de distensión, es decir, donde el ejército tenía prohibido meterse. Esa zona brindaba condiciones de tranquilidad para realizar nuestra escuela.

Cuando me lo encontré, Mario Agudelo ya era un guerrillero reinsertado. Me saludó efusivamente y me dijo: “en dos años de reinsertado, he logrado hacer lo que no logré en 20 años de guerrillero”. Me contó por ejemplo, los programas que estaba haciendo en La Chinita, una finca de Urabá invadida por cinco mil familias, donde Esperanza, Paz y Libertad realizaba actividades como cooperativas, legalización de tierras, etc. “Los programas de reinsertación que pactamos con el Gobierno no sólo

nos han favorecido a nosotros sino que podemos ofrecerle empleo también a muchas familias de las zonas de influencia, a los que antes no les ofrecíamos sino plomo, para dar o para recibir, pero sólo eso, plomo”.

Mario Agudelo también me ayudó a conseguir abogado, pagado por Progresar, una fundación que crearon los reinsertados. Mario me puso en contacto con Tomás Concha y otra gente que había asesorado al gobierno en negociaciones, como Juan Guillermo Sepúlveda.

Hablé con los muchachos del grupo y con los dirigentes comunales de los barrios que influenciábamos y a todos les sonó la idea. Quizás así, negociando con el Gobierno, se puedan conseguir más cosas para la gente, que matando ladrones.

Un día subía al barrio El Popular a conseguir un bus y unos colectivos para una movilización que tenía programada la comunidad de La Paralela, frente a la Alpujarra, para protestar por el desalojo del metro. Ahí, me encontré con varios compañeros de base de las milicias; luego de los abrazos y la alegría del reencuentro, me comentaron de su situación, que la dirección los había abandonado, que desde que yo había salido del Popular, la dirección no había enviado gente para que asumiera la responsabilidad del grupo. Me dijeron que la crisis de las Milicias del Pueblo y para el Pueblo era tan grande, que las Milicias Bolivarianas de las Farc ya habían empezado a aparecer y a llenar el vacío que ellos habían dejado. Lógicamente también estaban muy mal. No les enviaban armas ni munición y estaban endeudados. Además una banda de policías y paramilitares les había declarado la guerra; se les metieron al barrio, hicieron una masacres y ellos no tuvieron ni gente ni munición para frentear el corte. Les hablé de la negociación, les comenté de los planes para la reinserción y a ellos les gustó la idea. La propuesta ya era un alud imparable.

EPÍLOGO

2004

Lucho salió de la cárcel en 1997 y fue desaparecido meses después cuando salía de la casa de su madre en el barrio Belén de Medellín. Carlos Castaño admitió que hombres a su mando lo secuestraron y lo llevaron hasta uno de sus campamentos en Córdoba. Allí, según Castaño, fue fusilado, acusado de haber participado en el secuestro de un niño. Durante muchos meses en el barrio Moravia no creyeron la historia y se hablaba de que Lucho estaba escondido. Muchos de los milicianos bajo su mando fueron asesinados, incluido Fercho.

Pablo García fue asesinado poco después de la negociación. Las Milicias del Pueblo y para el Pueblo crearon, en virtud de los acuerdos con el gobierno, una cooperativa de vigilancia armada llamada Coosercom que en pocos meses se salió de madre y tuvo que ser liquidada por los abusos que se cometieron contra la población. Al tiempo, diversos grupos milicias se enfrascaron en una guerra interna que los aniquiló. De los negociadores de este proceso, no queda ninguno vivo.

Alberto murió en un accidente de tránsito. Todos sus antiguos camaradas, socios y enemigos lo buscaban para matarlo por criminal, ladrón y mentiroso.

No contentos con ver una generación entera de jóvenes enterrada, las guerrillas incrementaron su alucinada carrera de armar a los muchachos de los barrios. Al final de la década de los 90, el Eln y las Farc habían copado los espacios dejados por muchas de las milicias desmovilizadas. A principios del nuevo siglo, los paramilitares, con la anuencia de las autoridades, entraron a disputarles el territorio en una guerra fratricida que dejó tantos o más muertos que los relatados en este libro. Nuevamente Medellín se convirtió en la vedette de los medios nacionales y extranjeros que con sólo subir a algunos barrios populares encontraban verdaderos ejércitos guerrilleros y paramilitares, armados con fusiles y *rockets*, dispuestos a matar y morir por el control de los barrios.

Las bandas de oficina siguen operando, como siempre, al servicio del narcotráfico que está vivo y coleando. Y como hace años, exportan sicarios para otros sitios del país. Aliados con los paramilitares, esperan el indulto que el gobierno les ha prometido para todos sus crímenes.

Mientras tanto, la imagología sigue triunfando. Medellín se vende ante el país y el mundo como la meca de las oportunidades. Quienes viven en la periferia saben que Medellín está gobernada por el lumpen: llámese banda, milicia, paramilitar. O, por qué no, policía, ejército o llámese gente bien. Por algo Medellín ha sido llamada por Fernando Vallejo, la capital mundial del odio.

2006

Otra acepción de esta historia sin fin, son los ciclos de violencia que se han desarrollado en Medellín en los últimos 20 años, donde han cambiado los actores, se han imbricado, han negociado, pero la población de estos barrios, las comunas que designan, no tanto la división político administrativa sino el ser de los sectores populares de la ciudad, siguen sufriendo y conviviendo con la escasez de oportunidades para el empleo digno, para el acceso a la educación y a la salud, a una vivienda de calidad, a tener seguridad brindada por la fuerza pública y no por los particulares o los grupos armados; escasez de alimentos pero también de espacio público para el disfrute; escasez de espacios de decisión políticas más allá de las consultas y multiplicidad de convocatorias a la participación.

Son 20 años donde hemos visto crecer la espiral de violencia con dos expresiones muy claras: el narcotráfico, con sus carteles, "cartelitos" y "oficinas" y los grupos armados: bandas, milicias, milicias guerrilleras, paramilitares, etc.

En estos 20 años hemos visto tres y medio procesos de negociación: el primero (que no fue tratado públicamente y oficialmente como una negociación), con el narcotráfico a principios de la década del noventa, que bajo la modalidad de sometimiento a la justicia le ofreció a los jefes del Cartel de Medellín, la oportunidad de hacer el tránsito a la legalidad (personal y de bienes) a cambio de colaborar y pagar unos años de cárcel.* El segundo, fue el proceso de diálogo con las milicias populares en el año 1994, en la que sería la primera negociación con un grupo con asiento urbano y quizás una de las últimas negociaciones a nivel nacional. El tercero, es el proceso de pactos entre bandas que se desarrolla entre los años 1995 y 1999

* Los Ochoa pagaron cerca de ocho años. Pablo Escobar se entregó, luego se fugó y fue asesinado. Los Rodríguez Orejuela fueron capturados y pagaron alrededor de ocho años. En ambos casos, después de pagar la pena en Colombia, fueron extraditados a los EE.UU. acusados de seguir delinquiendo desde la cárcel.

con el objetivo de disminuir los indicadores de violencia en los territorios donde actuaban y buscar un camino de integración a la sociedad, proceso que contó con el apoyo de la municipalidad a través de la Asesoría de Paz y Convivencia de ese entonces. El cuarto, es la desmovilización de los grupos paramilitares que se inicia en Medellín en noviembre de 2003 con la entrega de armas por parte del Bloque Cacique Nutibara de las Auc, y que finalizó a nivel nacional en el primer semestre del 2006.

Son veinte años donde ha cambiado el signo de los actores, donde se han innovado las formas de incluir a más capas de la población, donde se ha ampliado el espacio de actuación incluyendo más comunas de la ciudad, donde los sectores populares que viven en estas zonas representan el 60% de la ciudad, siguen esperando aún que mejoren las condiciones sociales y donde la primavera que se vive con la reducción de homicidios, quisiera que no vuelva el invierno con bandas y paramilitares removilizados, con el narcotráfico alimentando la violencia, con guerrillas actuando en las comunas repitiendo la espiral de violencia, de esta historia sin...

Por ser el relato de un momento importante de Medellín, por no haberse terminado esta historia, el IPC ha decidido publicar este libro organizado por los amigos y las amigas de Paolo.



*Este libro se imprimió en
L. Vieco e Hijas Ltda.,
en el mes de mayo de 2006*

*La carátula se imprimió en propalcote 250 gramos,
las páginas interiores en propalibros beige 70 gramos.*

La fuente tipográfica empleada es: Myriad Roman